ORIGENES DEL HOMBRE

Las Tierras Bíblicas (I)

65

folio

Las Tierras Bíblicas (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

Las Tierras Bíblicas (I)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: P.R.S. Moorey
Asesores: Sir John Boardman, Basil Gray y David Oates

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., (28-11-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0133-6 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN I

Prólogo 7

Cuadro cronológico 8

Introducción 9

Capítulo primero
Paisaje, arqueología e historia 19

Capítulo segundo
El progreso de los estudios arqueológicos 31

Jasor: Una ciudad cananea 47

Capítulo tercero
La tierra de Canaán 55

Cerámica: la clave del pasado 75

Prólogo

Las tierras bíblicas nunca tuvieron gran riqueza material y pocas veces tuvieron poder político o económico. Por tanto, las páginas siguientes no se refieren a tesoros enterrados. No encontrará aquí el lector piezas de oro y plata provenientes de tumbas principescas, ni grandes monumentos arquitectónicos, como en el antiguo Egipto o India, Grecia o Roma, México o Perú, al menos no hasta que, hacia el fin, el relato nos lleve a los palacios persas de Persépolis. En nuestro caso, el estímulo procede del legado de mentes humanas más que de cosas hechas con las manos, aunque esto último no está ausente. Esa herencia puede ser menos obvia, menos tangible, pero es la más influyente y vital en el desarrollo progresivo del mundo en que vivimos. Esos hombres dieron forma, uno tras otro, a los credos del judaísmo, la cristiandad y el islam y, con ellos, a un legado literario de sensibilidad suprema e importancia universal. Sobre todo, un milenio antes de Homero, tuvieron la idea de un alfabeto. Sin el alfabeto, gran parte de sus logros intelectuales y religiosos habrían permanecido invalidados por la carencia de un simple medio de registro y transmisión, un medio que, después, todos los hombres usarían para escribir la lengua que hablasen.

Muchas afirmaciones de los capítulos históricos de este libro descansan en alguno de los muchos descubrimientos arqueológicos de los últimos 150 años, o están iluminadas por ellos, incluso en el caso de que los mencionen el Antiguo Testamento u otra fuente literaria remota. Las primeras excavaciones en esta región, cuando no se emprendieron para encontrar objetos bellos destinados a los museos, se pensaron para arrojar nueva luz sobre la Biblia. A menudo el trabajo no fue metódico ni estuvo bien pensado. Pero con el tiempo y una experiencia creciente, el mayor énfasis en la investigación sistemática y en la atención meticulosa a los detalles trasladó el centro focal de la atención hacia problemas más generales: hacia una investigación muy amplia del mosaico de las sociedades antiguas de esa comarca. El Antiguo Testamento, todavía fuente exclusiva para gran parte del período, se complementa hoy con archivos de tablillas de barro datadas en el segundo milenio a. C., escritas en distintas lenguas y encontradas en ciudades como Ugarit, Alalakh (o Alalaj) y Mari en Siria, y Nuzi en Irak, y también con una gran cantidad de objetos no articulados entre sí que, si se estudian adecuadamente, proporcionan sin cesar nuevas informaciones.

También es muy fácil dejar a un lado el carácter notable de la convicción que llevó a los hombres a excavar e interpretar los antiguos montículos de Palestina y Siria, pues, para los ojos profanos, esos túmulos no sugieren más que unos promontorios naturales de regularidad poco habitual. Por cierto que muchos de los más importantes están hoy en zonas hace tiempo perdidas para la ocupación humana: «Vinieron a quedar sus ciudades devastadas, tierra reseca y yerma, no vive en ellas nadie, ni discurre por ellas ser humano» (*Jer.*, 51, 43). No menos temible era el clima intelectual contra el que aquellos arqueólogos antiguos tuvieron que luchar, una oposición expresada con claridad por el gran escritor francés Chateaubriand que, en 1812, al describir un viaje a Tierra Santa, decía:

«Los primeros viajeros se sentían felices; no tenían la obligación de considerar estos difíciles problemas: primero, porque en sus lecturas encontraron la religión que jamás discute con la verdad; segundo, porque todos estaban convencidos de que la única forma de ver el país tal como es era la de verlo con sus tradiciones y recuerdos y, en realidad, ha de visitarse Tierra Santa con la Biblia y el Evangelio en la mano. Si quieres traer a este lugar una actitud de disputa e intriga, no necesitas ir tan lejos. ¿Qué se diría de un hombre que, mientras viaja por Grecia o Italia sólo se ocupa de contradecir a Homero y Virgilio? Sin embargo, así es como viajamos hoy: nuestra presunción hace que queramos mostrarnos inteligentes y sólo nos transforma en arrogantes.»

Por fortuna, algunos de los descubrimientos primitivos fueron fatales para ese escepticismo complaciente y temible: el descubrimiento del «obelisco negro» de Layard que nombra a Jehú, rey de Israel, la biblioteca del rey Asurbanipal escrita en tablillas de barro, que hablan de un diluvio semejante al bíblico; la Piedra Moabita que registra campañas mencionadas al pasar en el Antiguo Testamento; la inscripción del túnel de Ezequiel en Jerusalén; y las cartas de Tell el-Amarna en Egipto. Todo esto tiene un papel vital en el siguiente relato.

En ninguna otra región la arqueología y la historia han sido –y, tristemente, han seguido siendo con demasiada frecuencia– víctimas de intereses sectarios religiosos o políticos, o productoras de mitos y magos, que buscan verdades eternas o tesoros enterrados en las medidas místicas o en las cifras bíblicas. Los métodos eran deplorables; por cierto que Sir Mortimer Wheeler incluso llegó a describir a Palestina como el lugar «donde, probablemente, mayor cantidad de pecados se hayan cometido en nombre de la arqueología, muchos más que en cualquier otro lugar de la superficie de la tierra, proporcionalmente». Sería muy desdichado –tal como no es verdad en el caso de muchas excavaciones contemporáneas– que tales actividades fueran a ensombrecer la información muy diversa y novedosa nacida, año tras año, de un trabajo de gran integridad y de una metodología cada vez más perfeccionada. La fascinación perenne que ejerce el pasado en el hombre siempre fue tan compulsiva que, a menudo, se han creado leyendas en los casos en que no se podían conocer los hechos; cuando los hechos se conocen, nosotros debemos buscar la forma de probarlos.

Cuadro cronológico

Los lectores acostumbrados a la historia moderna, que se funda en fechas absolutas como las de 1453, 1789 o 1939 d. C., pueden sentirse perplejos al encontrar que en la historia antigua las fechas señaladas en años a. C. varían, muchas veces ampliamente, de un libro a otro. Aunque a medida que avanza la investigación moderna, los márgenes de error se vuelven cada vez más estrechos, pocas veces es posible una certeza absoluta para fechas anteriores a 500 a. C. e incluso posteriores, como no se trate de acontecimientos notables. Las fechas referidas a Palestina y Siria dependen de la cronología egipcia que, hablando en términos muy amplios, se basa en observaciones astronómicas correlacionables con nuestro calendario moderno. Desde 1550 a. C., aproximadamente, el registro de los años de reinado de los soberanos egipcios se puede acomodar en la cronología absoluta, si bien todavía debe considerarse un margen de error que varía entre unos pocos años y uno o dos decenios. Aún después del establecimiento de la monarquía en Palestina, cuando la secuencia de los años de reinado puede darse en fechas a. C. absolutas, siguen siendo posibles variaciones leves, según los testimonios disponibles.

No menos curioso puede resultar a todos el hecho de la grafía diversa en muchos nombres de personas y lugares. Los idiomas de que aquí se trata, tanto antiguos como modernos, a menudo se diferencian tanto del nuestro en su uso de consonantes y vocales que aún no se ha configurado un «sistema científico» de transliteración aceptado universalmente. En este libro se adoptaron las formas más sencillas o las más familiares.

La cronología absoluta usada aquí es la que adoptó J. Bright en *A History of Israel*, 2ª edición, Londres, 1972

EGIPTO

Dinastía XII

Reino Medio	a. C.
Amenemes I	h. 1991-1962
Sesostris I	h. 1971-1928
Amenemes II	h. 1929-1895
Sesostris II	h. 1897-1878
Sesostris III	h. 1878-1843
Amenemes III	h. 1842-1797
Amenemes IV	h. 1798-1790
Sebeknefrura	h. 1789-1786

Dinastías XIII a XVII

2º Período Intermedio (*hicsos*)

Reino Nuevo	a. C.
Amosis	h. 1552-1527
Amenofis I	h. 1527-1507
Tutmosis I	h. 1507-1494
Tutmosis II	h. 1494-1490
Tutmosis III	h. 1490-1436
Amenofis II	h. 1438-1412
Tutmosis IV	h. 1412-1403
Amenofis III	h. 1403-1364
Amenofis IV (Akhenatón)	h. 1364-1347
Smenkhare	h. 1349-1347
Tutankhamón	h. 1347-1338
Ay	h. 1337-1333
Horemheb	h. 1333-1306

Dinastía XIX

Ramsés I	h. 1306-1305
Seti I	h. 1305-1290
Ramsés II	h. 1290-1224
Meneptah	h. 1224-1211
4 soberanos	h. 1211-1185

Dinastía XX

Sethnacht	h. 1185-1184
Ramsés III	h. 1184-1153
Ramsés IV	h. 1153-1146
Ramsés V	h. 1146-1142
Ramsés VI	h. 1142-1135

ASIRIA

Teglatfalasar I	h. 1116-1078
Adadnirari II	h. 912-892
Asurnasirpal II	h. 884-860
Salmanasar III	h. 859-825
Teglatfalasar III	h. 745-727
Salmanasar V	h. 726-722
Sargón II	h. 721-705
Senaquerib	h. 704-681
Asarjadón	h. 680-669
Asurbanipal	h. 668-627

BABILONIA

Nabucodonosor II	h. 605/4-562
Nabónido	h. 556-539

DINASTÍA PERSA AQUEMÉNIDA

Ciro	h. 550-530
Cambises	h. 530-522
Darío I	h. 522-486
Jerjes	h. 486-465
Artajerjes I	h. 465-424
Jerjes II	h. 423
Darío II	h. 423-404
Artajerjes II	h. 404-358
Artajerjes III	h. 358-338
Arses	h. 338-336
Darío III	h. 336-331

PALESTINA	a. C.
Saúl	h. 1020-1000 ?
David	h. 1000-961
Salomón	h. 961-922

Reino de Judá

Roboam	h. 922-915
Abias	h. 915-913
Asá	h. 913-873
Josafat	h. 873-849
Joram	h. 849-842
Ocozías	h. 842
Atalía	h. 842-837
Joás	h. 837-800
Amazías	h. 800-783
Ozías	h. 783-742
Jotam	h. 742-735
Ajaz	h. 735-715
Ezequías	h. 715-687/6
Manasés	h. 687/6-642
Amón	h. 642-640
Josías	h. 640-609
Joacaz	h. 609
Yoyaquim	h. 609-598
Joaquín	h. 598/7
Sedecías	h. 587-586

Reino de Israel

Jeroboam	h. 922-901
Nadab	h. 901-900
Baasá	h. 900-877
Elá	h. 877-876
Zimrí	h. 876
Omrí	h. 876-869
Ajab	h. 869-850
Ocozías	h. 850-849
Joram	h. 849-842
Jehú	h. 842-815
Joacaz	h. 815-801
Joás	h. 801-786
Jeroboam II	h. 786-746
Zacarías	h. 746-745
Selum	h. 745
Menajem	h. 745-738
Pecajías	h. 738-737
Pecaj	h. 737-732
Oseas	h. 732-724

Introducción

A principios del decenio de 1970, cuando se escribió este libro, la investigación arqueológica sistemática continuaba, vigorosa, en Líbano e Irán y cruzaba el Jordán por primera vez. La llamada arqueología nueva o antropológica, desarrollada en los decenios anteriores en América, empezaba a suscitar controversias, aunque su impacto apenas se veía en la arqueología de los tiempos bíblicos en Siria-Palestina. La concepción del erudito bíblico W. F. Albright acerca de la arqueología bíblica, basada en la relación entre la arqueología y el texto del Antiguo Testamento y formulada una generación antes, seguía siendo indiscutida, como se advertirá en las páginas 61-62 de este libro. Veinte años más tarde, las cosas se ven muy distintas.

Estudio arqueológico. El trabajo de campo arqueológico ha desaparecido virtualmente de Líbano, e Irán está cerrado a los arqueólogos extranjeros. La investigación se ha expandido de un modo notable en Irak, Israel, Jordania y Siria. En mayor o menor grado, el papel central de las ciencias naturales y sociales en la investigación arqueológica salta a la vista en los fines como en los métodos. Estas circunstancias afectaron profundamente los esquemas de investigación de los arqueólogos, que trabajan, cada día más, dentro de equipos multidisciplinarios, como científicos, más que como expertos independientes, tal como lo hacían los pioneros, dentro de la tradición humanística. Después de un debate tórrido, sobre todo entre los eruditos americanos, la concepción de la arqueología bíblica tan bien establecida por Albright se ha analizado a fondo con sentido crítico y se ha encontrado deficiente.

La erudición única de Albright en materia de estudios bíblicos, idiomas antiguos del Próximo Oriente y arqueología tuvo su punto focal en la demostración de que las fuentes de información extrabíblicas que se obtienen por la investigación arqueológica –tanto textos como pruebas materiales– son utilizables para demostrar la autenticidad de los relatos del Antiguo Testamento. Esas narraciones pueden tomarse como una base para reconstruir la historia política y el desarrollo religioso de Israel, desde sus raíces, a comienzos del segundo milenio a. C. Aunque los expertos alemanes en el Antiguo Testamento discutieron este enfoque ampliamente en su formulación más categórica, continuó siendo un punto de vista muy importante. En el decenio de 1970, dos jóvenes estudiosos americanos en especial, Thomas L. Thompson y John van Seters, criticaron ambos, si bien de modo independiente, los métodos de Albright y sus conclusiones dentro del criterio que expresa la aseveración de Thompson, según la cual «...los materiales arqueológicos no deben fecharse ni evaluarse en base a textos escritos independientes de esos materiales; de igual modo, los documentos escritos no se han de interpretar sobre la base de hipótesis arqueológicas». En realidad, otro erudito americano, Francis Brown, había señalado con énfasis ya en 1896 que «...uno de los peores errores al usar la arqueología como un aliado conservador se comete cuando se la emplea para ganar una batalla en la crítica literaria. No es una disciplina equipada para esa clase de pelea».

Tanto los arqueólogos como los expertos en historia antigua, al mismo tiempo, han llegado a estar bajo la influencia cada día mayor de los antropólogos y los sociólogos, que subrayan la importancia del estudio de los procesos económicos y sociales a lo largo de amplios períodos de tiempo, más que la habitual concentración de hombres y acontecimientos. La tradición de escribir historias del antiguo Israel y de las comarcas circundantes que no fueran sino una paráfrasis del Antiguo Testamento ilustrada con fuentes extrabíblicas, en consecuencia, se ve enfrentada con una concepción más amplia de la historia antigua que procura comprender a las sociedades antiguas como sistemas operativos.

El siguiente breve resumen del texto original trata de mostrar no sólo el flujo constante de nueva información, sino también el resultado del debate metodológico, más radical y de mayor alcance, entre los arqueólogos y los expertos en historia antigua que trabajan en Siria-Palestina, ya que sus estudios adquirieron su forma moderna en la segunda mitad del siglo XIX.

La tierra de Canaán. Hay pocas dudas acerca de que, en los últimos años, el más extraordinario descubrimiento individual de la arqueología haya sido el hallazgo del archivo de tablillas cuneiformes, hecho por los italianos durante sus excavaciones de Tell Mardikh, la antigua Ebla, cerca de Alepo, en Siria, durante la campaña 1975-1976. Se encontró el archivo entre las ruinas de un palacio real que había visto su apogeo entre el 2500 y el 2250 a. C., en los períodos conocidos en la arqueología de Irak

como «principios de la dinastía III y acadio». Esos textos son los más antiguos de la región, de momento, más de mil años más viejos que los famosos textos Ras Shamra (p. 66) y las cartas de Amarna (p. 63). Revelan esos archivos la existencia de administraciones letradas en Siria central, relacionadas de modo estrecho, mucho antes de lo que se había supuesto, con ciudades orientales como Mari y Kish, donde las escuelas de escribas y su tradición tenían ya larga data. Algunos de los textos de Ebla están escritos en sumerio, la lengua que se usaba en el sur de Irak, por la época en que se había inventado la escritura más antigua que conocemos, un milenio antes. La mayoría está en la versión local, eblaíta, una lengua semita, a diferencia del sumerio; pero los eruditos todavía debaten su relación exacta con el idioma de Canaán, tal como está representado en los documentos procedentes de Ras Shamra (Ugarit), y el hebreo de los trozos más primitivos del Antiguo Testamento.

Se dijo en un principio que el eblaíta era un pariente cercano del hebreo bíblico y que los textos de Ebla contenían topónimos idénticos a los del relato del *Génesis* sobre los Patriarcas.

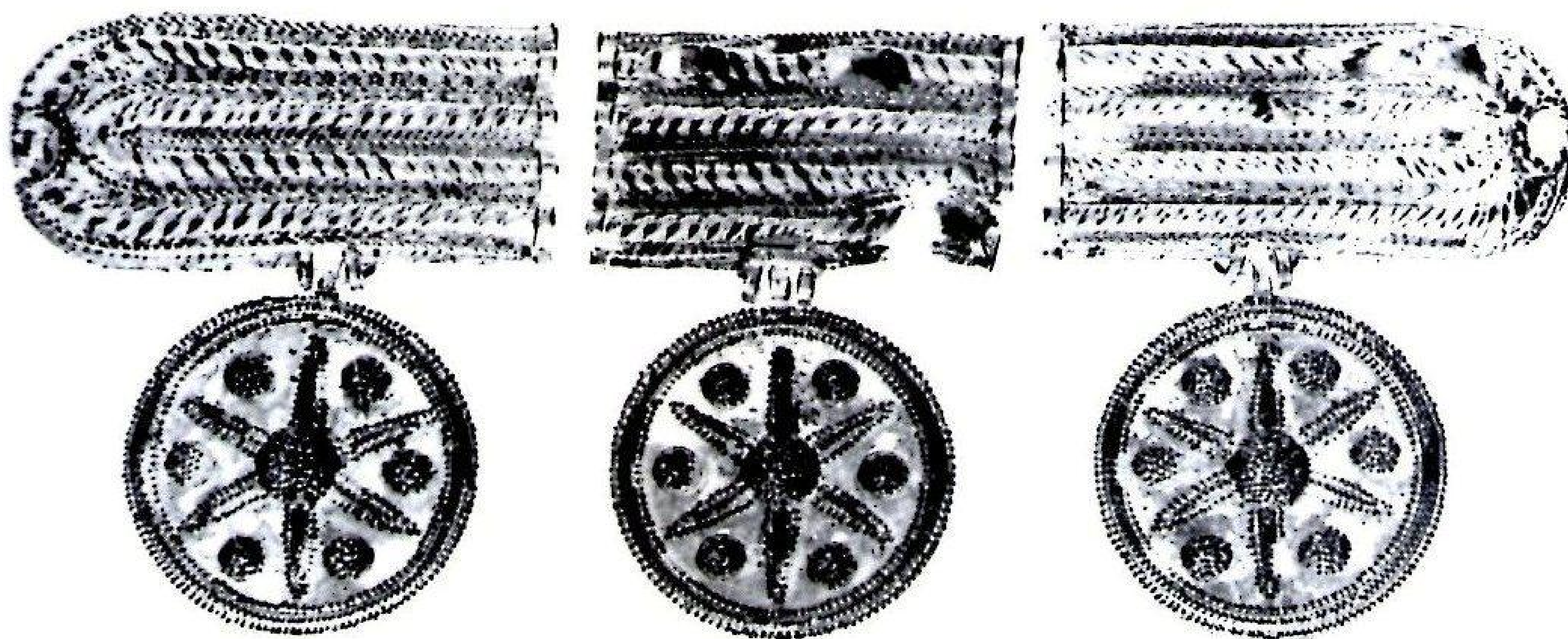
Por cierto, uno o dos estudiosos usaron esos archivos para argumentar que la «Época de Los Patriarcas» tendría que fecharse, no como había supuesto Albright hacia comienzos del segundo milenio a. C., sino 500 años antes (ver p. 61). Un estudio más pormenorizado de los documentos de Ebla demostró, como los primeros informes sobre los textos de Mari y de Ras Shamra lo harían una generación más tarde, que se han de leer con mucho cuidado, tomando el cuenta los elementos de su propia época, lugar y cultura. Sencillamente, engañaron a quienes los consideraron a la luz de relatos bíblicos de fecha y autenticidad inciertas y a quienes hicieron intentos presurosos para leer un idioma hasta entonces desconocido.

No sólo se rechaza hoy esta datación temprana de los relatos patriarcales, sino también el anterior y mucho más importante esfuerzo de Albright por situarlos dentro del contexto de una infiltración amorita de Canaán, desde su límite oriental, a principios del segundo milenio a. C. Se ha señalado que el *Génesis* no presenta a los patriarcas como parte de una emigración importante. Tampoco lo hacen los «Textos de execración» egipcios (p. 58) y fuentes antiguas relacionadas, que no identifican a los asiáticos nómadas de Palestina como amoritas ni como intrusos recién llegados. En la actualidad, los arqueólogos prefieren explicar la brecha en la ocupación urbana de Palestina, que se produjo a fines del tercer milenio a. C., como un resultado de circunstancias internas, que no necesitaba de cambios importantes en la población para ponerla en movimiento.

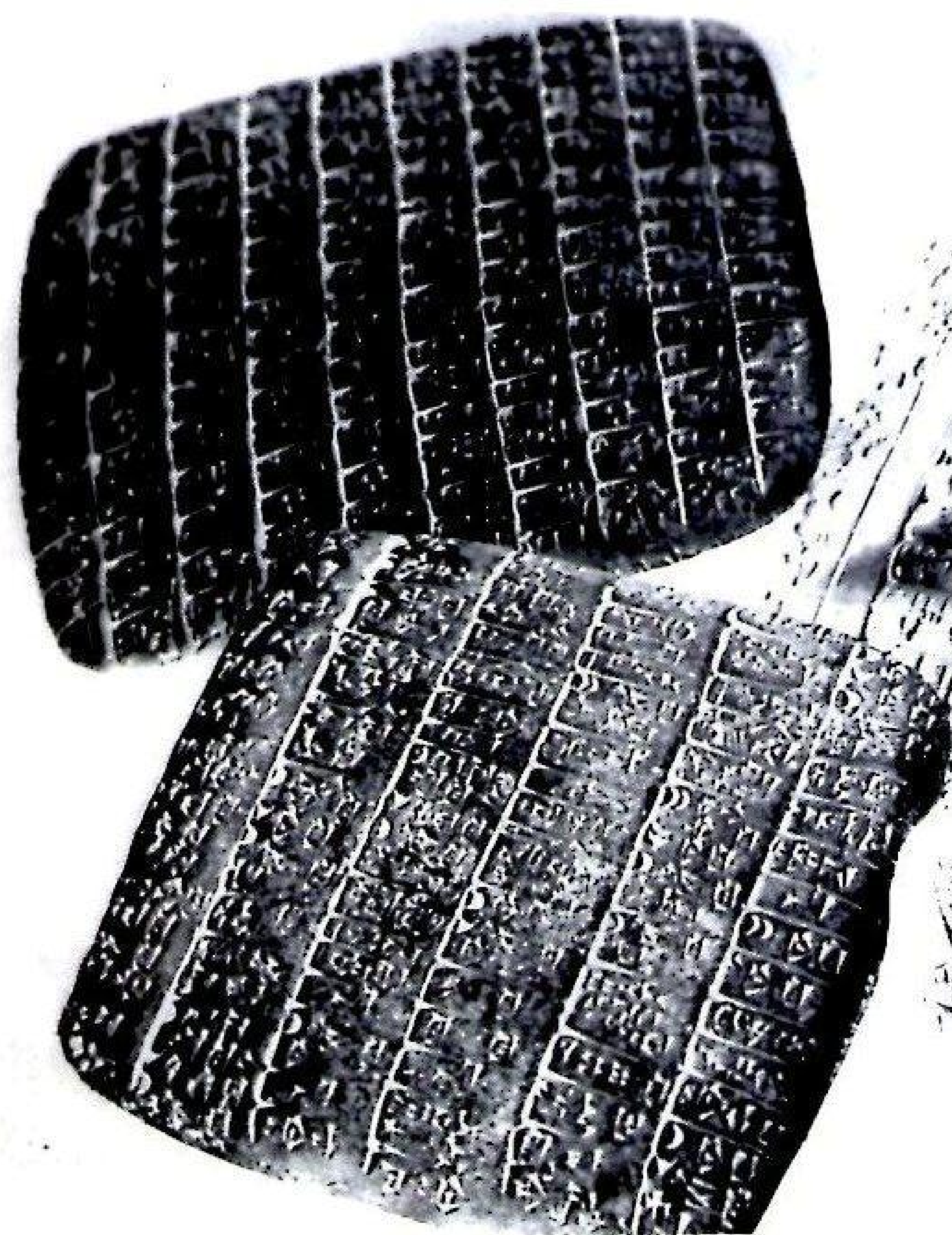
Las comparaciones entre los nombres personales de los patriarcas, los nombres tribales, las leyes y costumbres de la sociedad y los que se encontraron en los archivos de Mari (siglo XVIII a. C.) y en los de Nuzi (fechados unos 400 años más tarde) no se aceptan hoy como indicadores cronológicos (p. 61). Demasiado a menudo los complejos argumentos de Albright, expresados en muchas publicaciones escritas a lo largo de una generación de estudio, se forzaron para establecer comparaciones convincentes; incluso en tal caso, han de ser tan generales como para ser aplicables, con idéntica fuerza, al primer milenio a. C. Por cierto que el entorno mesopotámico de los capítulos más antiguos del *Génesis* hoy se atribuye, por lo común, a las actitudes y preocupaciones de un editor, o editores, que trabajaron después del Exilio Babilonio del siglo VI a. C., y no se acepta casi que sean un registro auténtico de una situación histórica anterior en más de mil años.

Desde 1970, hubo pocos descubrimientos arqueológicos individuales de índole espectacular relacionados con la sociedad cananea del segundo milenio a. C. pero, procedentes de las muchas excavaciones nuevas y de las últimas valoraciones de hallazgos anteriores, algunos datos informativos nos han dado una comprensión más honda de la cultura de Canaán. La investigación continuada de Ras Shamra (Ugarit) y otros asentamientos sirios compensó, hasta cierto punto, la pérdida de información nueva originada en el Líbano, pero el progreso está comprometido inevitablemente hasta que vuelva a ser posible trabajar allí. Las excavaciones de Israel y Jordania estimularon, en particular, una revaloración del papel de Egipto en la vida de Canaán durante la Edad del Bronce, sobre todo en el siglo XIII y principios del XII a. C., cuando parece ser que Egipto estrechó su control militar.

En esa época, aparecen con mayor frecuencia que antes tipos distintivos de arquitectura y cerámica egipcias. Esto es evidente en las excavaciones de Tell Aphek (Afek), cerca de las fuentes del río israelita Sharon, donde el último de una larga serie de edificios administrativos puede haber sido la residencia de un gobernador responsable ante Egipto. Entre las inscripciones descubiertas había una tablilla de barro con una inscripción cuneiforme que contenía una carta en lengua acadia (Babilonia) dirigida por el gobernador de Ugarit a un funcionario egipcio de alto rango, al parecer residente en Aphek, durante el reinado de Ramsés II (h. 1290-1224 a. C.) o poco después.



Objetos hallados en Tell Mardikh, antigua Ebla. *Arriba*: collar de oro procedente de la Tumba del Señor de las cabras. *Derecha*: algunas de las miles de tablillas inscritas halladas en la sala del archivo de uno de los palacios. (Fotografías: Colección de arte antiguo y arquitectura, G. Tortoli.)



En un contexto de principios de la Edad del Hierro, en la residencia del gobernador había una pequeña placa de faenza (2,5 x 4 cm) de un tipo asociado por lo común con los elementos fundacionales de los templos egipcios. En ambas caras de la placa, en caracteres jeroglíficos egipcios, estaba escrito el nombre de Ramsés II y una dedicación a la diosa Isis, tal vez una prueba de que en Aphek había un templo dedicado a esta divinidad.

Por esa época, al sur del mar Muerto, en la región minera de Timna, egipcios y asiáticos explotaban las minas de cobre bajo el patronazgo de la diosa egipcia Hathor, tal como se hacía en Serabit el-Jadim, en Sinaí (p. 60). El pequeño templo dedicado en Timna a Hathor nos ha dado muchas ofrendas votivas egipcias, que indican tal presencia en el lugar desde, al menos, el reinado de Seti I (h. 1305-1290 a. C.) hasta el de Ramsés V (h.1146-1142 a. C.). Este testimonio, como muchos otros hoy disponibles, confirma que Egipto se retiró por

fin de Canaán en el tercer cuarto del siglo XII a. C. y no antes, como se supuso en otra época.

Las excavaciones que, en los últimos veinte años, se realizaron en la zona sur de Israel y en el norte de Sinaí, en sitios como Deir el-Balah, Tell ed-Duweir (Lakish) y Tell esh-Sharia (Ziklag), como también las interpretaciones renovadas de testimonios anteriores, han demostrado cada vez con mayor fuerza que necesita una revisión radical la idea, popular en tiempos, de una única invasión concentrada del pueblo de Israel, que habría barrido la cultura cananea para dejarla en el olvido en los decenios anteriores o inmediatamente posteriores al 1200 a. C. Hoy se dice que la crisis inicial se produjo una o dos generaciones después. Durante nuevas excavaciones realizadas en Tell ed-Duweir (Lakish), en 1978, un corte profundo en los desechos de la puerta de la entrada de la mayor ciudad cananea reveló fragmentos de bronce fundido que llevan el nombre del faraón Ramsés III (h. 1184-1153 a. C.). Este elemento, quizá proveniente de la propia puerta, aunque se le conceda sólo un mínimo tiempo de uso, indica la posibilidad de que el poblado cananeo de Lakish fuese saqueado en el segundo cuarto del siglo XII a. C. Pero hasta el presente la arqueología no nos da claves para identificar a los opresores.

Desde hace tiempo se piensa que los beneficiarios principales del eclipse de la autoridad egipcia en Canaán fueron los filisteos, que se habían instalado allí por su propia cuenta o como mercenarios en guarniciones egipcias, en la comarca que desde entonces se conoció como Filistea, junto a los llamados «Pueblos del mar» (p. 110). Este pueblo se movió con rapidez para llenar el vacío de poder dejado por Egipto a mediados del siglo XII a. C. En los últimos años, la investigación intensa de los arqueólogos israelíes en las principales ciudades filisteas modificó, refinándola, la comprensión de las etapas en las que se fundaron y permitió una definición más precisa de su cultura material y de lo que debía a influencias chipriotas, egipcias y griegas micénicas. Aunque todo esto se hace más evidente, no siempre es fácil explicarlo.

El estudio del eclipse de Canaán continúa concentrado, como siempre, en especial desde la creación del moderno estado de Israel, en la aparición de los israelitas (p. 71). Hoy se reconoce que existió un proceso más complejo, más prolongado y más afectado por la herencia cananea de lo que muestran los relatos del Antiguo Testamento. Diversas explicaciones se utilizan en la actualidad para explicar el cambio. Una escuela de pensamiento muy influyente en otros tiempos, iniciada por Albright y apoyada por muchos eruditos israelíes, acepta la idea de una invasión militar que, se dijo, es tan evidente en los registros arqueológicos como lo es en el bíblico. Los expertos alemanes, fundando sus afirmaciones ante todo en los testimonios del propio Antiguo Testamento, apoyaron el punto de vista de que el asentamiento israelita fue, en primer término, un proceso pacífico de infiltración, en el que el conflicto militar resultó secundario. El testimonio arqueológico, en especial desde que se produjo el cambio de las excavaciones de algún *tell* aislado a los estudios regionales sistemáticos, que combinan prospección de superficie y excavación selecta, tiende a apoyar este criterio. Donde hay signos de destrucción, se extienden a lo largo de más de un siglo, en circunstancias que indican causas múltiples y no un único depredador militar.

Aunque la investigación reciente no ha suavizado ni resuelto las discusiones acerca de si vestigios materiales como las casas de cuatro habitaciones o, en particular, tipos de recipientes para almacenamiento pueden usarse o no a fin de identificar poblados «israelitas», se ha reconocido la diversidad del cambio hacia fines del segundo milenio a. C. Un esquema de investigación más amplio coincidió con una creciente preferencia, entre los arqueólogos, por las explicaciones de cambio social y económico que surgen de causas internas más que de las externas.

Bajo la influencia de antropólogos y sociólogos, se ha prestado mayor atención a situar a los «israelitas» dentro de la sociedad cananea de la Edad del Bronce tardía como grupos descontentos o desplazados de la periferia rural, aunque no necesariamente identificables con los *apiru* mencionados en las cartas de Amarna (p. 65). Este punto se conoce mejor a través de la hipótesis de la «Rebelión» de Mendenhall y Gottwald quienes, no obstante, no coinciden en los detalles. La hipótesis considera que los israelitas eran los labradores locales reprimidos, deseosos, en sus aspiraciones igualitarias, de derrocar a los señores feudales cananeos. Los intentos de sustentar estas hipótesis con datos arqueológicos, hasta el presente, se han visto entorpecidos por la ausencia de vestigios de la cultura material por la que los «israelitas» podrían ser localizados antes de, aproximadamente, 1200 a. C.

En las aldeas más antiguas cuya ocupación por lo común se atribuye a los israelitas emergentes o intrusivos en el siglo XII a. C., no hay edificios públicos religiosos ni civiles, como los que en general se encuentran en las ciudades cananeas. Aparte de ellos, raramente se identifican los lugares de culto contemporáneos y, cuando se consigue hacerlo, su identidad es equívoca, ya que la religión cananea también tuvo un aspecto rural, poco conocido en los registros arqueológicos. El hallazgo casual de una estatuilla de un toro hecha en bronce, por ejemplo, llevó a

los arqueólogos a un poblado a cielo abierto, al nordeste de Nablus (Shechem), en las tierras altas centrales, la región que en el Antiguo Testamento se asocia sobre todo con un asentamiento israelita primitivo.

Sin embargo, este toro podría aludir a una variedad de cultos y el sitio, en sí mismo, no resuelve el problema. Por lo común, los toros representan divinidades masculinas importantes en el Próximo Oriente. En Canaán, era el dios semítico occidental de la tormenta, Hadad (Baal). En el culto del becerro de oro (o toro) del Antiguo Testamento, los eruditos modernos interpretaron de manera diversa al animal: como materialización del invisible Yahveh o como símbolo del dios de Israel, de alguna otra divinidad extranjera o cananea.

Israel y Judá. El período del Reino Único continúa hoy, en el registro arqueológico, tan impreciso como lo era dos decenios atrás. Incluso al este del río Jordán, donde la investigación arqueológica se desarrolló con tanta rapidez, este período primitivo de la Edad del Hierro sigue siendo poco conocido. Aún es imposible valorar el relato del Antiguo Testamento a la luz de las fuentes extrabíblicas. En contraste, numerosas excavaciones continúan aumentando la comprensión del nacimiento de reinos independientes en Israel y Judea al oeste, Edom, Moab y Ammón al este. En Siria, sobre todo al oeste del Éufrates, la Edad del Hierro sigue siendo aún menos conocida que épocas anteriores.

En Jerusalén se ha llevado adelante una investigación intensa, con el debate consiguiente sobre la extensión exacta de la ciudad más allá de Ofel («la ciudad de David») entre los siglos IX y VI a. C. Hoy se acepta que, hacia fines del siglo VIII y en el VII, se había extendido por el oeste para abarcar partes considerables de la presente «Ciudad Antigua». De las ciudades reales de Judá, quizá Lakish (Tell ed-Duweir) sea la que más ha contribuido en el punto en que la información arqueológica y la textual se cruzan. Los arqueólogos israelíes volvieron a excavar allí en 1973. Hasta el presente, el descubrimiento individual más importante referido al período del Reino Dividido ha sido la confirmación de que Olga Tufnell estaba en lo cierto hace 40 años, cuando atribuyó la destrucción del estrato III al ejército de los asirios, comandados por Senaquerib en 701 a. C., no a los babilonios de un siglo más tarde. Muchos contemporáneos de Tufnell, incluido Albright, discutieron con ahínco la última fecha, después de las excavaciones británicas del decenio de 1930.

Con la excavación reciente de la rampa de asedio que Senaquerib construyó para asaltar Lakish, se ha conseguido una explicación más detallada de los famosos relieves esculpidos del asedio que Senaquerib encargó para su palacio de Nínive, y que se trasladaron al Museo Británico el siglo pasado (p. 120). Se ha mostrado como un retrato testimonial notable el ataque y captura de la ciudad por parte de los asirios, con representaciones cuidadosas de la topografía local y de las estructuras más importantes de la ciudad, tal como se veían desde el campamento real exterior.

Las reanudadas excavaciones de Lakish también contribuyeron a definir el significado de un grupo muy conocido de asas de grandes vasijas para almacenamiento, en las que se ven impresiones de sellos que muestran un disco alado (predominante en el norte de Judá) o un escarabajo pelotero (predominante en el occidente de esa comarca), más la palabra *lmlk*, «(perteneciente a) el rey», y cuatro topónimos. Tres de ellos –Hebrón, Socoh y Ziph–, nombran ciudades conocidas pero el cuarto, *mmšt* aún no está identificado. Antes se pensó que los símbolos eran de distinta fecha, pero están estrechamente asociados en el nivel III de Tell ed-Duweir, lo que refuerza el criterio de que toda la serie se relaciona, en cierta medida, con los preparativos de Ezequías ante el ataque asirio conducido por Senaquerib. La forma precisa en que funcionaba este sistema de abastecimiento de emergencia y el papel exacto de cada uno de los cuatro sitios en él es objeto de discusión, aunque el análisis científico de las asas de arcilla indicó que todos los recipientes de almacenamiento pudieron ser fabricados en un único taller de Judá occidental.

Es relativamente escasa el testimonio arqueológico referido a la práctica religiosa de este período y, cuando aparece, puede o no ser equívoco en su significado y, por consiguiente, controversial. Los hallazgos que en Kuntillet Ajrud (Horvat Teiman) y en 1975 y 1976 hicieron los arqueólogos israelíes no son una excepción. Allí, en lo que pudo ser un santuario establecido junto al camino y datado en los siglos IX-VIII a. C., sobre una importante ruta del desierto que iba desde la cabecera del mar Rojo hasta el Mediterráneo, a unos 50 km al sur de Kadesh-Barnea en el Négueb, hay figuras y bendiciones pintadas con tinta sobre grandes recipientes de almacenamiento y el enlucido de las paredes, entre las que se incluyen invocaciones religiosas dirigidas tanto a Baal como a Yahveh. Más discutida fue la frase «te bendigo por Jehová y por su *asherah*», ya que no hay certeza sobre si se trata de una referencia a la diosa madre cananea Asherah o a la imagen de culto inanimada. Mientras que el Antiguo Testamento deja claro que las divinidades cananeas con consortes eran adoradas aún en tiempos del Reino Dividido, se debate con vigor la sugerencia, nacida de esta y de otras inscrip-



Selección de cerámica pintada y pulida procedente de edificios del siglo VII de la ciudad jordana de Buseirah, situada en el antiguo reino de Edom, hallada por Crystal Bennett en sus excavaciones. (Fotografía: gentileza de los Visitantes del Museo Ashmoleano, Oxford.)

ciones aisladas, por la que Jehová podría haber sido una de ellas también.

Notables son, igualmente, dos pequeñas placas de plata (97 x 27 mm y 39 x 11 mm), recuperadas hace poco de tumbas subterráneas del siglo VII a. C. en Ketef Hinnom, un lugar de enterramiento situado a las afueras de la ciudad de Jerusalén. La mayor de las dos está escrita en hebreo, con lo que es el ejemplo más antiguo que se conoce de una cita bíblica, en este caso la Bendición sacerdotal: «Jehová te bendiga y te guarde...» (*Números*, 6, 24-26). La pequeña tiene el mismo texto pero en una versión algo distinta de la que aparece en la Biblia. Una de las inscripciones, encontrada en un recipiente de almacenamiento en Kuntillet Ajrud, contiene las palabras «Dios te bendiga y te guarde y te acompañe», lo que demuestra la amplia difusión que por esta época tenía la Bendición sacerdotal. Esas placas de plata, que se encontraron enrolladas en un recipiente, tal vez se usaban como amuletos, lo que explicaría su aparición en los enterramientos.

Los reinos nacidos al este del Jordán en el primer milenio a. C., apenas algo más que nombres en el Antiguo Testamento, se sometieron a una creciente investigación arqueológica a lo largo de los últimos dos decenios. Durante años, la lengua ammonita sólo se conoció a través de inscripciones muy breves, en general poco más que nombres de personas en sellos y estatuas aisladas. Después, en 1972, se recuperó en el yacimiento de Tell Siran, en Ammán, una pequeña jarra de bronce que lleva una inscripción descriptiva de las actividades de «Amminadab, Rey de los ammonitas, hijo de Hisselel, Rey de los ammonitas, hijo de Amminadab, Rey de los ammonitas». Es probable que date de fines del siglo VII, de la época del nieto del Rey Amminadab, mencionado por el rey asirio Asurbanipal en sus registros del año 667 a. C. Con el re-

conocimiento creciente de los nombres personales moabitas en sellos –también estos nombres propios salen a la luz con lentitud, como los ammonitas–, se define a ese pueblo como uno de los poseedores de escritura y diferenciables en el Próximo Oriente; pero ningún hallazgo en años recientes se compara con la renombrada «Piedra moabita» (pp. 41, 116).

Aún son pocas las inscripciones atribuidas a los edomitas, pero las excavaciones en algunos de sus poblados más importantes, como los de Buseirah y Tawilán, han revelado una arquitectura de piedra, quizá influida por los constructores asirios durante su dominio, y estilos de cerámica variados, algunos pintados de un modo característico. En 1982, en el yacimiento de Tawilán, se desenterró la primera tablilla cuneiforme (fechada en el reinado de uno de los tres reyes persas llamados Darío) hallada en Jordania. La amenaza de los ataques edomitas contra Judea se refleja en mensajes escritos sobre fragmentos de cerámica del siglo VII, procedentes de Tell Arad. Al suroeste de Arad, se excavó hace poco en Horvat Qitmit, un santuario de piedra de este período o apenas posterior; de allí se obtuvo una notable colección de estatuillas votivas de terracota y al menos una inscripción sugiere que se trataba de ofrendas a deidades edomitas.

Los fenicios. Dos aspectos vitales de la cultura fenicia –el desarrollo temprano de nuestro alfabeto (p. 98) y el comercio marítimo (p. 96), con hondas raíces en el mundo cananeo primitivo– salieron a luz gracias a la investigación arqueológica de años recientes. Sin cesar se acumulan testimonios que demuestran que ya entre 1550 y 1150 a. C. las ciudades costeras de la región siriopalestina, desde Ras Shamra en el norte hasta las fronteras de Egipto por el sur, desempeñaron papeles fundamentales en la red comercial que unía las dos grandes potencias de la época: los hititas de Turquía y los egipcios. Sus habitantes se especializaron como marinos y constructores de naves, a la vez que producían bienes de lujo atractivos para sus dominadores. En particular los tintes y las telas se elaboraban en gran escala, para intercambiarlos por materias primas y usarlos para pagar tributos, a la vez que las habilidades marineras aseguraban un comercio importante de exportación, así como también el acceso independiente a las materias primas vitales. La arqueología submarina, con su notable desarrollo de los últimos 30 años, ha hecho que este tráfico marítimo resulte visible arqueológicamente, cuando antes tan sólo se había deducido por la cerámica egea y chipriota, además de algunos otros testimonios dispersos hallados en Siria y Palestina.

Desde 1984 una expedición americana y turca se ocupó de un barco, que navegaba de este a oeste cuando naufragó frente al cabo Ulu Burun, cerca de Ka, en la costa turca meridional, a principios del siglo XIII o fines del XIV a. C. La técnica de construcción del casco de la nave, para sorpresa de los expertos, ya era muy similar a la que usarían tiempo después los constructores grecorromanos. La nave tenía varias anclas de piedra; en su carga había materias primas como barras de cristal, lingotes de cobre y estaño, marfil sin trabajar, de hipopótamo y elefante, además de grandes recipientes con aceite de oliva, vino, oropimente y otras materias orgánicas. Uno de esos recipientes tenía la tablilla escrita de madera más antigua que se conozca; originalmente estaba cubierta de cera, capa perdida hoy con lo que también se ha perdido cualquier resto de una posible inscripción. Objetos variados de forja, de metales básicos y preciosos, otros de terracota y faenza, ámbar y cristal de roca constituían los bienes manufacturados que llevaba el barco. Sin duda, algunos estaban destinados a su utilización a bordo pero la mayoría lo estaban al comercio. Esta carga es exactamente igual a las bien conocidas de la actividad comercial fenicia posterior (p. 90).

La etapa arcaica del alfabeto está documentada con tanta pobreza que cualquier hallazgo de algo más que unas pocas letras es significativo aún. En 1976, durante las excavaciones de Izbet Sartah, 3 km al este de la localidad israelita de Tel Aphek, se encontró la inscripción protocananea más larga registrada hasta ese momento; estaba garabateada en un fragmento de cerámica entre los residuos de un foso de almacenamiento y se ha fechado hacia el siglo XII a. C. Un escriba semiletrado dibujó en ese fragmento 80 letras, un alfabeto y lo que parecen ser, más bien, letras aisladas y no un texto coherente. Esta inscripción rústica pertenece al período de transición en que los pictógrafos del alfabeto semítico occidental más antiguo (p. 60) estaban haciendo un desarrollo hacia las letras lineales de la escritura fenicia arcaica, antecesora del alfabeto en que se imprime este texto. Es difícil decir hasta qué punto ese hallazgo aislado permite establecer hipótesis acerca del uso de la escritura en las primitivas aldeas israelitas.

La acumulación de testimonios, como el de este fragmento, para el período crítico en que nacía el alfabeto fenicio, hacia fines del segundo milenio a. C., y las comparaciones entre éste y las inscripciones alfabéticas más antiguas del mundo griego han dado lugar a que se establezca un punto de vista radical por el que se afirma que el conocimiento de la escritura llegó a Grecia mucho antes de la fecha tradicional, que sitúa la transmisión hacia

occidente en el siglo VIII a. C. A pesar de algunas afirmaciones en sentido contrario, el descubrimiento de un cuenco de bronce con inscripciones en la localidad de Tekke, cerca de la ciudad cretense de Cnosos, durante las excavaciones que allí se hicieron en 1974-1976, es un dato equívoco para resolver este problema. La inscripción, hecha con letras fenicias probablemente en el siglo X y no antes, dice, en lo que se ha conservado: «la copa de Sama, hijo de L...». Esto no hace más que demostrar que los objetos fenicios con inscripciones, posiblemente provenientes de Chipre o tras haber pasado por la isla, llegaban hasta Creta en esas fechas. No hay testimonio del uso local de la escritura alfabética, que se mantiene escasa al oeste de Chipre antes del siglo VIII. Sin embargo, este descubrimiento puede dar apoyo a la hipótesis de que fueron los fenicios que iban hacia occidente, y no los griegos que se dirigían al este, los que difundieron el alfabeto en Europa.

Aunque ahora Líbano está cerrado a los arqueólogos desde hace más de un decenio, la publicación de los registros de excavaciones hechas allí antes de la actual guerra civil continúa echando luz sobre la cultura fenicia en su lugar de origen, que arqueológicamente sigue siendo menos conocido que las colonias. Las excavaciones del puerto de Sarafend (antigua Sarepta) entre Tiro y Sidón, realizadas desde 1969 hasta que se les puso un fin abrupto en 1974, tienen gran importancia para la comprensión de la vida fenicia urbana. Aunque eclipsada por sus mucho más famosas vecinas, Sarepta presenta una secuencia de testimonios muy útil desde aproximadamente 1600 a. C. hasta la época bizantina, lo que complementa las menciones dispersas de la ciudad en textos asirios, egipcios, griegos y hebreos (*1 Reyes*, 17, 7 ss.). En los niveles de ocupación desde el siglo VIII hasta los tiempos romanos, hubo pocos testimonios de la existencia de un barrio industrial, donde se extraía el tinte del múrex para hacer el famoso color «púrpura real», durante tanto tiempo asociado con Fenicia, donde se prensaban las aceitunas para obtener aceite y donde se fabricaba cerámica.

Todas las inscripciones fenicias halladas en Sarepta provenían de los barrios industrial y religioso de la ciudad, no de la zona residencial. La mayoría son muy breves, garabateadas sobre las piezas cerámicas, indicaciones de propiedad referidas a hombres o dioses. Dos tienen un interés particular. Un sello de piedra pequeño, en forma de escarabajo, lleva una inscripción que incluye el nombre de la ciudad, Sarepta. Una prueba tan precisa para el estudio de la geografía histórica es sumamente rara en las excavaciones. Más significativa aún es la otra inscripción, la mayor recuperada hasta hoy; está sobre una pequeña placa de marfil (3,3 x 5 cm), datada en el siglo VII a. C., en tiempos aplicada a la base de una estatua hoy perdida. El texto dice: «La estatua que Shillem, hijo de Mapaal, hijo de Izai hizo para Tanit (y) Astarté»; aquí, por primera vez, aparece con certeza el nombre de la diosa Tanit documentado como tal en la comarca fenicia metropolitana, aunque ya se la conocía desde mucho antes en Cartago, donde se relaciona con la práctica de sacrificios infantiles. Esta placa se encontró en el único santuario del período 1150-600 a. C. excavado hasta el presente en Fenicia. Se trataba de un edificio largo, estrecho y rectangular, de piedra, con un ara de ofrendas y una cavidad para un pilar contra una de las paredes pequeñas y «bancos» a lo largo de las cuatro paredes, quizá para recibir ofrendas votivas. Muchas figurillas y colgantes de arcilla cocida, faenza y marfil se encontraron entre los desechos. Esos restos indican que el santuario, presumiblemente consagrado a Tanit-Astarté estuvo en uso desde el siglo VIII hasta el V a. C.

En 1973-1974, Patrica Bikai tuvo la rara oportunidad de hacer un sondeo en la isla original, frente a la playa, sobre la que se construyó Tiro. Aunque sólo abarcó 150 metros–, proporcionó una secuencia virtualmente sin cortes de la cerámica hasta el tercer milenio a. C. Dentro de la secuencia, había parte de una fábrica productora de cuentas de faenza durante la Edad del Bronce tardía que, algunos cientos de años más tarde, fue zona usada por los ceramistas en la Edad del Hierro y allí las descargas produjeron millares de fragmentos.

Esta investigación realizada en Fenicia se comparó con la información creciente surgida de las excavaciones de la costa septentrional de Israel, Siria y Chipre, que permiten reconstruir con exactitud la colonización a comienzos de la Edad del Hierro. Fenicia salía relativamente intacta de los disturbios asociados con las actividades de los «Pueblos del mar» a principios del siglo XII a. C. (p. 82). Al cabo de un siglo poco más o menos, sus marinos llegaban al sur costeando el actual estado de Israel y entraban en conflicto con las aspiraciones comerciales de los filisteos y sus asociados, para dominarlas a continuación. Al mismo tiempo, avanzaba su penetración en Chipre. Esto está bien ilustrado hoy en un cementerio del distrito de Pafos, en Chipre occidental, donde la mitad de las tumbas excavadas de los siglos XI y X a. C. contenían como rasgo distintivo cerámica fenicia. Esto indica una conexión comercial que ya pasaba por Kition y Amathus hacia Pafos, alrededor de un siglo antes de que otros testimonios arqueológicos indiquen un asentamiento fenicio en Chipre. Como lo confirman los centros colonizados sobre la costa de Israel, a través de la cerámica chipriota hallada en ellos, la navegación fenicia facilitó una red de

contactos comerciales dentro de la que se intercambiaban entre unos y otros puntos toda clase de mercancías. Aún no sabemos cuán tempranamente empezaron a ejercer su influencia los fenicios sobre la costa siria hacia el norte pero, en el siglo IX al menos, es evidente su impacto por la cerámica que se encuentra en los yacimientos de tierra adentro. Hacia esta época, si no antes, la conexión comercial fenicia con Creta y el Egeo era nuevamente tan vigorosa como lo había sido pocos siglos antes la cananea.

Más lejos, hacia el oeste, la investigación reciente no ha cambiado en términos radicales la pintura de las primitivas conexiones fenicias con Cerdeña, datadas hacia el siglo XI o el X, según testimonios de inscripciones aisladas y desde entonces quizá esporádicamente con España (p. 95). Sin embargo, los contactos comerciales continuados con España no son evidentes antes de 800 a. C., cuando los fenicios entran en contacto con los sistemas comerciales establecidos a lo largo del litoral atlántico europeo. Después del 700 a. C., los objetos de lujo fenicios se vuelven más habituales en España, según van desvelando excavaciones que aún continúan, lo que indica que por entonces se habían establecido estaciones de comercio permanentes y coloniales. En algún momento de la primera mitad del siglo VI a. C., los acontecimientos políticos del Próximo Oriente cortaron las alas de la empresa fenicia occidental y Cartago asumió la supremacía sobre sus colonias occidentales más lejanas.

El imperio persa. Nuestro punto de vista acerca del imperio persa no se ha modificado en forma significativa por nuevos descubrimientos desde 1970, ya que Irán se cerró a los arqueólogos extranjeros por un tiempo. Este período, además, sigue estando entre los menos conocidos por las excavaciones hechas en diversos puntos del Próximo Oriente. Sin embargo, hubo un aumento del interés entre los historiadores que trabajaban en las distintas fuentes documentales conservadas, sobre todo procedentes de Babilonia, Egipto y zonas de Turquía. Este trabajo se caracterizó por intentos sistemáticos de corregir el enfoque tradicional en favor de las fuentes griegas para considerar la historia aqueménida. Se sabe desde hace mucho tiempo por qué los griegos se sintieron fascinados por los persas; pero no está claro cuál fue el motivo de preocupación de los propios persas, en parte porque sus fuentes escritas conservadas son pocas y difíciles de estudiar y, en parte, porque las actitudes occidentales dominaron los enfoques académicos respecto de ellos. También se ha desplazado la atención desde una preocupación casi exclusiva por los temas políticos y religiosos a un interés más amplio en los problemas socioeconómicos y en una interpretación más precisa de las relaciones de los gobernantes aqueménidas con sus súbditos en las regiones rurales y periféricas, sobre todo en el este del imperio, en Afganistán y el interior de Asia, que se han abierto arqueológicamente en los últimos veinte años.

Sin embargo, la corte y la política cortesana todavía desempeñan un papel central en los estudios sobre los aqueménidas. La publicación de los resultados de las excavaciones hechas en Pasargada, en 1978, brindaron por primera vez un relato amplio de ese enigmático centro, con ilustraciones precisas de los monumentos más importantes que allí se conservan (p. 150). No obstante, el muy debatido problema de si existió o no la antigua escritura persa cuneiforme mucho antes de Darío I o de si fue él quien la inventó, como parece afirmarlo el monarca en la inscripción de Behistun, sigue siendo todo un campo de batalla académico. Las inscripciones de Ciro y Pasargada, en las que se usa el pronombre de primera persona singular, son la base textual primaria para la hipótesis de que esa escritura es anterior, pero la discusión sobre su fecha continúa. La publicación de las investigaciones que sobre Susa y Persépolis se iniciaron en los decenios de 1960 y 1970 continúa aportando elementos para conocer las comarcas situadas más allá de las ruinas más importantes de ambos centros. El monumento nuevo más espectacular que ha aparecido es una estatua sin cabeza, de piedra, con una inscripción, que representa a Darío I, hallada en Susa en 1973. Fue esculpida en Egipto, al estilo egipcio, aunque el rey lleva ropas y ornamentos personales persas. Está de pie sobre un plinto en el que están representadas las diversas regiones del imperio, siempre dentro de un estilo egipcio.

En 1979, Margaret Root presentó una interpretación innovadora del arte de la corte aqueménida, tratando de demostrar que monumentos como las esculturas de Persépolis (p. 132) representan un intento consciente de Darío I para mostrar la imagen de su imperio que quería que otros aceptaran. Root observó que el énfasis no estaba tanto en el rey como persona, sino en él como miembro de la casa real (o dinastía) aqueménida, preocupada sobre todo por mantener el control y el orden. Para esto resultaba fundamental la idea de una interacción armoniosa con los pueblos sometidos, a menudo representados en el arte aqueménida en una actitud de alabanza unificada y apoyo al Gran Rey. Es un grito muy alejado de las representaciones antiguas de los reyes egipcios y asirios, vigorosamente empeñados en actos de guerra o triunfantes en la caza de leones y toros.

Lejos de la corte real, en Turquía, se ha prestado aten-

ción en especial a la posibilidad de comprender de qué modo los señores persas se relacionaban con los distintos pueblos nativos en provincias como Licia, Lidia y Frigia, cada una de ellas dueña de tradiciones antiguas y bien diferenciadas. El impacto de las costumbres persas, más allá de una pequeña clase dominante, es aún pocas veces visible, mientras que cada vez resulta más obvio que el imperio aqueménida occidental se helenizó hasta un grado notable en el siglo IV a. C., mucho antes de las conquistas de Alejandro Magno. Esto no ha de resultar sorprendente en Turquía, pero también se puede observar con claridad en Palestina, ahora que E. Stern ha reunido, de un modo aún único para una determinada región del imperio aqueménida, los testimonios arqueológicos de esa comarca, muy apartada de los contactos estrechos y extendidos con los griegos y con las comarcas griegas continentales. Pero aun así es verdad que los nuevos sistemas políticos, sociales y económicos surgidos en el siglo posterior a Alejandro transformaron el Próximo Oriente. La vida cultural quedó profundamente alterada cuando el arameo y el griego, escritos en alfabetos lineales, y sus respectivas tradiciones intelectuales, se impusieron sin pausa a las lenguas y literaturas antiguas escritas en grafía cuneiforme. Con la desaparición de esta última, hacia el siglo I d. C, se producía el eclipse de gran parte de la antigua cultura del Próximo Oriente.

P. R. S. Moorey

Capítulo primero: Paisaje, arqueología e historia



Un único interrogante está por debajo de la fascinación perpetua que ejerce la historia palestina: de qué modo un país tan pequeño y tan poco favorecido por la naturaleza llegó a tener un efecto tan profundo en la historia de la civilización occidental, ya que produjo el judaísmo y el cristianismo, además de desempeñar un papel nada pequeño en la historia inicial del islam. Por supuesto, no existe una única y simple respuesta. Pero por la sutil interacción de los estímulos que, en un momento u otro, sirvieron para crear condiciones favorables a tales desarrollos, es posible dar alguna contestación.

Palestina, aunque pequeña, estaba muy bien situada como tierra de paso entre África y Asia, y desde tiempos muy antiguos estuvo comprometida en la vida política, comercial y cultural de una región mucho mayor que ella y más importante en recursos físicos. Hacia el suroeste, al otro lado del Sinaí, está Egipto; hacia el este y noreste, más allá del gran desierto sirio, se extiende Mesopotamia. Ambas eran tierras con grandes ríos, donde las buenas comunicaciones y la agricultura de regadío, desde el cuarto milenio a. C., dieron sostén a civilizaciones urbanas florecientes. Eran estos polos los que marcaban los extremos de la oscilación de la historia antigua de Palestina y Siria. Los ejércitos egipcios y mesopotámicos y las aspiraciones imperiales moldearon la política de ambas potencias. La religión, la literatura y el saber de palestinos y sirios tuvieron una influencia profunda en las dos regiones. Aun el estudio más superficial sobre el legado documental de Egipto y Mesopotamia revela paralelos constantes, ya sea con el estilo o el contenido del Antiguo Testamento, mientras que el arte cananeo y el fenicio deben mucho a Egipto.

Si los factores geográficos facilitaron las influencias extranjeras, también las atenuaron, sobre todo en Palestina. Las grandes rutas de las caravanas, que transportaban mercancías de lujo hacia el oeste desde las distantes playas de India, Arabia y el Golfo Pérsico, pasaban de largo por Palestina, para converger en las ciudades importantes de Siria; tan sólo en circunstancias políticas poco usuales, como las de tiempos de David y Salomón, Palestina se vio influida por esos movimientos. La única carretera importante que tenía –la *Via Maris*–, llegaba desde Egipto a través de la llanura costera, luego torcía hacia el este por la Llanura de Esdrelón, hasta las tierras centrales de Siria: tanto los ejércitos invasores como los mercaderes la recorrieron sin cesar. Quienes por esta ruta entraron en dirección al este, o hacia el oeste desde el desierto árabe, llegaron a tierras naturalmente divididas en muchos valles y llanuras independientes, con sus diferencias intensificadas por las variaciones de suelo y clima. Aunque siempre abierta a la infiltración, floreció allí una independencia obcecada y una variedad étnica y cultural pocas veces hallada en una superficie tan pequeña. En esa zona se consideraron y probaron las ideas extranjeras, antes de que el cuerpo local de creencias y prácticas las incorporara. Nunca sujetas a una única autoridad central, con muy poca frecuencia en condiciones de gran prosperidad material, sus gentes, una vez asentadas e integradas de modo diverso, a menudo superaron a sus vecinos, mucho más ricos y poderosos, en cuanto a sensibilidad religiosa y literaria.

Las tierras en que esos grupos se encontraron y mezclaron no daban fruto con facilidad, ni tampoco de un modo predecible. No existía allí un gran río con un régimen regular. La fertilidad dependía de las lluvias que, aunque por lo común regulares y adecuadas, a menudo podían ser bastante irregulares y poco adecuadas. Las hambrunas desastrosas, las pestes y las invasiones de langostas no eran nada infrecuentes. La religión de Canaán revela una preocupación profunda por los dioses de las tormentas y la fertilidad; la doctrina de Israel en materia de Providencia Moral es, a su modo, igualmente explícita sobre el tema:

«Porque la tierra a la que vas a entrar para tomarla en



posesión no es como el país de Egipto del que habéis salido, donde después de sembrar había que regar con el pie, como se riega un huerto de hortalizas. Sino que la tierra a la que vais a pasar para tomarla en posesión es una tierra de montes y valles que bebe el agua de la lluvia del cielo. (...) Yo daré a vuestro país la lluvia a su tiempo, lluvia de otoño y lluvia de primavera, y tú podrás cosechar tu trigo, tu mosto y tu aceite; yo daré a tu campo hierba para tu ganado, y comerás hasta hartarte. Cuidad bien que no se pervierta vuestro corazón (...); pues la ira de Yahveh

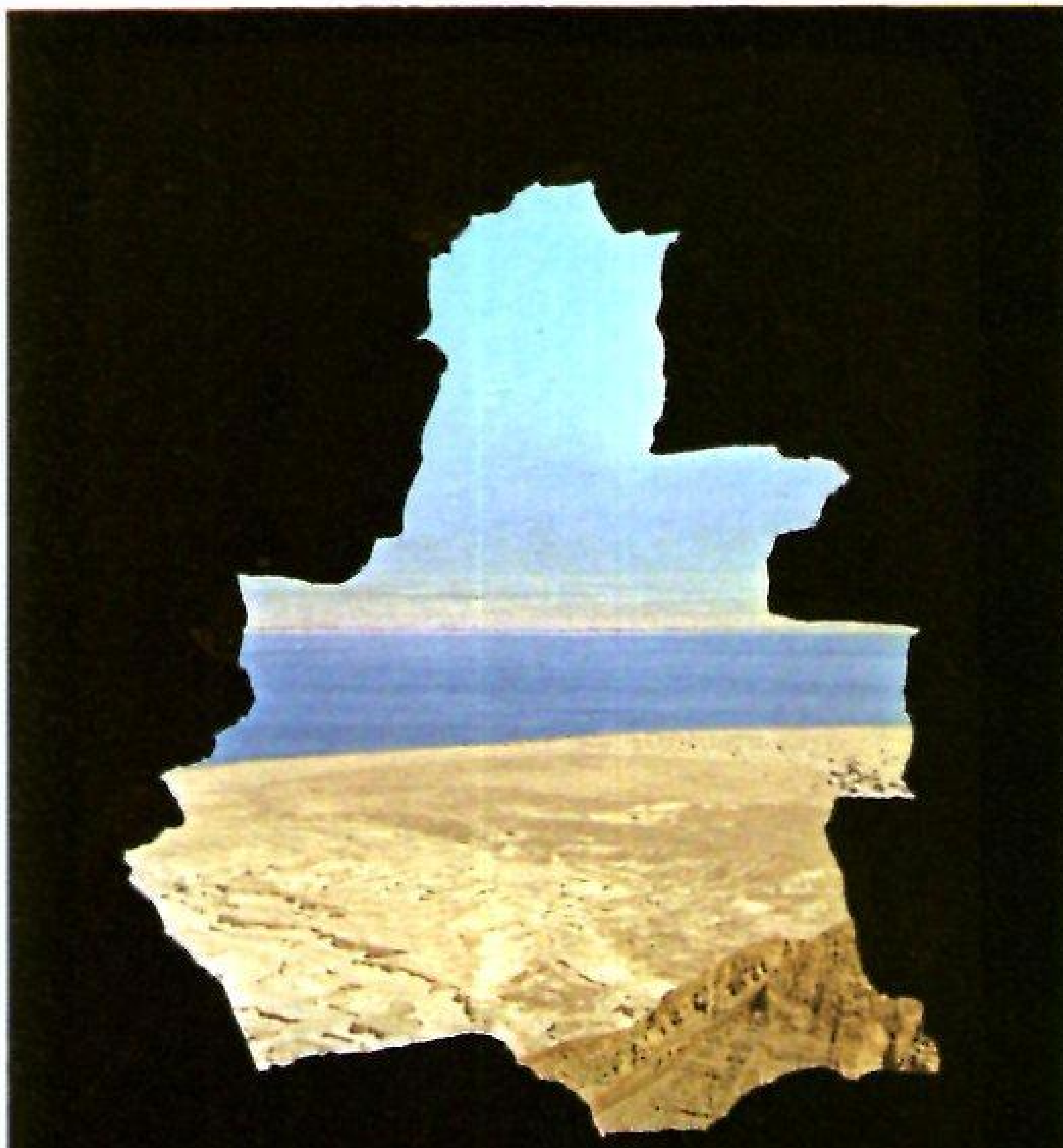


Arriba: la moderna ciudad de el-Jib (antigua Gabaón), sobre la cima de una montaña. Vista a distancia, la antigua ciudad habrá tenido un aspecto similar.

Izquierda: típico paisaje galileo junto al mar de Galilea.

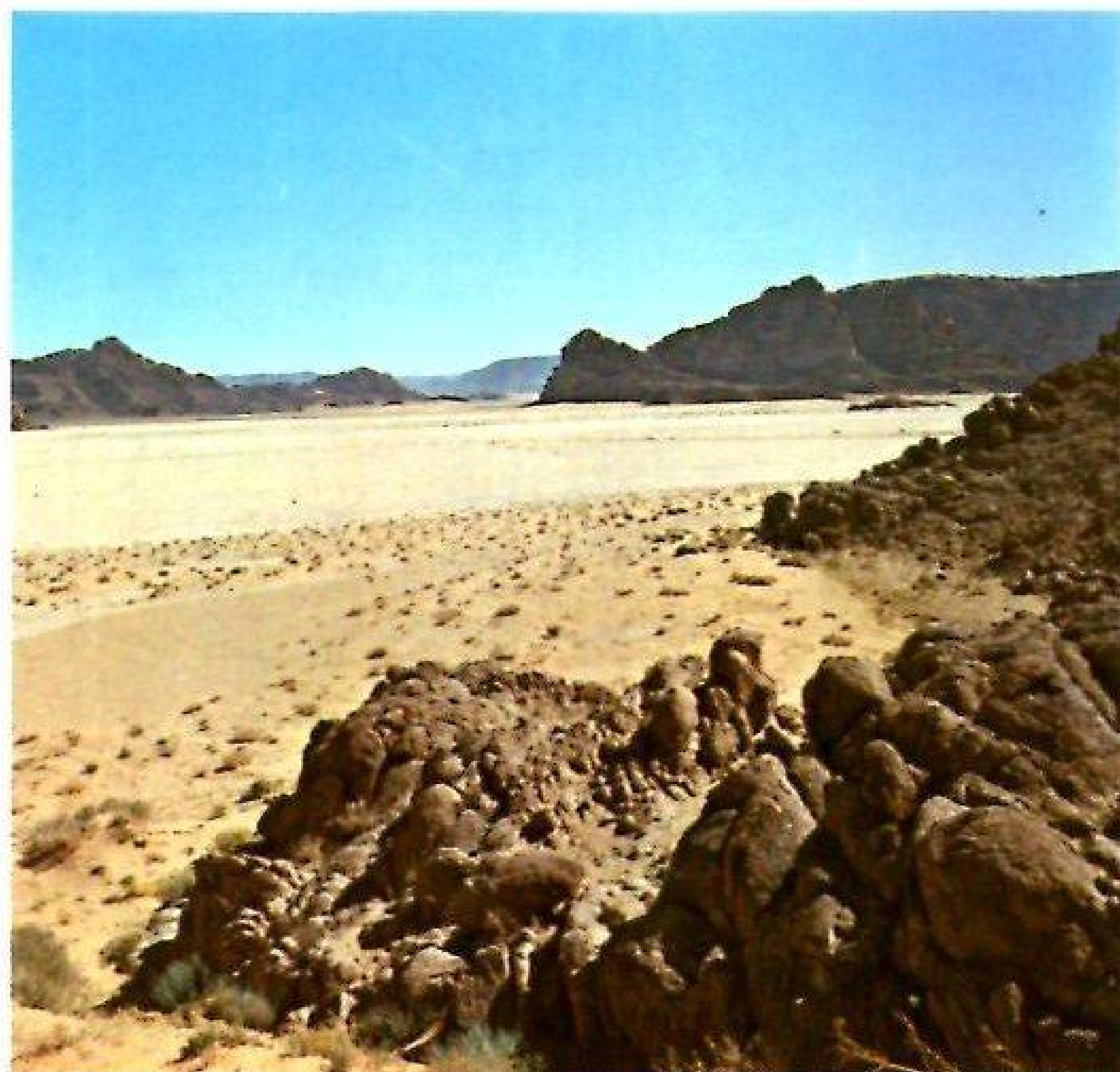
Página del título: puerta de la ciudad de Meggido, diseñada y construida por los constructores de Salomón, que usaron el mismo diseño en Jasor y Guézer (ver *1 Reyes*, 9, 15-16).

Abajo: vista a través del mar Muerto hacia las montañas de Moab, desde una cueva de los acantilados que dominan las costas occidentales.



se encendería contra vosotros y cerraría los cielos, no habría más lluvia...» (*Deut.* 11, 10-17).

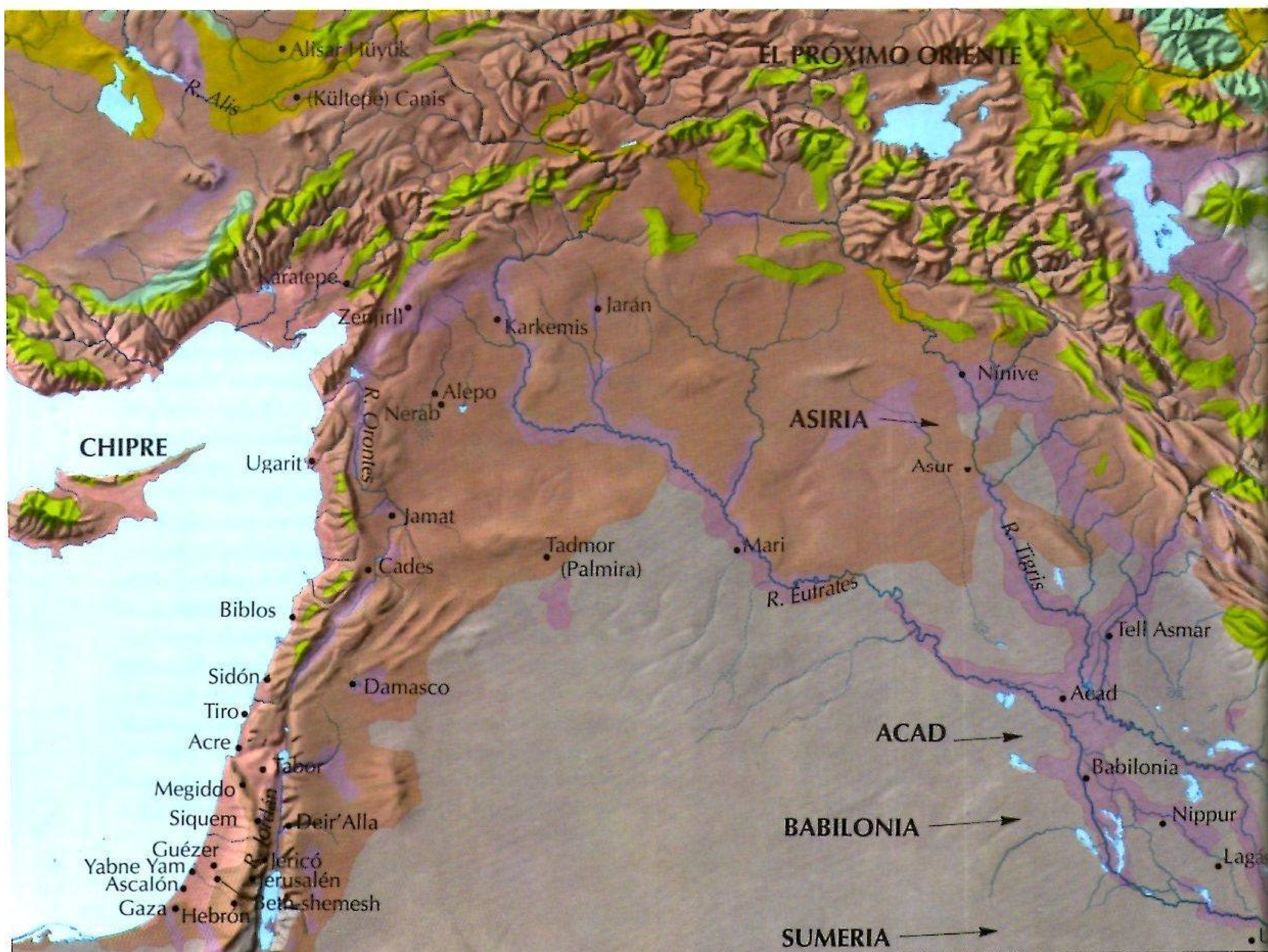
Si esto fuese todo, podría resultar fácil explicar el papel histórico único de Palestina: pero la situación geográfica y la circunstancia no lo son todo. También su experiencia histórica afecta en profundidad a un país, a través de una larga sucesión de hombres y acontecimientos. Los siguientes capítulos históricos no buscan directamente una respuesta a la pregunta que hemos planteado al principio, sino que guían al lector hacia su propia respuesta, brindando la información arqueológica e histórica básica de la que se dispone hoy para que llegue a comprender el papel de Palestina y de las tierras adyacentes desde, aproximadamente, el año 2000 hasta el 330 a. C. A esto nos acercaremos a través de una exploración gradual del paisaje y de sus recursos, a través de un breve examen de los métodos arqueológicos aplicados en la región y, por fin, a través de un relato del redescubrimiento gradual de la antigua Palestina a lo largo de los últimos 400 años. Aunque esta búsqueda sea atractiva en sí misma, la familiarización con los objetivos cambiantes y los logros de los estudiosos que nos precedieron servirá también para determinar el presente estado de nuestros conocimientos con una perspectiva verdadera.



Paisaje desértico de Jordania meridional, renombrada en la antigüedad por sus minas de cobre. La ruta terrestre de las especias, que provenía de Arabia, pasaba por esta región.



Paisaje de cantos rodados de Palestina septentrional, en tiempos mucho más arbolada que en el presente, con agua bastante para cultivos intensos en valles y al pie de las montañas.



El paisaje. Siria, la vecina septentrional mayor de Palestina, no es una unidad natural. Por el oeste la componen cadenas montañosas continuas, los montes Ansariya en el norte, la doble cordillera de Líbano y Antilíbano por el sur. Un valle deprimido discurre hacia el lado oriental de los Ansariya y entre las dos cordilleras libanesas, con el nombre de El Ghâbo en el norte y La Bekaa en el sur. Desaguan esta depresión los ríos Orontes y Litani. Aquí el clima es típicamente mediterráneo, con inviernos tibios y húmedos y veranos secos y abrasadores. Siria oriental, tomada como parte de Mesopotamia en este libro, ofrece un contraste marcado; es continental en su carácter por las grandes diferencias de temperatura y la aridez absoluta durante seis meses al año; en diagonal y por su centro fluye el Éufrates. Al norte, el pie de los montes Tauro flanquea el río, luego hacia el sur una altiplanicie con montañas bajas aisladas se sumerge en una gran extensión de estepa y desierto. En el extremo sur, la peculiar región volcánica de Hauran y Jebel Druse llega hasta Jordania.

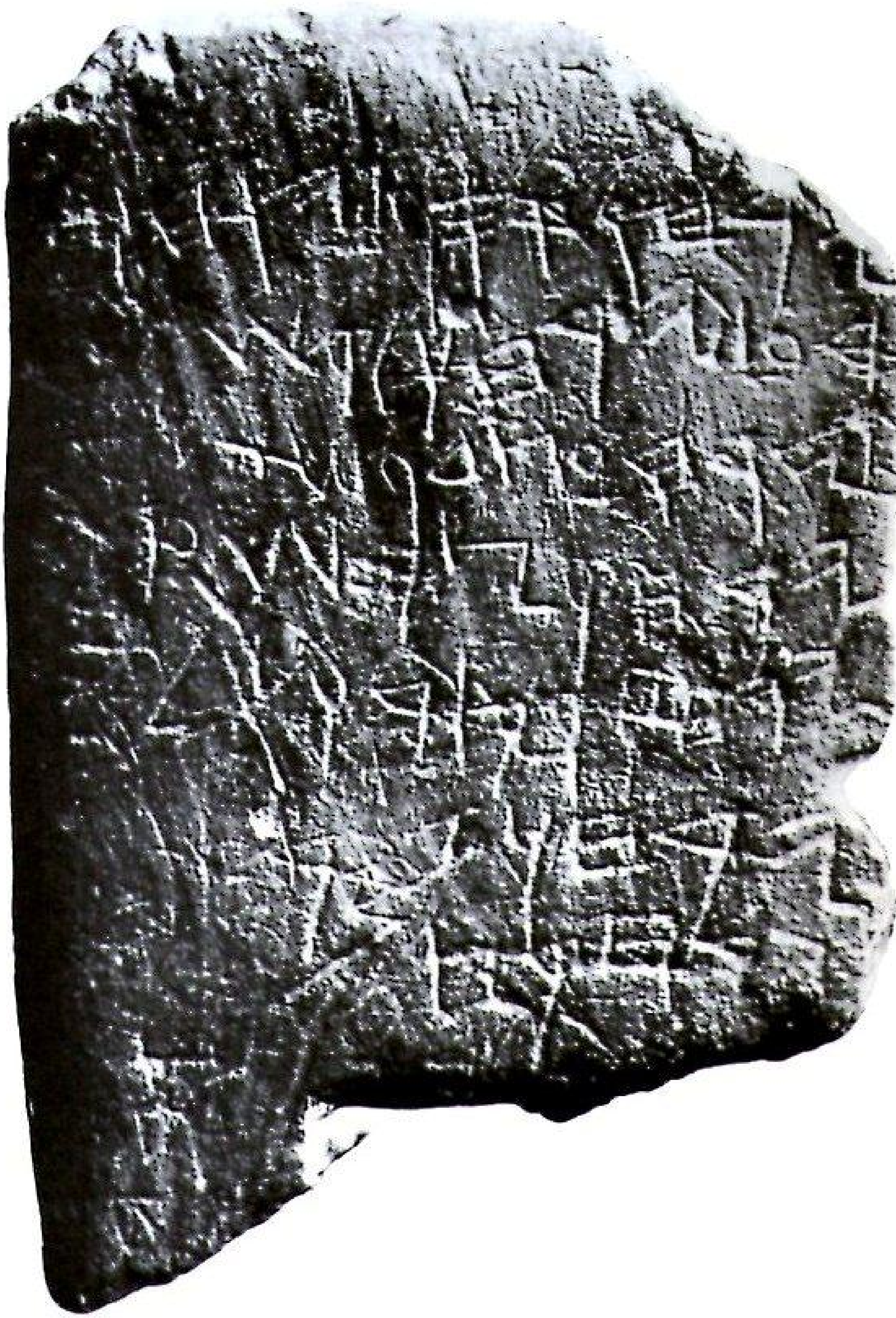
En Siria, como en gran parte de Palestina, la vegetación se ha visto modificada radicalmente por las actividades humanas y de los animales. La deforestación, y la imposibilidad de renovar los árboles a causa del pastoreo intensivo, no sólo reduce el tipo de plantas típicas de los bosques sino que antes desemboca en la diseminación del tipo de vegetales que son capaces de proliferar en hábitats secos, expuestos y, después, en una erosión desastrosa de la capa fértil del suelo. En la antigüedad, como lo muestran los registros de esos tiempos y los estudios actuales de los restos vegetales obtenidos en las excavaciones, se cultivaba una superficie mucho mayor que la de hoy y la considerable prosperidad del país dependía entonces de su producción agrícola. Aunque el agua proveniente de ríos, fuentes, pozos y lluvia es abundante cuando la hay, el riego bien controlado resultó vital en muchas de esas regiones. En Palmira, la mayor de las ciudades de caravanas situada en mitad del desierto, una fuente de aguas apenas sulfurosas creó un oasis. Una gran presa o dique, existente al menos hacia fines del segundo milenio a. C., regulaba el curso superior del río Orontes y creó una reserva para el excedente de agua de las lluvias primaverales, que después se utilizaba para el riego durante los meses secos del verano. Dos ríos con una elaborada red de canales de riego abastecían el extenso y rico oasis de Damasco.

La región costera fenicia, el Líbano actual, es una estrecha franja: las montañas se alzan, abruptas, a muy corta distancia del mar y la tierra firme forma una barrera casi infranqueable. Esta franja tiene entre 100 km y sólo unos pocos de ancho y en su mayor parte está 20 m por debajo del nivel de las tierras circundantes. Pero el agua para el riego es mucha y simples los sistemas de canalización, con campos dispuestos en terraza sobre las laderas, lo que da a la tierra gran fertilidad y un amplio rango de producción agrícola.



Pastor con su asno y un rebaño de ovejas que pacen en las tierras yermas de Judea, una escena que casi no ha cambiado desde la antigüedad. El pastoreo abusivo es uno de los factores que contribuyen a la erosión de los suelos.

También en esto es distinta Palestina, un territorio pequeño con paisajes de grandes contrastes. La llanura costera es una región muy fértil, excepto por el sur, cuando las dunas de arena ocupan el terreno. Varios wadis y cursos de agua, casi todos secos excepto durante unos pocos días de la estación lluviosa, y acuíferos subterráneos fácilmente asequibles proporcionan el agua necesaria para el riego destinado a cereales, viñas y olivos. Por el suroeste, el wadi Gazzeh conduce al Sinaí y a la región de las comunidades seminómadas, donde la lluvia es más escasa y prevalece el desierto. Por el sureste, se extiende el Négueb, un amplio triángulo de tierra con su vértice en Áqaba y la base sobre la línea que une Gaza y el extremo meridional del mar Muerto. Nivelada o apenas ondulada en el oeste, se convierte en un espacio salvaje rudo, muy erosionado en la zona oriental, donde sólo se puede practicar la agricultura en años muy lluviosos e incluso entonces sólo en wadis y depresiones donde se haya reunido la capa de humus adecuada. El cultivo sin riego sólo es posible en torno a Beersheba. No obstante, a menudo en el pasado, gracias a un control cuidadoso y a la regulación del abas-



Arriba: fragmento de caliza con una inscripción de una forma antigua de hebreo hecha por un niño. Sus versos recogen la rutina anual del labriego, como se ve en la traducción citada.

Abajo: montículo de la ciudad bíblica de Abel-beth-maacah cerca de Dan, en Israel septentrional.



tecimiento de agua, la comarca dio sustento a una población sedentaria.

Al este, la llanura costera está bordeada por la fila baja de montes que corre de norte a sur y se conoce como el Shephelah (Shefelah); detrás de esos montes se alza la cadena de montañas calizas mucho más altas, con valles intercalados, que se extiende hacia el norte para formar la espina dorsal geográfica e histórica del país, porque allí se extienden Judea, Samaria y Galilea. Los barrancos de caliza suben hasta los 750 m de Jerusalén; Bethel y Hebrón están 150 m más arriba. Las montañas de Judea son relativamente áridas pero las de Shephelah alimentan viñas, árboles y frutales. Una brecha mayor en la línea montañosa está compuesta por las planicies fértiles de Meggido y Jezreel, que abren un camino bajo y nivelado a través de la llanura costera hasta Transjordania. Galilea, el espacio más alto y septentrional del terreno montañoso, es tan fértil como Líbano. Aunque sus límites meridionales son ásperos y en la antigüedad estuvieron cubiertos de bosques, la parte norte, más amplia, se precipita hacia el cañón del río Litani y es una altiplanicie espaciosa, con muchas fuentes y vegetación abundante. El olivo, las higueras y otros árboles frutales, además de trigo y viñas, florecen allí.

Cuando se recorre de norte a sur el gran valle deprimido por el que discurre el río Jordán, se descienden más de 1100 m hasta el punto más bajo de la superficie de la tierra: los 373,80 m por debajo del nivel del mar, junto al mar Muerto. Existe un contraste marcado en el paisaje y la vegetación; la subalpina de la alta montaña está reemplazada, donde hay aguas subterráneas (como en Jericó), por una franja de oasis con vegetación de carácter subtropical. El río Jordán sube suavemente hacia el pie de los montes Hermon y se une con otras corrientes, para desembocar en el lago Huleh a través de pantanos y grandes juncales; después, entre el mar de Galilea y el mar Muerto, tiene un caudal fuerte y nivelado, que con su erosión dibujó meandros profundos en el subsuelo de arcilla y marga. Es un río demasiado profundo para la navegación, con riberas altas cubiertas de sauces y cañaverales. Normalmente la ribera occidental del Jordán es bastante desolada, pero la oriental es fértil, irrigada por gran cantidad de corrientes de agua perennes. Sobre las costas occidentales del mar Muerto, donde ahora existe un pequeño oasis en el desierto conocido por el nombre de En-Gedi, las prospecciones de vestigios de terrazas y acueductos, además de las excavaciones, han dado apoyo a la veracidad de relatos antiguos acerca de la gran fertilidad de esta comarca donde, en tiempos, plantaciones de palmeras y bálsamo convirtieron el lugar en un



Puerto de Biblos, a través del cual pasó el comercio vital de madera entre Líbano y Egipto a lo largo de miles de años.

centro importante de la producción de ungüentos y perfumes.

Al este del Jordán, la escarpa abrupta se eleva hasta una meseta, de altura media de 600 m, que se desvanece hacia el este para confundirse con el gran desierto árabe. En él, al sur de los antiguos reinos de Edom y Moab, existieron recursos agrícolas considerables, valiosos depósitos de cobre, como los del lado occidental de Arabá, explorados recientemente por arqueólogos israelíes, y una posición vital sobre las rutas de caravanas procedentes de Arabia. En el norte, Gilead producía cereales, uvas, aceitunas, robles y pinos, y más allá estaba la comarca de Bashan, renombrada por su ganado y sus cereales.

A través del lapso que trata este libro, toda la región vivió de la agricultura y su población fue sobre todo labriega. Incluso las ciudades, como en Europa medieval, estaban íntimamente ligadas a la campiña. En las escarpas occidentales y en las llanuras de Palestina, la agricultura dependía de las lluvias de invierno y de los fuertes rocíos de la primavera; en todas partes, del riego con agua obtenida de los wadis y fuentes perennes. En general, las lluvias intensas de fines de octubre y principios de noviembre suavizan la tierra para labrarla con el arado y sembrarla en una única operación; la cosecha se lleva a cabo en abril o mayo según lo que se haya sembrado. Hacia 925 a. C. un niño, en la escuela de Gezer, garabateó sobre un fragmento de caliza blanda un ejercicio en hebreo que parece un poema mnemónico para enseñar a los niños lo que hace un labriego durante el año. En la traducción de Albright dice:

«Sus dos meses son de cosecha (de las olivas)
Sus dos meses son sembrar (cereal)
Sus dos meses son la siembra tardía
Sus dos meses son segar el lino (?)
Su mes es cosechar la cebada
Su mes es cosechar y festejar
Sus dos meses son ocuparse de las vides,
Su mes es la fruta veraniega.»

Esto era sólo un aspecto de la escena rural. Como gráficamente ilustra el conflicto del *Génesis* entre Caín y Abel, los labradores sedentarios se complementaban con los pastores de ovejas y cabras, cuyo año, como el del labrie-



go, venía determinado por las estaciones. Desde el invierno hasta fines de la primavera las lluvias daban vida a los pastos de las tierras altas esteparias, pero en verano y otoño el sol los resecaba, obligando a los pastores a buscar forraje en los valles fluviales y otros sitios semejantes. En esto se manifiestan las semillas de ese conflicto arcaico entre el desierto y los sembradíos. A medida que las comunidades de labriegos establecidas se expandían y se desarrollaba la organización política, los habitantes de las zonas marginales y otras más alejadas se encontraron privados de su espacio y, poco a poco, apartados. Su reacción y la absorción gradual de los nómadas y de los seminómadas en la sociedad palestina fue lo que, a través de los siglos, proporcionó a ese país un aflujo regular de grupos nuevos, con sus propias culturas y tradiciones distintivas.

Arqueología e historia. Mientras los excavadores pioneros del siglo pasado se sintieron atraídos por Egipto y Mesopotamia porque tenían la esperanza de recuperar grandes obras de arte o porque soñaban con descubrir antiguas civilizaciones legendarias, por el contrario se acercaron a Palestina por una razón muy especial y bastante distinta. En realidad, los enviaban cuerpos de suscriptores, como lo dijo cierta sociedad americana, «para la ilustración y defensa de la Biblia». Por admirable que fuese su intento y por notables que fueran los descubrimientos hechos, semejante enfoque podía llevar con facilidad a un alegato especial. Los arqueólogos modernos que trabajan en la zona aceptarían, contentos, el término «ilustrado», pero pocos se atreverían a usar la palabra «defensa». La Biblia –y en esto es única entre los grandes libros religiosos del mundo– brinda una interpretación de la historia religiosa muy especial. La arqueología tan sólo puede establecer con mayor exactitud los hechos históricos sobre los que esos primitivos autores, con frecuencia mucho después de los acontecimientos en cuestión, basaron su interpretación teológica. Hoy un arqueólogo, a diferencia de lo que se hacía en otros tiempos, no excavará por lo común un paraje sólo porque ese sitio tuvo un papel conocido en el Antiguo Testamento, sino que emprenderá la tarea porque se trata de un lugar que quizá arroje luz nueva sobre aspectos oscuros o períodos poco claros en la vida de esas sociedades antiguas, de las que la Biblia es un testimonio único por su vivacidad y precisión, ya sea contemporáneo o casi contemporáneo.

El rasgo más notable del paisaje arqueológico del Próximo Oriente es el montículo artificial (en árabe, *Tell*), con frecuencia lo único que queda de la que en tiempos fuera una ciudad grande y pujante. Cuando las casas de adobe o de ladrillos de barro o de guijarros, con muros y techos revocados, se derruyen, dejan poco o nada para salvar y quien venga por detrás sólo igualará el nivel de las ruinas, para construir encima de ellas. Con el correr del tiempo la acumulación de escombros forma un montículo, en



el que se puede observar y registrar la secuencia de los residuos cavando zanjas en él. La estratigrafía –observación de los niveles distintos en el crecimiento del montículo– permite que los cambios en arquitectura, en las técnicas (cerámica, metalurgia, lítica, etc.) y en el equipamiento doméstico se pongan en un orden temporal y relacionado con interrupciones o alteraciones observadas en el asentamiento. Durante los períodos aquí descritos en Palestina y Siria, el conocimiento de los estilos antiguos de cerámica ha avanzado hasta un punto en el que, aun sin una inscripción histórica asociada, es posible establecer fechas absolutas aproximadas, en años a. C., para una secuencia relacionada. Estos tipos distintivos de cerámica son los que permiten que los niveles de un yacimiento se correlacionen con los niveles de otros, con lo que se tiene la base para establecer la historia de los asentamientos humanos en regiones extensas.

Esos *tells* son innumerables en la región y aún son más los poblados o cementerios ocupados brevemente, cuya presencia misma puede quedar oculta para cualquier ojo que no sea el de un experto. ¿Cómo decide un arqueólogo dónde debe excavar? En no pocas ocasiones, y algunas referidas a parajes muy famosos e importantes, el azar echa una mano. En 1928, un labrador, mientras araba cerca de la costa mediterránea siria, se encontró con las pruebas de una tumba que contenía cerámica, a la que un arqueólogo con mucha experiencia reconoció como griega micénica del siglo XIII a. C. El sepulcro resultó ser parte de un cementerio y en un montículo cercano, conocido en el lugar como Ras Shamra, se reconoció un *tell*. En abril de 1929 una expedición francesa, dirigida por el Dr. C. F. A. Shaeffer, empezó a excavar el cementerio, en Minet el-Beida, pero pronto se trasladó en su tarea al *tell*. Al cabo de cinco días de trabajo, se encontraron tablillas de barro, las primeras de millares que darían a la antigua Ugarit una importancia muy especial en la comprensión moderna de la religión y de la sociedad cananeas.

Algunos años más tarde, mientras cavaba buscando piedras en el montículo de Hariri, junto al Éufrates, bastante alejado de la frontera iraquí en la zona de Siria oriental, un beduino encontró una estatua de piedra sin cabeza, que entregó al teniente responsable de la legión bajo mando francés. Al cabo de cuatro meses, se había organizado desde Francia una expedición arqueológica en toda regla, bajo la dirección de André Parrot. El 23 de enero de 1934, más de un mes después de haber empezado los trabajos, se encontró una estatua con la siguiente inscripción: «Lamgi-Mari, Rey de Mari, gran gobernador, dedicó esta estatua a la diosa Ishtar». Se trataba de un testimonio

Página anterior: montículo de Meggido, visto desde el este; se advierte el corte de una zanja hecha por los excavadores americanos.

Arriba, izquierda: vista aérea del gran palacio sirio de Mari, datado en el siglo XVIII a. C., fuente de un importante archivo de tablillas inscritas.

Abajo: escalones cortados en la roca; bajan hacia el gran estanque de Gabaón (el-Jib), excavado por J. B. Pritchard.



muy excepcional del nombre antiguo del asentamiento, reflejado en el moderno, como es digno de notar. Pero aquello fue sólo el comienzo. Más tarde, en ese mismo año, se descubrieron los primeros vestigios de un gran palacio de ladrillos de barro y, en él, el primer lote de un enorme archivo de tablillas de terracota, que habría de revelar tanto acerca de la vida diplomática, social y económica de la comarca en la crucial época de la primera mitad del segundo milenio a. C. La excavaciones de Ras Shamra y Hariri continúan aún.

El descubrimiento eventual de otro archivo importante del segundo milenio a. C. fue bastante menos casual, porque el excavador eligió el punto con el cuidado y la intuición nacidos del compromiso de toda una vida con la arqueología del Próximo Oriente. Sir Leonard Wooley escribía:

«Tras terminar el trabajo en Ur, en la primavera de 1935, recibí el encargo de los miembros del Museo Británico de buscar un nuevo paraje para excavar. En principio, el objetivo que tenía yo en mente era el de establecer las relaciones culturales antiguas entre el Egeo y el continente asiático, para arrojar luz, si era posible, sobre el desarrollo de la civilización cretense y sobre sus conexiones con las grandes civilizaciones asiáticas occidentales; esto significaba que mi búsqueda debía estar condicionada por la historia política y económica, por puertos y rutas terrestres comerciales. Las consideraciones geográficas me llevaron a la llanura del Amq, en el norte de Siria, una planicie marcada por algo así como doscientos montículos antiguos, por donde fluye el río Orontes, antes de romper la barrera de las montañas Amanus para desembocar en el Mediterráneo. Por fin, seleccioné un montículo, Tell Atchana, del que creí que podía ser el asentamiento de una ciudad regia que dominaba las principales rutas comerciales, incluido el paso hacia el mar y, también, controlaba el abastecimiento de madera de las montañas septentrionales, la continuación de los bosques libaneses explotados por las ciudades fenicias de la costa sur; también elegí el insignificante y pequeño montículo de Sheikh Yusuf, sobre la desembocadura del Orontes, en lo que me parecía que pudo ser el puerto de la ciudad capital.» Así se descubrió la antigua ciudad de Alalakh y el puerto de al-Mina, aunque una había florecido en el segundo milenio a. C. y el otro, cuatrocientos o quinientos años más tarde.

Mientras en Siria los arqueólogos, por lo común, tienen que trabajar en parajes cuyos nombres antiguos les son desconocidos hasta que las inscripciones halladas al excavar los revelan, en Palestina las fuentes bíblicas y clásicas proporcionan gran cantidad de información, con la que se pueden localizar las primitivas ciudades, cuyo papel en la antigüedad a menudo puede ser relativamente bien conocido gracias al Antiguo Testamento. La correlación de la información antigua y la geografía moderna no siempre es tan sencilla como parece, exceptuados los casos más obvios, e incluso en ellos hay trampas, porque un nombre puede moverse con los sucesivos asentamientos. Por ejemplo, en Jericó, el *tell* que marca la ciudad del Antiguo Testamento está a cierta distancia de la ciudad que aparece en el Nuevo Testamento con el mismo nombre, por una parte y la ciudad moderna, por otra. Al localizar los sitios bíblicos hay que tener en cuenta una variedad de testimonios. Las fuentes literarias antiguas han de ser controladas por su nombre y posición cuidadosamente, comparándolas unas con otras y, donde se presenten contradicciones, habrá que aplicar los principios rigurosos de la crítica textual. Los topónimos modernos en la localidad en cuestión se controlan una vez más, para comprobar si son de alguna ayuda, y en este caso el conocimiento de los cambios fonéticos de una lengua es esencial. También pueden ser útiles las tradiciones locales o el folclore. Cuando todo esto se ha analizado, queda por ver si el testimonio arqueológico concuerda con la historia del paraje tal como se conoce en los documentos antiguos.

En 1838, en busca de la antigua Lakish, Robinson investigó si la existencia de una moderna Umm Laqis, a unos 4 km de Tell el-Hesi, indicaba que Hesi habría sido la antigua Lakish; pero su tamaño y situación, decidió el investigador, dificultaban la identificación. Ya que a unos 2 km al norte de Hesi había unas ruinas llamadas Khirbet Ajlán, pensó que era más posible identificarla con la antigua Eglon. Sin embargo, en 1890, cuando Petrie dirigió las excavaciones de Hesi, consideró que se trataba de Lakish, una identificación que se creyó confirmada dos años más tarde, cuando Bliss encontró en Hesi una tablilla del siglo XIV a. C. referida a la antigua Lakish. No obstante, para otros eruditos, el montículo de Hesi siguió siendo la Eglon bíblica, mientras que un montículo mucho mayor, cuya situación concordaba mejor con el testimonio bíblico, el de Tell ed-Duweir, se consideró como el paraje de la antigua Lakish. En 1935, cuando una expedición británica encontró allí una serie de «cartas», escritas sobre fragmentos de cerámica durante la invasión de Nabucodonosor, su contenido geográfico demostró, por cierto, que Duweir y no Hesi era Lakish. No siempre estas cuestiones resultan tan complejas. En su estudio, Clermont-Ganneau identificó la Gezer bíblica con la moderna Tell Guézer; después, en el campo, descubrió inscripciones rupestres cercanas al yacimiento, que en arameo decían «frontera de Gezer».

Nuevos horizontes. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los excavadores han vuelto a algunos de los lugares bíblicos destacados por diversas razones. Pritchard fue a la moderna el-Jib con la esperanza de probar si era o no la antigua Gabaón, donde «el sol se detuvo y la luna se paró hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos» (*Jos.*, 10, 12), y donde «en la fuente de Gabaón», los jóvenes de Joab y Abner lucharon. Pritchard no sólo encontró la fuente sino también, entre los escombros, muchas asas de cántaros de arcilla cocida con la inscripción «Gabaón»: una confirmación muy rara y absoluta de que el-Jib es Gabaón. En 1956, Wright se sintió atraído por Siquem como lugar ideal para el entrenamiento de una nueva generación de expertos americanos en temas bíblicos, quienes allí encontrarían numerosos problemas arqueológicos, además de un paraje rico en tradición literaria. Los filisteos fueron los que llevaron a los excavadores a Tell Areine (del que se creía que podía ser Gath, hasta que los trabajos sugirieron otra cosa) y a Ashdod. Yadin llevó una expedición israelita importante hasta Tell-el-Qedah, cuya verdadera forma, tamaño y situación despiertan interés. Allí, en Israel septentrional, hay un asentamiento que, como la antigua Jasor, está mencionado no sólo en el Antiguo Testamento sino también en los textos literarios prebíblicos de Egipto y Mesopotamia, además de los palestinos, en una fecha tan lejana como la del siglo XIX a. C. En el curso de este trabajo, Yadin excavó más o menos cuatro centésimas del asentamiento y estimó que llevaría unos 800 años de cuatro a cinco meses de trabajo anuales para desenterrarlo por completo.

Las intenciones de la Dra. Kenyon en Tell es-Sultan, antigua Jericó, eran mucho más variadas de lo que su nombre podría sugerir a primera vista. Por cierto que iba a obtener un testimonio adicional, que resultaría ser negativo, sobre la fecha en que cayera la última ciudad de la Edad del Bronce en manos de Josué. Pero también estaba interesada la Dra. Kenyon en obtener una mayor variedad de material funerario, y en aclarar los importantes vestigios neolíticos descubiertos allí anteriormente por Garstang. En su momento, esos restos proporcionaron los rasgos más importantes de su excavación. Sin embargo, por muy cuidadosa que sea la planificación, la arqueología nunca es predecible.

No obstante, hay mucho en la historia antigua de Palestina por estudiar sin ayuda de claves documentales y en esto las formas y la decoración cambiantes de la cerámica desempeñaron, desde hace mucho tiempo, un papel crucial. Los fragmentos de cerámica son casi indestructibles. El hecho de que se concentren en el suelo indicará el lugar de un antiguo asentamiento; su tipo, la fecha probable de la ocupación. Tras una prospección cuidadosa de áreas extensas, el arqueólogo experimentado puede identificar, en general, la distribución de antiguos asentamientos en períodos diversos. Con una excavación selectiva, podrá entonces precisar mejor su registro, ya que los fragmentos de cerámica de la superficie quizá no indiquen sino la última fase de la historia de un yacimiento. Este método de investigación, aplicado por primera vez en Transjordania y el Négueb por Nelson Glueck, entre muchas otras cosas, condujo a la muy probable datación de los relatos del *Génesis* referidos a los antiguos Patriarcas, en particular a los asociados con Abraham. Las extensiones recientes de ese trabajo aportaron el conocimiento de la penetración israelita de Galilea durante la conquista y el curso de la actividad humana en Sinaí desde tiempos muy primitivos.

Aunque el enfoque que el excavador haya hecho de un yacimiento sea muy escrupuloso, toda excavación suscita tantas preguntas como las que resuelve, e incluso más. A cada paso, el arqueólogo se enfrenta con el reto que representa su propia labor, además de la de sus colegas, pues debe volver a considerar las hipótesis que haya planteado, de acuerdo con los datos que le presentan los nuevos testimonios. Por ejemplo, cuando Glueck por primera vez investigó en Arabá meridional, durante el decenio de 1930, un tipo de cerámica distintivo, que se encontraba con regularidad, la fechó en el siglo X a. C. o más tarde. Las excavaciones subsiguientes de Tell el-Kheleifeh creyeron haber identificado una refinería de cobre, asociada con la explotación de las minas locales en tiempos del rey Salomón, y sus actividades comerciales en el mar Rojo. La exploración reciente, en especial la dirigida por Rothenberg, demostró que la cerámica es anterior, de fines del siglo XIII y del XII a. C., y que la refinería no era tal. La actividad minera en el lugar se remonta a tiempos prehistóricos, pero tuvo que detenerse por una temporada en algún momento anterior al reinado de Salomón. En sus etapas finales se asoció con un pequeño templo erigido en honor de su diosa protectora, la egipcia Hathor, por mineros controlados desde Egipto durante las dinastías XIX y XX. La aparición de cerámica distintiva junto a objetos que llevaban nombres reales egipcios de este período fue lo que proporcionó un testimonio nuevo y crucial para la datación, pruebas que no se habían obtenido en anteriores investigaciones de campo y excavaciones limitadas. Del trabajo que allí hizo la Dra. Kenyon, se siguió una reconsideración radical semejante de las conclusiones arqueológicas previas acerca de esa ciudad, que se alzaba en el sitio mismo de Jericó durante la Edad del Bronce tardía.

La arqueología, como cualquier estudio en desarrollo,

cambia con lentitud sus puntos fundamentales. En el último decenio o par de decenios, se ha acelerado el paso, gracias a modificaciones importantes de objetivos y métodos. Hasta hace muy poco, toda la arqueología desarrollada en Palestina y Siria se dirigía a desvelar el desarrollo cronológico y la distribución espacial de las sociedades antiguas, tal como las definían sus vestigios materiales. Así, los arqueólogos se concentraron en excavaciones a gran escala de sitios ocupados prolongada e intensivamente (*tells*), o en la obtención de muestras de superficie y en la realización de excavaciones de prueba en muchos parajes pequeños. Los métodos de excavación, de obtención de muestras, de registro y agrupamiento de la información recogida han mejorado poco a poco, en tiempos recientes, por el impacto del método y la teoría estadísticos. Al mismo tiempo, el compromiso creciente de los expertos en todas las disciplinas de las ciencias naturales con el trabajo de campo arqueológico ha puesto un foco de atención muy importante no sólo en el análisis de los utensilios para revelar su composición, métodos de fabricación, fuentes de materia prima, etc., sino también en la recuperación y estudio detallado de materiales como huesos, semillas y otros elementos orgánicos que antes se ignoraban.

En términos generales, el interés de los geógrafos, los geólogos, los hidrólogos y los ecólogos, para nombrar tan sólo a los colaboradores más obvios, transformó nuestro conocimiento y comprensión de los esquemas de los antiguos asentamientos y del uso de la tierra. Por motivos evidentes, el impacto de ese trabajo ha sido hasta hoy mayor en el estudio de los períodos prehistóricos; pero su importancia para los tiempos históricos no es menor, en particular en cuanto a los llamados períodos históricos, como el lapso que abarca este libro, en los que las fuentes escritas aún resultan muy pobres. Más nueva aún, y todavía motivo de un debate vivaz, es la tendencia a llevar el testimonio arqueológico hasta sus límites potenciales, usando métodos tomados en préstamo de las ciencias sociales, como la etnología, los estudios de comunidades y medioambientales, para explicar fenómenos arqueológicos que los arqueólogos de generaciones anteriores sólo se contentaban con describir. Aún queda por ver qué direcciones tomará todo esto en el campo implicado y aquí discutido; pero si el ritmo de la innovación teórica se mantiene acorde con el promedio de descubrimientos de campo, el próximo siglo de exploración arqueológica en Palestina y Siria será aún más atractivo que el anterior que, como lo veremos en el capítulo segundo, fue sumamente atractivo.

Capítulo segundo: El progreso de los estudios arqueológicos

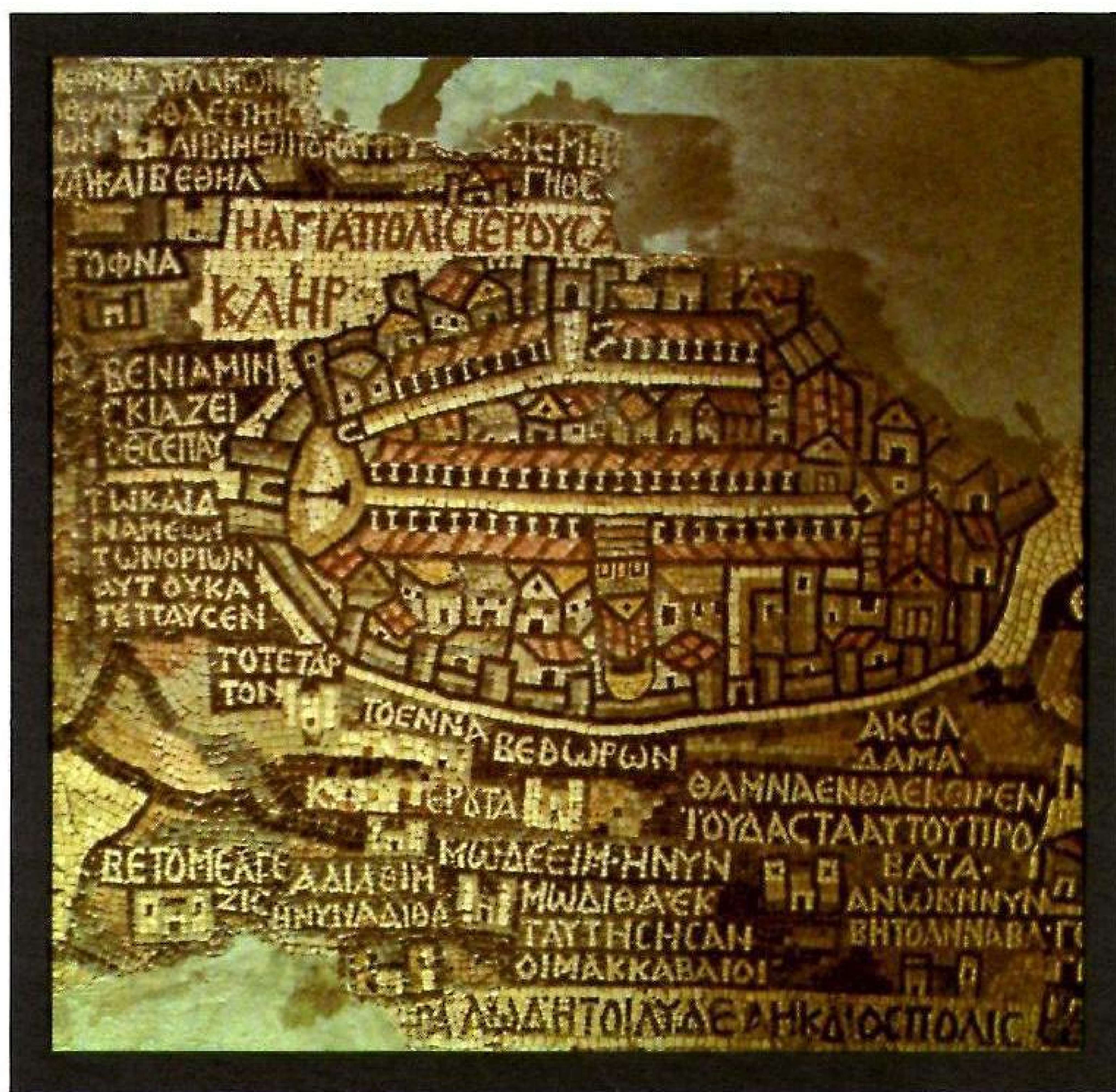


Peregrinos y cruzados. Hay que recordar que san Pablo no veía ninguna virtud en conocer a Cristo como persona histórica, «según la carne» (*Cor.*, 5, 16). Sólo después de que el emperador Constantino, a principios del siglo IV d. C., hubiera iniciado un amplio programa de construcción de iglesias en Palestina, acudieron los peregrinos a ese lugar para venerar los sitios asociados con el ministerio de Cristo. Así es como incluso entre las más antiguas tradiciones relacionadas con los Santos Lugares y la época de Cristo media un intervalo prolongado. A ese período inicial de interés pertenece el famoso *Onomasticon* compilado por el obispo Eusebio (h. 260-339 d. C.) como un registro de todos los nombres geográficos de Tierra Santa mencionados en la Biblia, acompañados de su identificación en el momento en que el obispo escribía. Por tanto, durante 1.500 años, hombres y mujeres acudieron a Palestina no para conocer sus antigüedades sino para ampliar su propia experiencia religiosa a través de la contemplación y plegaria en los sitios sagrados, cuya autenticidad nunca se discutió.

Típico de aquellos peregrinos, muchos de los cuales nos dejaron los relatos de sus aventuras particulares, fue una de las primeras, una dama conocida por el nombre de Egeria, que visitó Oriente hacia 381-384 d. C. Viajera de gran energía y entusiasmo, como la mayoría de ellos por cierto, esta mujer era muy observadora de los detalles pero demasiado crédula. Después de leer su relato, no sorprende advertir que los lugares sagrados y las leyendas correspondientes se multiplicaron a lo largo de los siglos para responder a las demandas de los viajeros cristianos. Una breve cita del relato de Egeria sobre su visita a Sinaí nos muestra el espíritu de aquellos peregrinajes. Wilkinson lo cita así:

«Ese era nuestro plan. Cuando hubiésemos visto todo lo queríamos y bajáramos de la montaña de Dios, llegaríamos al lugar de la Zarza. Después, desde allí, volveríamos por el centro del valle que estaría ante nosotros y, de ese modo, regresaríamos a la carretera con los hombres de Dios, quienes nos mostrarían uno de los lugares mencionados en la Biblia. Y eso fue lo que hicimos.»

Siglo tras siglo, los peregrinos recorrieron esa misma tierra, en su paso de un santuario cristiano a otro, sin prestar demasiada atención a ninguna otra cosa. Sus narraciones estaban escritas de una manera cada vez más estereotipada. Cuando los cruzados ocuparon Palestina en



Mapa de Palestina, hecho en mosaico, en la iglesia jordana de Madaba hacia 560 d. C., una época en que la Iglesia Cristiana fue pionera en la confección de mapas; éste contiene mucha información de gran valor para arqueólogos e historiadores. Situada en el centro, Jerusalén está exagerada en su tamaño (en una escala aproximada de 1/1,600), en un plano de sorprendente precisión de la ciudad bizantina.

Página anterior: parte de las excavaciones de Jericó fotografiadas poco después de que hubiesen terminado las tareas, cuando la erosión empezaba a destruir las secciones cortadas en el montículo, para dejar al descubierto los niveles superpuestos del asentamiento antiguo. Los escalones son modernos.

el año 1099 y los peregrinos adquirieron nuevas comodidades y obligaciones, aumentó el flujo de los relatos detallados. Aunque estos documentos son muy valiosos para quienes estudian los viajes y la piedad medievales, no ofrecen casi ninguna información arqueológica. La impresión aislada más notable para el lector moderno son los increíbles azares del viaje: ¿acaso Chaucer, para reflejar el valor de aquella notable mujer, no dijo que la Esposa de Bath había estado tres veces en Jerusalén? En un contraste marcado, los geógrafos árabes de los siglos X-XII se esforzaron por escribir descripciones amplias de los territorios y de sus recursos, para lo que cada uno incorporó la obra de sus antecesores, añadiendo observaciones y experiencias personales adecuadas. Esta información es mucho más completa, mejor digerida y ordenada que cualquiera que se encuentre en los relatos de los peregrinos hasta el propio fin de la Edad Media. Incluso las observaciones arqueológicas se deslizan en esos textos, como en un relato árabe escrito en el año 1047:

«[E]n diversas partes de Siria se pueden ver unas cinco mil columnas o capiteles y fustes de columnas, de los que nadie sabe quién los hizo ni puede decir con qué objeto se hicieron ni de dónde se trajeron.»

A fines del siglo XV, los registros de los peregrinos empiezan a mostrar una discriminación y un espíritu más crítico. Las rutas marítimas hacia Palestina estaban por entonces abiertas bajo el control veneciano, y el flujo creciente hacia el este se refleja en el uso de la nueva invención de la imprenta para multiplicar la obra de William Wey *Informatyon for Pylgrimes* (Información para peregrinos) y para imprimir, en el libro de Bernhard von Breydenbach *Peregrinationes*, los primeros dibujos precisos de Tierra Santa y de sus santuarios, hechos por Erhard Reuwich de Utrecht. La transición hacia relatos más objetivos de viajeros posteriores puede verse mejor representada en los viajes del fraile dominicano Felix Fabri de Ulm, realizados entre 1481 y 1483, cuyo relato se publicó en 1556. El monje no era mejor geógrafo ni arqueólogo que sus predecesores pero presenta su narración con gran cuidado, intenta un análisis y es muy amplio, incluso mucho más de lo común. Al parecer buscó deliberadamente el testimonio, en los casos de afirmaciones y tradiciones dudosas y conflictivas, y lo comparó con su propia experiencia de la vida en Palestina. Por ejemplo, al rechazar la tradición de que Cristo fue coronado con «espinas de mar», escribe:

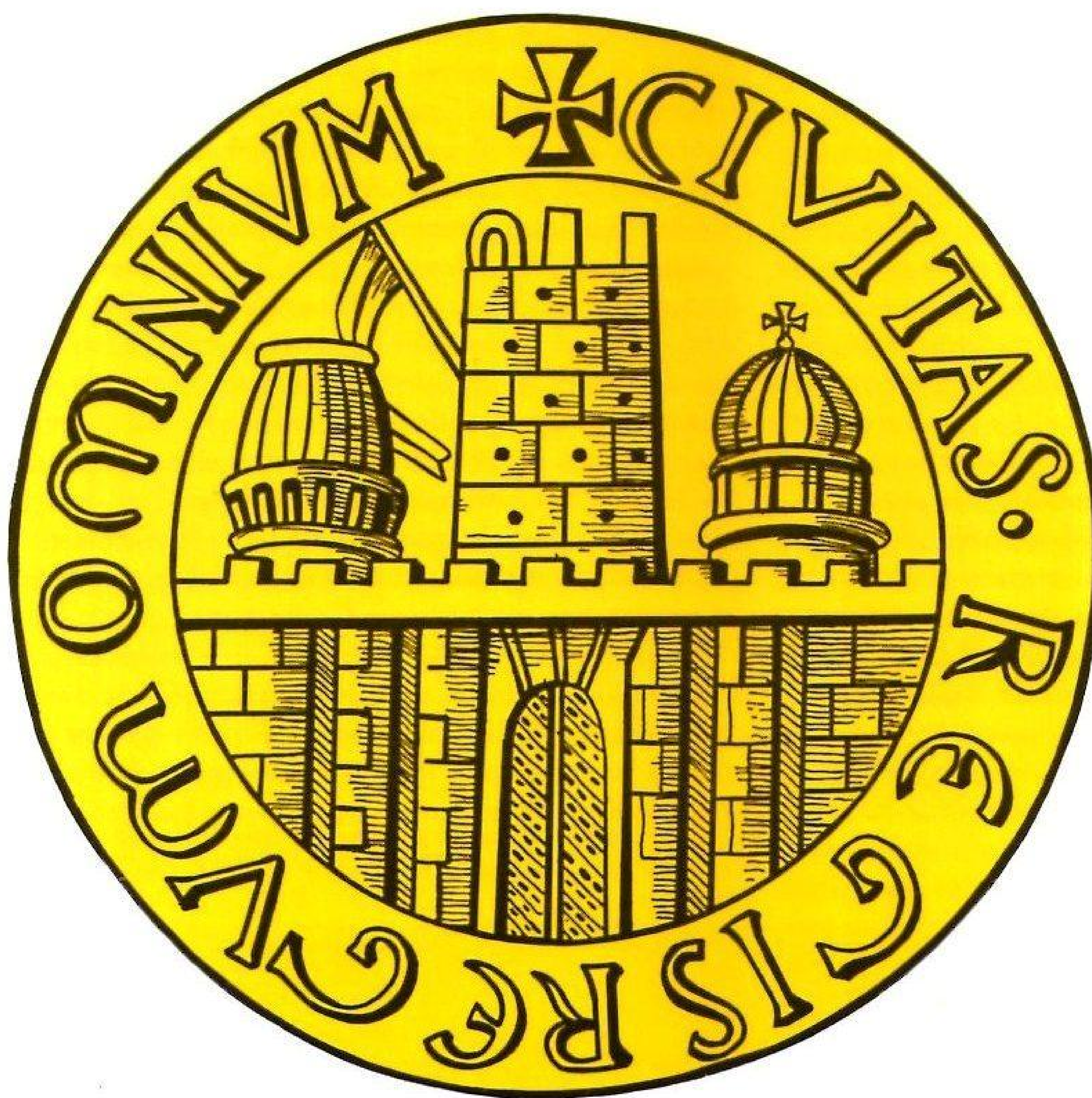
«[Ellos habrán usado espinos de los matorrales más cercanos o tal vez los encontraran en la cocina de la casa [de Pilatos], entre los montones de leña para el fuego, porque he visto con mis propios ojos que incluso en el día de hoy no tienen más leña que los espinos y sus cocinas están llenas de ramas espinosas para hacer fuego.»

Esta tradición de textos llegó a su cumbre en la amplia obra de Francesco Quaresmio titulada *Historica theologica et moralis Terrae Sanctae Elucidatio* (Dilucidación histórica, teológica y moral de Tierra Santa) publicada en 1639. Se trata de un compendio de tradiciones sobre los Santos Lugares, en su mayoría falsas, que se habían acumulado durante siglos. La información del autor era notable, pero ni crítica ni selectiva. Poco sensato parece el comentario de Fabri, cuando se lee todo un capítulo de su libro dedicado al descubrimiento de la corona de espinos y de los clavos usados en la crucifixión, al que de inmediato sigue otro acerca del aspecto de la corona y del número de los clavos. Por fortuna, para la época en que apareció ese libro, la corriente de los estudios empezaba a deslizarse con fuerza en una dirección bien distinta.

Mercaderes, viajeros y caballeros eruditos. Hacia el siglo XVI, mercaderes, diplomáticos, estudiosos y viajeros empezaban a reemplazar a los antiguos peregrinos, hombres y

Pared y entrada restauradas en el castillo cruzado de Belvoir, en el extremo norte del valle del Jordán, que domina el mar de Galilea.





Izquierda: dibujo moderno del diseño de un sello de Baldwin de Boulogne, primer rey del reino latino de Jerusalén (100-118 d. C.), instaurado por los cruzados. De izquierda a derecha, muestra la cúpula del Santo Sepulcro, la Torre de David en la ciudadela y la Cúpula de la Roca con una cruz puesta sobre ella por los cruzados.

Página siguiente, abajo: uno de los grabados de Borra para *Ruins of Baalbec* (1757), la obra de Wood que tanto éxito tuvo; se trata de un pequeño templo del período romano con muchos rasgos románticos.

mujeres de la iglesia. El flamenco Johann Zuallart (1585) incorporó en su libro dibujos precisos de las ciudades, los paisajes y los edificios y con ellos, por primera vez, se mostraba un genuino interés arqueológico. Tan populares se hicieron aquellas estampas que los contemporáneos las usaron con libertad para ilustrar sus propios viajes. Lo que se podría definir, con justicia, como el informe arqueológico más antiguo basado en un estudio de primera mano fue un texto del erudito francés de la Rocque, escrito tras su visita a Baalbek, en el año 1688. Con todo, aún era un trabajo prematuro.

Más a tono con los tiempos estuvo la obra de Henry Maundrell, *A Journey from Aleppo to Jerusalem at Easter A.D. 1697* (Viaje desde Alepo hasta Jerusalén en la pascua de 1697) que se convirtió con rapidez, y siguió siéndolo durante mucho tiempo, en libro corriente de guía. Maundrell no escribió sin sentido crítico ni desprovisto de intereses de anticuario pero, como lo demostrará un breve ejemplo, su obra no era demasiado profunda:

«Llegamos a la fuente de Jacob, famosa no sólo a causa de su constructor, sino mucho más por aquella memorable conferencia que nuestro bendito Salvador allí mantuvo con la mujer de Samaria. Si se cuestionara que esta fuente es o no la que se pretende que sea, en vista de que se podría sospechar que está demasiado lejos de Sicar para que las mujeres acudan allí en busca de agua, se puede contestar que probablemente, la ciudad se extendía en esta dirección en tiempos antiguos mucho más que ahora, como puede deducirse de ciertos tramos de una muralla maciza que aún puede verse no muy lejos del lugar.»

Cuando se publicó este libro, en 1703, por casualidad el arquitecto Nicholas Hawskmore proporcionó unas ilustraciones, más dramáticas que exactas, de los templos de Baalbek, que había tomado prestadas directamente de la obra de Jean Marot *L'Architecture françoise* (La arquitectura francesa) publicada algunos años atrás. En las ilustraciones y en el texto no se había alcanzado ninguna precisión topográfica.

En el siglo XVIII, el Próximo Oriente se hizo más accesible a los europeos y, en consecuencia, los nobles viaje-

ros extendieron su casi obligatorio «gran *tour* europeo» con lo que reemplazaron al viajero corriente. A menudo el noble iba acompañado por artistas y arquitectos. Los libros de viajes, compilaciones de información miscelánea, con un énfasis creciente en las antigüedades visibles, aumentaron proporcionalmente. Entre estas obras ocupa un lugar de importancia *A Description of the East* (Descripción de Oriente, 1743 a 1745) de Richard Pococke, que cuenta un viaje a través de Egipto, Palestina, Siria y Chipre; según Gibbon, la importancia de esta obra es tal por su «conocimiento y dignidad superiores», y por su mayor profusión de planos, dibujos y copias de inscripciones, mucho más amplia que la ofrecida por cualquier viajero anterior. Un breve apunte bastará para mostrar su encanto; en este caso, refiriéndose a Baalbeck, Pococke escribe:

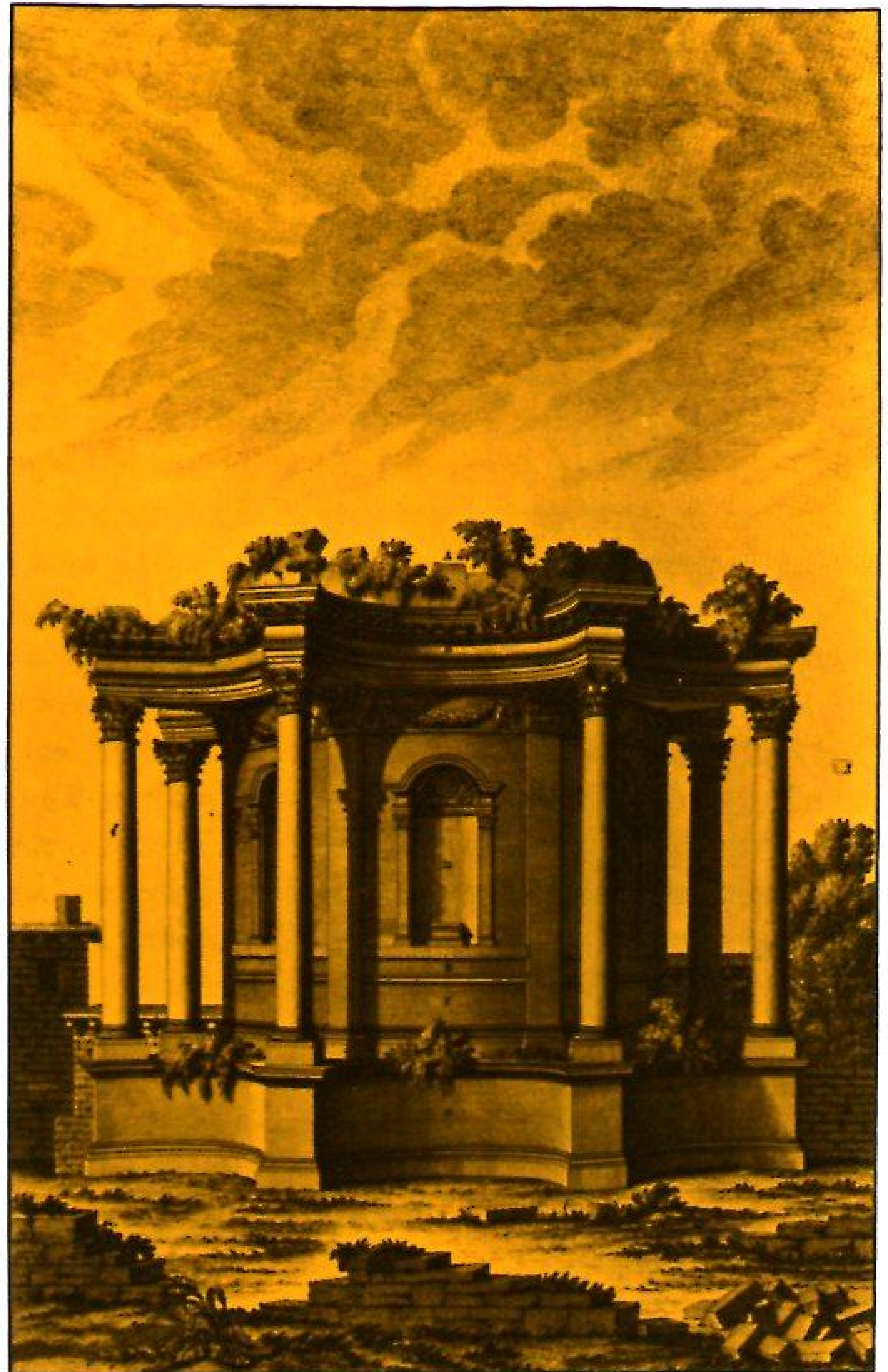
«Trajeron dulces y café... por la tarde fui a ver el famoso templo. Por la noche me ofrecieron una elegante reunión... en un *mocot* abierto, una fuente jugaba en un estanque en medio del patio. Cenamos faisán relleno asado, pilaf, carne guisada, un *dulma* de pepinos rellenos de picadillo y un postre de albaricoques, manzanas y moras blancas y rojas. En el decimosexto día vi los otros dos templos y rodeé parte de las murallas.» Así era la vida de un noble erudito del siglo XVIII en sus viajes.

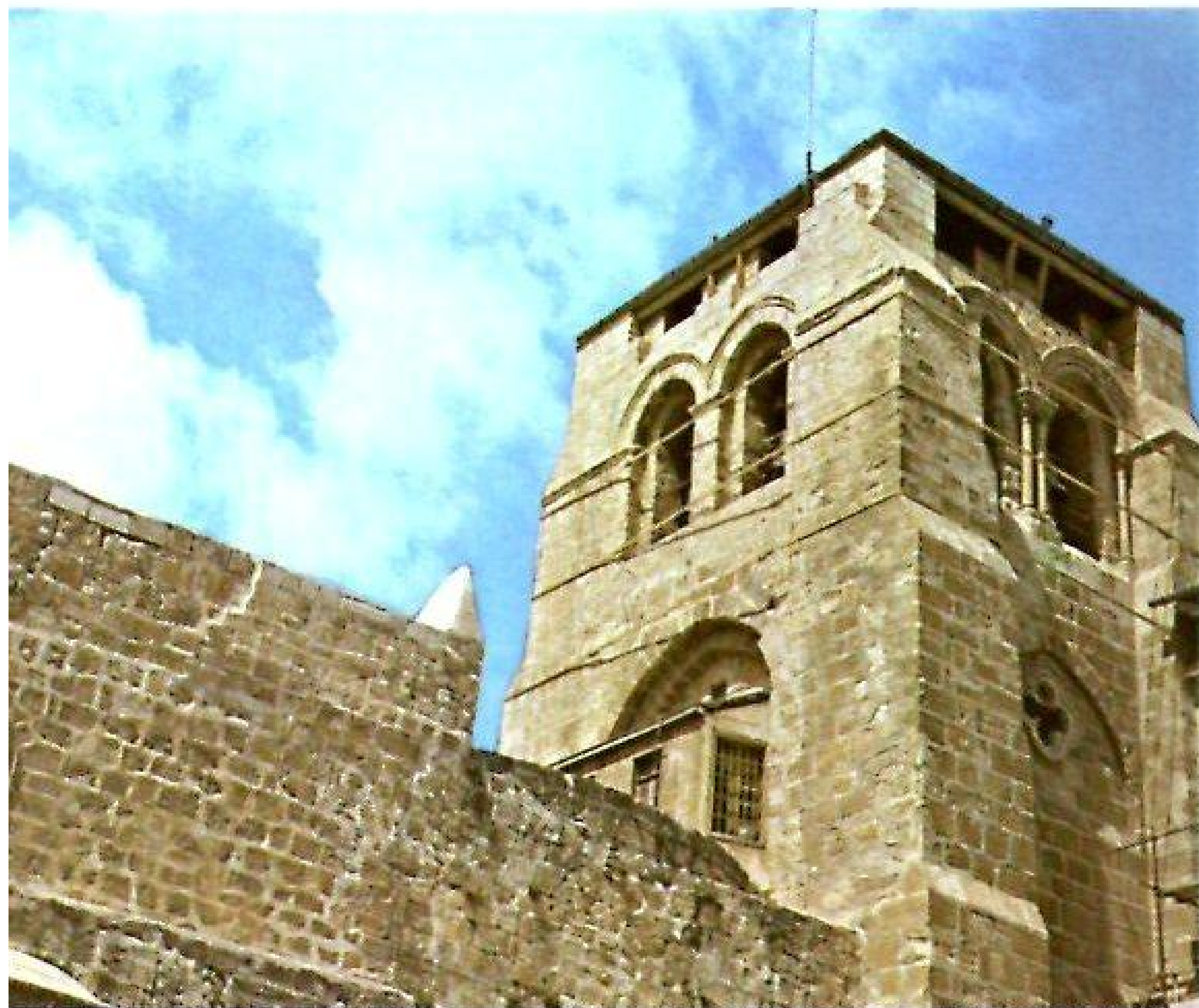
Una sensación de aventura y un deseo de acrecentar su conocimiento de la arquitectura clásica inspiraron el viaje de Robert Wood (1716-1771) a Siria en 1750. Wood, que más tarde se convertiría en subsecretario de Estado inglés, iba acompañado por sus dos amigos John Bouverie, que murió durante el viaje y James Dawkins, hijo de un comerciante jamaiquino muy rico, quien había planeado el proyecto con Bouverie, y lo financió. En Roma contrataron a un servidor italiano de nombre Borra, para que hiciera los bellos y excepcionales dibujos de Palmira y Baalbek, destinados a los dos magníficos volúmenes –*Ruins of Palmyra* (1753) y *Ruins of Baalbec* (1757)–, publicados después de las visitas azarosas y estimulantes hechas a ambos lugares. La introducción de Wood al libro de Palmira revela un interés nuevo, y muy práctico, en los monumentos de la antigüedad.

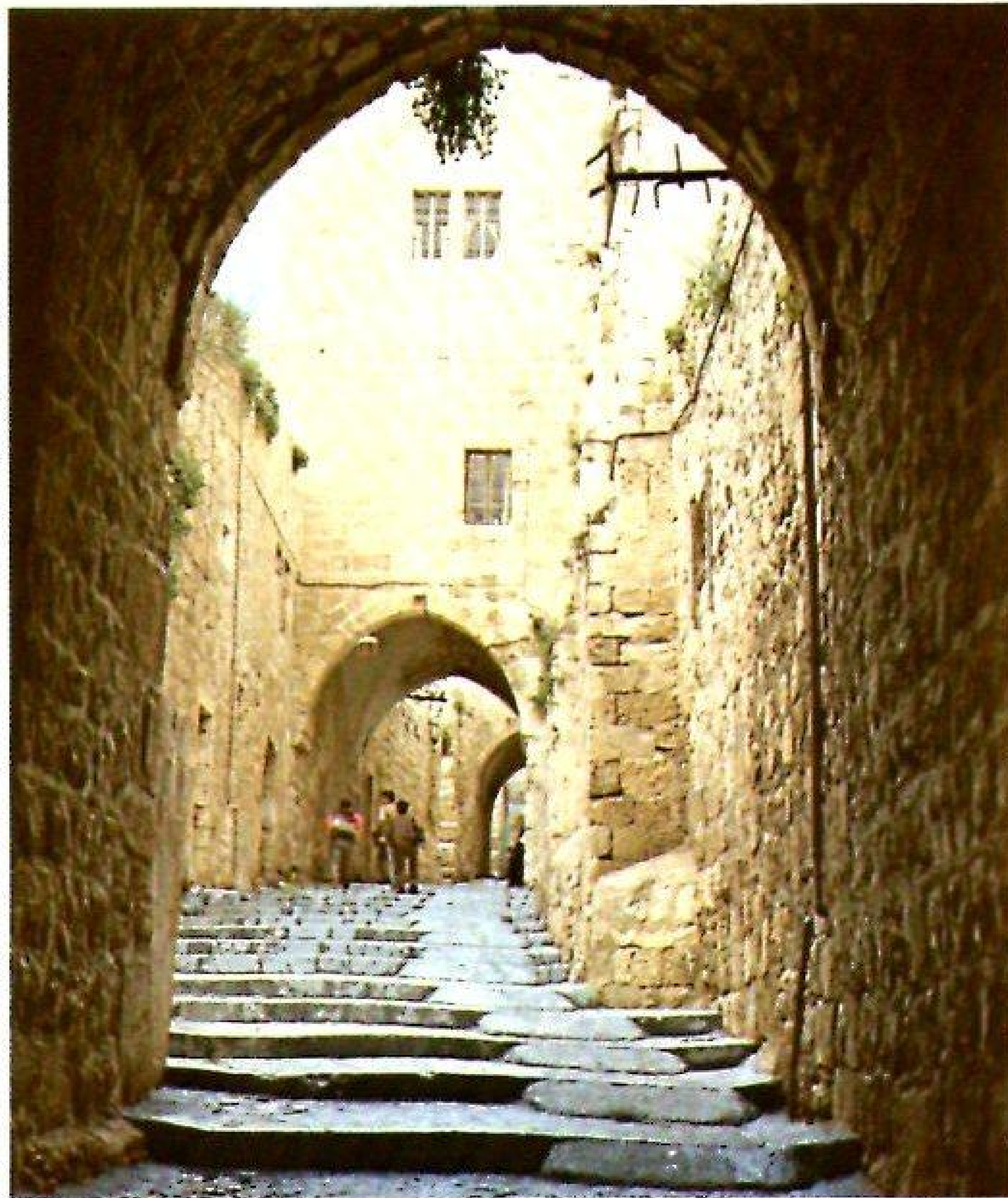
«Nuestro relato de Palmira está reducido tan sólo al estado de ruina en que encontramos esos vestigios en el año 1751. No es probable que la curiosidad del lector se detenga allí: los actuales restos de esa ciudad son, sin duda, demasiado interesantes para admitir nuestra indiferencia acerca de lo que aquello fue: *cuándo y quién la construyó, la singularidad de su situación (separada del resto de la humanidad por un desierto inhabitable) y la fuente de bienes necesaria para mantener tal magnificencia*, son los temas que muy naturalmente ocuparon nuestra atención».



Arriba: dibujo contemporáneo que muestra a Lady Hester Stanhope (1776-1839) en el momento en que llega a Palmira (la ciudad bíblica de Tadmor), la gran ciudad de las caravanas en el desierto sirio, que reemplazó a Petra cuando esta última fue tomada por Roma.







Arriba: torre construida por los cruzados sobre la actual entrada de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Derecha: calle escalonada de la ciudad medieval de Jerusalén, prácticamente sin cambios desde que se construyó.

Estos son los primeros reconocimientos modernos de monumentos del Próximo Oriente basados en la inspección directa y precisa observación de las ruinas existentes. No se había hecho hasta entonces ningún intento de excavar en los escombros. Estos dos libros tuvieron un impacto inmediato sobre artistas, arquitectos y eruditos, hasta el punto de que se convirtieron en inspiración para muchas de las formas y detalles de la arquitectura y decoración de interiores neoclásicas.

Exploradores y primeros excavadores. En los siguientes 80 años, serían aún los viajeros, interesados en explorar más allá de las sendas bien conocidas, quienes desvelaran los monumentos de la antigüedad todavía en pie en aquellas comarcas. Entre 1805 y 1807, el alemán Seetzen exploró Transjordania, donde volvió a descubrir Filadelfia (Ammán) y Gerasa (Jerash) y describió Caesarea Philippi por primera vez desde las cruzadas. El célebre explorador y erudito suizo Johann Ludwig Burckhardt, entre 1810 y 1812, volvió a descubrir Petra, exploró las ciudades griegas de Apamea y Larisa en Siria y registró sistemáticamente los topónimos árabes, por primera vez de un modo correcto.

Mucho menos entusiastas fueron sus contemporáneos ingleses, los capitanes Irby y Mangles, quienes al relatar una visita a las ruinas observaron:

«Consideramos que Palmira no merecía el tiempo, los gastos, las ansiedades y las fatigas del viaje... sospechamos que la dificultad de llegar a Tadmor [el nombre bíblico de Palmira] y el hecho de que pocos viajeros hubiesen estado allí era lo que había dado lugar al gran renombre de las ruinas». Los esfuerzos y la dureza que implicaban tales viajes no se señalarán lo suficiente a una generación para la que ir a esas comarcas se ha convertido en un asunto rutinario, en el que la religión no es un impedimento.

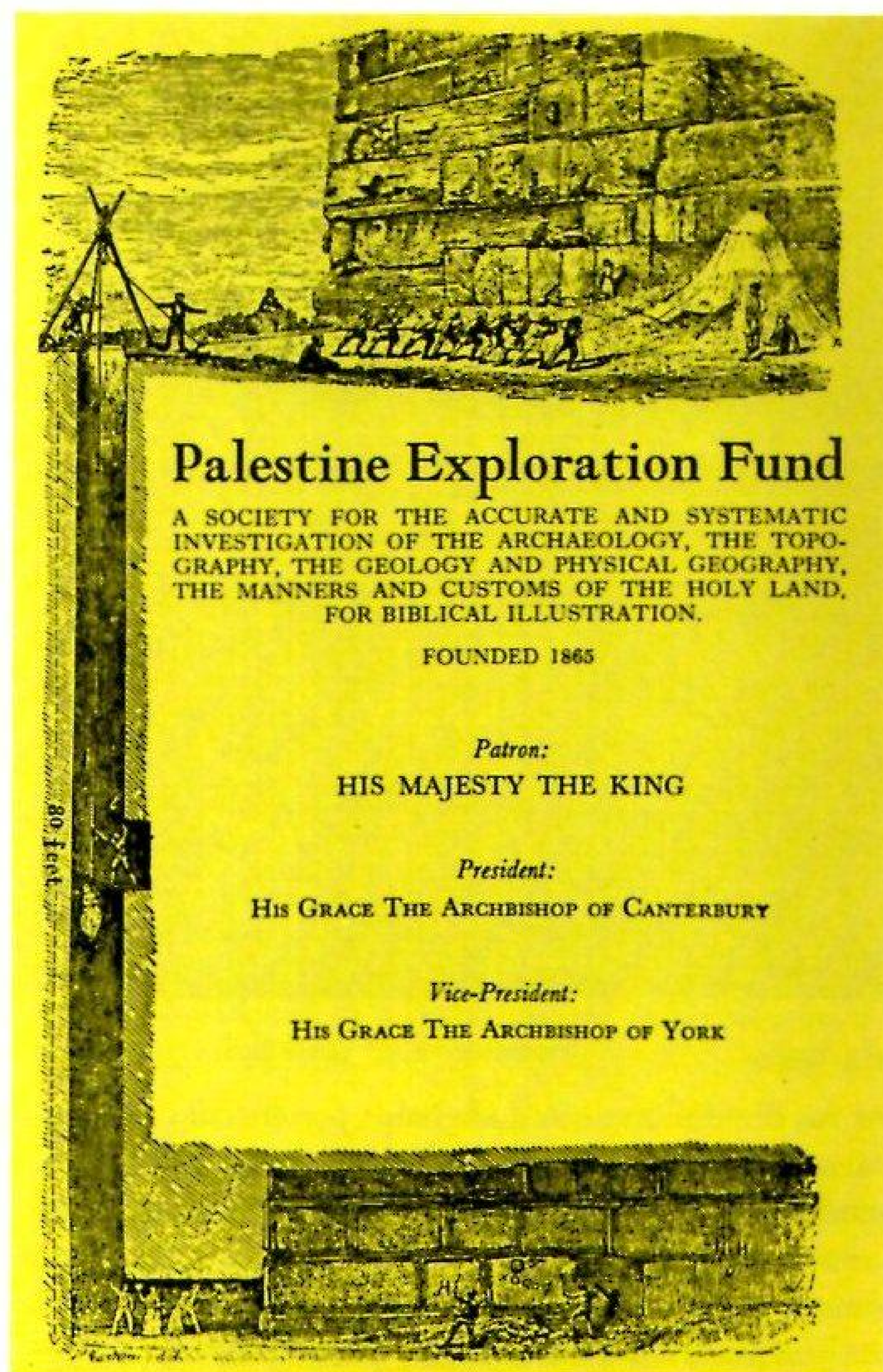
Entre esos pioneros estuvo Lady Hester Stanhope (1776-1839). Su papel entre los primeros excavadores pocas veces se recuerda, porque muchos de sus otros merecimientos están señalados en el relato magnífico que le dedicó Kinglake en su obra *Eothen* (1844). Lady Hester se dedicó a excavar por un motivo nada corriente. Había llegado a su posesión un manuscrito que hablaba de tres millones de monedas de oro, al parecer enterradas en Ascalón, de modo que no sólo se proveyó de la autorización del Sultán para buscarlas sino que, en determinado momento, tuvo a su disposición un barco de la Armada Real para facilitar la operación. El relato que su médico hace de su escapada, porque para Lady Hester no era más que eso, merece citarse entero, ya que nos brinda una excelente ilustración de una forma de excavar que, infortunadamente, iba a persistir durante largo tiempo en el Próximo Oriente. La carta de su médico está fechada en Jaffa, el 26 de abril de 1815, y en parte dice:



Vista de Belén, tal como se habrá mostrado a artistas victorianos como Lear y Wilkie.

«Esta mezquita era el centro al que debía dirigirse en particular nuestra atención pero, como todo lo demás, estaba en un estado tan ruinoso que ni siquiera se podía divisar la forma exterior del edificio. La muralla meridional sola apenas se asomaba por encima de los escombros y el Mihrab, o nicho al que los musulmanes miran cuando rezan, nos dio la seguridad de algo importante: no nos habían engañado los labriegos señalándonos un lugar equivocado en lugar del correcto. Los labradores trabajaban en grupos de dos o trescientos, según las labores del día, al son de flautas y tamboriles; el hecho de saber por qué excavaban les daba un interés por su labor que de otro modo no habría existido. Montones de cornisas, capiteles, fragmentos de cerámica y *lapis specularis* [selenita], una o dos lámparas y restos de mampostería más reciente que la edificación original eran las cosas que se sacaban una tras otra. A pesar del estado lamentable del conjunto, fue imposible para Lady Hester, hasta que pasaron algunos días, encontrar las marcas que le indicaba su antiguo manuscrito para compararlas.

»Creo que fue en el séptimo día cuando, al excavar hasta la profundidad de doce pies [3,60 m] cerca de la Muralla Sur, descubrimos una estatua de mármol sin cabeza. Medía 6,5 pies [1,95 m] en su situación de pieza mutilada y representaba, supongo, a una divinidad o a una persona divinizada. Cerca del lugar, mientras buscábamos la cabeza, encontramos el emblema de Serapis, que por sus dimensiones sin duda había pertenecido a la estatua y, además, en sus hombros estaba esculpido el rayo, como se ve en las garras de las águilas de Baelbeck, con una cabeza de medusas sobre el pecho. El tronco estaba desnudo... pero ya se sabe cuáles fueron las circunstancias que llevaron a esta destrucción; y por mucho que lamentemos la pérdida de objetos preciosos que se produjo, no podíamos por menos de admirar la decisión con la que Lady Hester desechó todos los reparos de los espíritus vacilantes y los informes maliciosos de los mal predispuestos. [Lady Hester, de hecho, había roto la estatua de modo que, según sus propias palabras, «los mal intencionados no podrían decir que he venido en busca de estatuas y no de un tesoro para la Puerta», es decir para el Sultán]... Los días subsiguientes nos llevaron hasta el suelo original del templo, que era de bellas placas de mármol blanco. Fue en el noveno cuando acariciamos alguna esperanza de haber hallado aquello que buscábamos. Cerca de los cimientos occidentales, los peones descubrieron un extraordinario tipo de foso; no como los sarcófagos que habríamos de ver cerca de Latakia, que evidentemente por su tamaño y emplazamiento están destinados a cadáveres humanos, sino una fosa más larga y estrecha en proporción y poco adecuada para cualquier fin fácilmente concebible, como no fuese para el de ocultar un tesoro. Además, sobre el pozo, parecía haber habido alguna clase de cubierta difícil de apartar. Este foso debía haber sido des-


Palestine Exploration Fund

A SOCIETY FOR THE ACCURATE AND SYSTEMATIC INVESTIGATION OF THE ARCHAEOLOGY, THE TOPOGRAPHY, THE GEOLOGY AND PHYSICAL GEOGRAPHY, THE MANNERS AND CUSTOMS OF THE HOLY LAND, FOR BIBLICAL ILLUSTRATION.

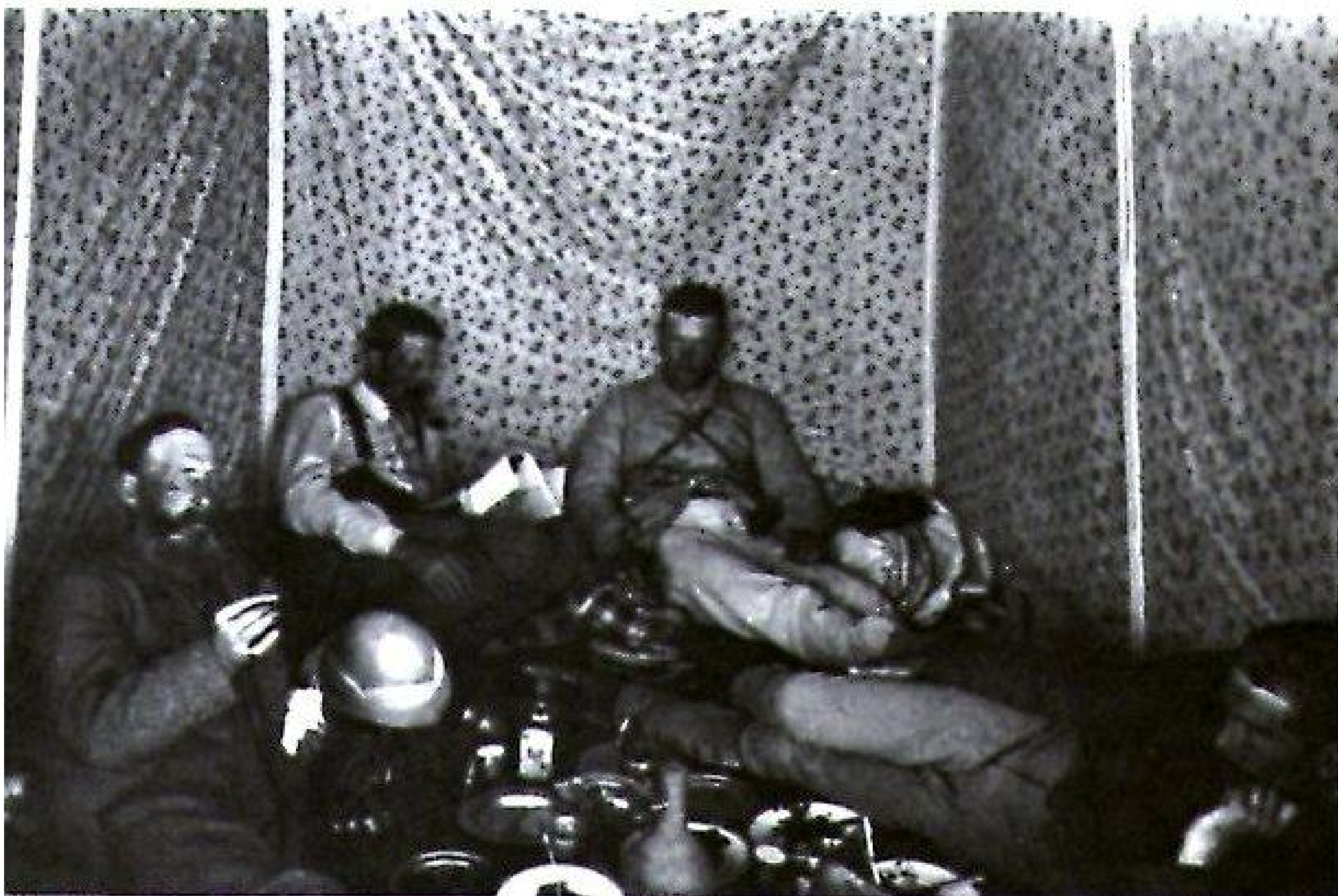
FOUNDED 1865

Patron:
HIS MAJESTY THE KING

President:
HIS GRACE THE ARCHBISHOP OF CANTERBURY

Vice-President:
HIS GRACE THE ARCHBISHOP OF YORK

Arriba: dibujo casi contemporáneo de los visitantes del pozo y del túnel con los que Warren exploró la gran plataforma del Templo de Jerusalén.
Abajo: los Reales Ingenieros en un descanso durante el trabajo de prospección en Palestina, hacia 1885 (Kitchener es el que está en el ángulo inferior derecho).



pojado de su contenido por alguno de los pachás y gobernadores que habían escarbado en las ruinas, ostensiblemente en busca de piedras aunque, en realidad, quizá buscando algo más valioso. Tras comprobar que esos trabajos habían sido inútiles, regresamos a Jaffa diecisiete días después de haber salido de allí.»

Aunque fue un anticipo de lo que iba a ocurrir, la búsqueda del tesoro de Lady Hester era en su época atípica. Aún no había llegado el momento de las exploraciones mediante excavación, y a lo largo de los decenios siguientes la atención se dirigió a la topografía histórica, en particular a la verdadera localización de las ciudades mencionadas en la Biblia. En una fecha tan temprana como la de 1714, el holandés Adrian Reland compiló un manual monumental, en el que elaboraba con sentido crítico toda información importante proveniente de fuentes antiguas, medievales y modernas, con el descriptivo título de *Palestina ilustrada por monumentos antiguos.* Escrita en latín, que por entonces seguía siendo el idioma internacional de la erudición, esta obra no tuvo el atractivo popular de los relatos contemporáneos de viajeros. Pero a principios del siglo XIX un revisionismo religioso aceleró el desarrollo del estudio científico de Palestina, en un momento en que la situación política del imperio turco permitía la entrada de misioneros.

Uno de ellos, el americano Edward Robinson, junto a su compañero de viaje Eli Smith, transformó la comprensión de la geografía antigua de Tierra Santa y preparó el camino para el estudio arqueológico sistemático de sitios individuales. Robinson era profesor de literatura bíblica en el New York College, de modo que estaba familiarizado con publicaciones anteriores y su amigo Smith lo estaba con el árabe. Constituían ambos un equipo ideal para registrar y valorar los diversos topónimos árabes que conservaban tanta información sobre la topografía antigua. En los tres meses que pasó viajando por el país en 1838, Robinson tuvo en mente algunos principios fundamentales de investigación formulados con claridad en su famosa obra *Biblical Researches in Palestine, Mount Sinai and Arabia Petraea* (Investigaciones bíblicas en Palestina, Monte Sinaí y Arabia Pétrea, 1843):

«*Toda tradición eclesiástica referida a los antiguos lugares dentro de Jerusalén y en torno a ella y en toda Palestina NO TIENE VALOR, excepto en el caso de que esté apoyada por circunstancias que nos sean conocidas por las escrituras u otras fuentes contemporáneas...* Con el mismo principio general, ese importante trabajo que es el *Onomasticon,* la explicitación de los sucesivos trabajos de Eusebio y Jerónimo, que da los nombres y describe la situación de los sitios de Tierra Santa, puede mirarse en un sentido histó-

rico sólo como un registro de las tradiciones vigentes en su tiempo...

»En vista de este estado de cosas, prontamente adoptamos dos principios básicos, a los cuales atenernos en nuestro examen de Tierra Santa. El *primero* era evitar en la medida de lo posible todo contacto con los conventos y la autoridad de los monjes; examinarlo todo por nosotros mismos con las escrituras en la mano y pedir información tan sólo a los nativos árabes. El *segundo* era apartarnos todo lo posible de los caminos trillados y encaminar nuestros pasos e investigaciones a esas comarcas del país que fuesen las menos visitadas.»

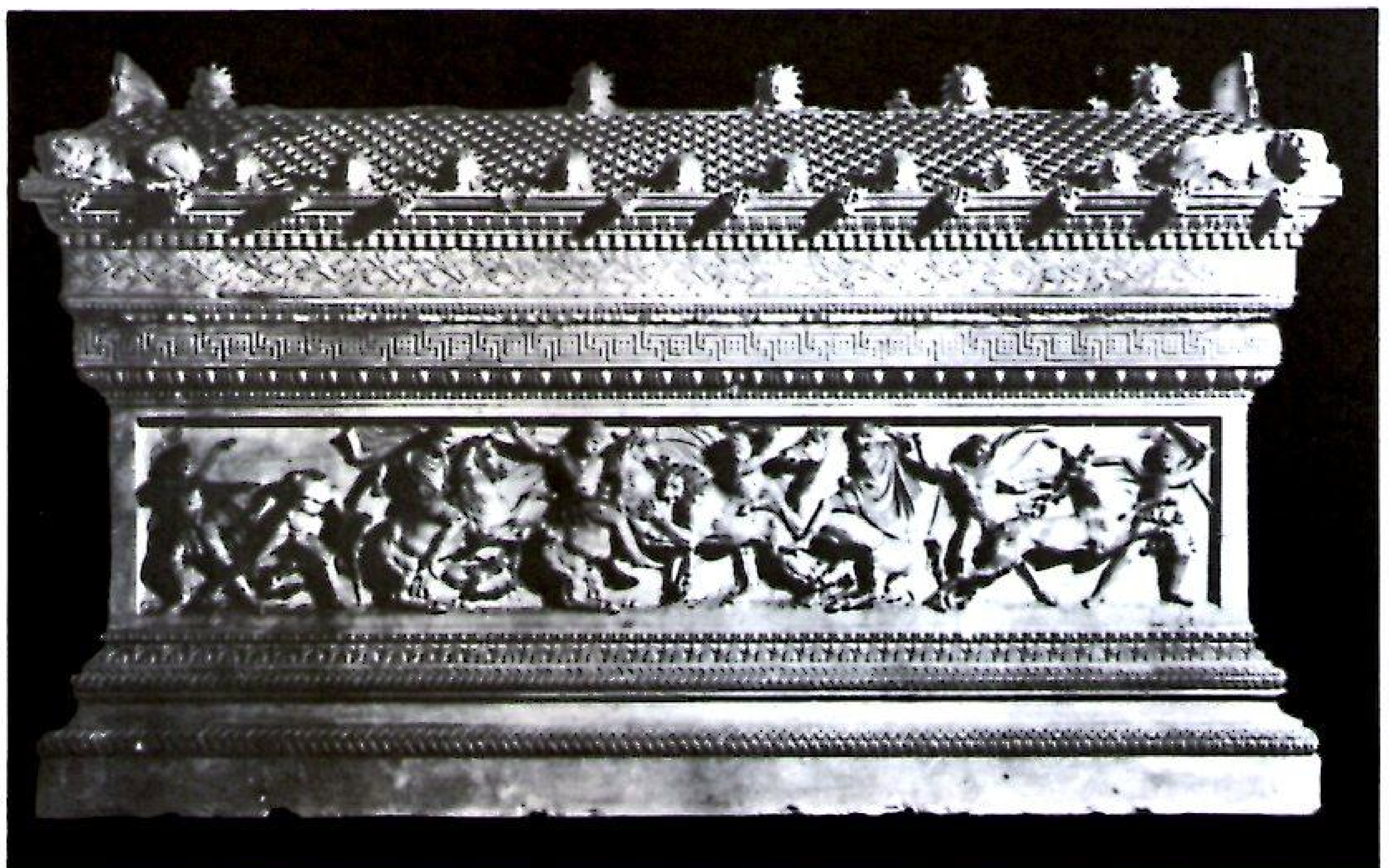
Como ocurre con tantos otros libros influyentes, el impacto total del enfoque de Robinson no se sintió durante un tiempo, aunque hubo coincidencia en considerar que su obra superaba todos los estudios anteriores sobre geografía histórica palestina.

Entretanto, también en Inglaterra la atención popular se volvía hacia Palestina, estimulada por los dibujos y grabados de hombres como Sir David Wilkie, David Roberts y Edward Lear, y por libros como *Eothen* de Kinglake, *The Crescent and the Cross* (La media luna y la cruz, 1845) de Warburton y *Visits to Monasteries in the Levant* (Visitas a los monasterios de Levante, 1849) de Curzon.

Más popular y significativo para el futuro fue el libro *Niniveh and its Remains* (Nínive y sus ruinas, 1849), en el que el joven Austen Henry Layard describe de un modo vívido sus pioneras excavaciones de los grandes palacios reales asirios de Nemrod, en Irak septentrional. Un pasaje de esta obra tendría interés particular para los que se preocupaban por la exactitud bíblica (aunque en esa época Layard no pudiese leer los nombres inscritos en el «Obelisco Negro», hoy conservado en el Museo Británico), porque encontró el primer monumento antiguo que no sólo mencionaba sino también representaba a un rey conocido por el Antiguo Testamento: Jehú de Israel, pintado mientras pagaba tributo a Salmanasar III, rey de Asiria (h. 859 a 825 a. C.). Layard relataba el descubrimiento de esta manera:

«Noviembre, 1846... Tenía cosas que hacer en Mosul y estaba dando a los trabajadores las directrices que debían seguir en mi ausencia. De pie sobre el borde de una zanja hasta entonces inútil, tuve la duda de si debía hacer que la prolongaran; pero por fin me decidí a no abandonarla hasta mi regreso, que se produciría al día siguiente. Monté en mi caballo pero apenas me había apartado del montículo cuando se descubrió un ángulo de mármol negro, que yacía sobre el borde mismo de la zanja. Esto llamó la atención del capataz de los cavadores quien ordenó que se examinara mejor el sitio. El extremo era parte de un obelisco de unos seis pies y seis pulgadas de altura [1,95 m] caído de lado, a diez pies [3 m] de la superficie.

»Enviaron de inmediato a un árabe en mi busca para que me anunciara el descubrimiento; al volver encontré el obelisco completamente expuesto a la vista. Bajé ansioso a la zanja y de inmediato me sentí impresionado por el aspecto singular y la antigüedad evidente del notable monumento que tenía ante mí. Lo alzamos hasta su posición erguida y, con la ayuda de cuerdas, lo sacamos de entre los escombros.»



«Sarcófago de Alejandro», hecho de mármol y hallado en Sidón. Probablemente se fabricó en una de las islas griegas para un aristócrata persa del siglo IV a. C.; los relieves bellamente tallados en todo el contorno exterior ilustran las actividades principales de ese hombre: no tienen ninguna relación con Alejandro Magno.

Un descubrimiento aún más espectacular se produjo en 1850 cuando, al excavar en el montículo de Kuyunjik, en Nínive, cerca de Nemrod, se encontraron relieves esculpidos que, según las propias palabras de Layard mostraban:

«La representación real de la toma de Lakish, la ciudad, tal como la conocemos por la Biblia, sitiada por Senaquerib, cuando envió a sus generales para que pidiesen tributo a Ezequías, y que capturó tras el regreso de sus enviados (*2 Reyes*, 18, 14; *Isaías*, 36, 2); una prueba de carácter más que notable para confirmar la interpretación de las inscripciones y para identificar al rey que hizo que quedasen grabadas junto al Senaquerib de las escrituras. Esta muy interesante serie de bajos relieves contenía, además, una indudable representación de un rey, una ciudad y un pueblo, con cuyos nombres estamos familiarizados y de un acontecimiento descrito en el Libro Santo. Por lo tanto, nos proporcionan ilustraciones de la Biblia de muy grande importancia.» Estos relieves se conservan hoy también en el Museo Británico.

Además de los libros, y con mayor fuerza, la guerra de Crimea (1853-1856), que en sus comienzos implicó los derechos nacionales sobre los Santos Lugares, llamó la atención pública a la situación a menudo desesperada de esos sitios. En aquel conflicto había una fusión de piedad ultrajada y filantropía que impulsaba a la acción. La vigorosa controversia nacida de la publicación de la obra de Darwin *El origen de las especies*, en 1859, había acelerado una demanda de confirmación científica de la verdad bíblica y de examen estrecho de los orígenes de la fe cristiana. En 1864 se abrió el camino, cuando la baronesa Burdett Coutts, deseosa de abastecer a Jerusalén con toda el agua necesaria, ordenó al capitán Wilson de los Reales Ingenieros que dibujara un plano cuidadoso de la ciudad y sus alrededores.

Al cabo de un año, la Fundación para la Exploración de Palestina había logrado unir el interés popular y académico para «investigar la arqueología, geografía, geología e historia natural de Palestina». Su programa inicial de investigación tenía dos objetivos: elaborar un mapa moderno de todo el país e iniciar la investigación sistemática de Jerusalén mediante excavaciones. Eran planes demasiado ambiciosos. La investigación preliminar de Wilson llevó por fin hasta la notable Investigación de Palestina Occidental de Conder, Kitchener y otros, realizada entre 1872 y 1878. Quizá ninguna otra empresa singular haya contribuido más a la recta comprensión de la arqueología e historia antigua de Palestina que este magnífico mapa, cuya escala es de una pulgada por milla [2,5 cm : 1,6 km], con sus complementarias *Memoirs* (memorias). Igualmente vitales, aunque menos amplias por razones políticas, fueron las exploraciones posteriores de Palestina oriental, Sinaí y Arabá.

Las excavaciones de Jerusalén tuvieron un legado más equívoco. En 1867 el capitán Charles Warren, también miembro de los Reales Ingenieros, fue enviado para investigar todo un conjunto de problemas relacionados con la antigua topografía de la ciudad. Su tarea fue mucho más importante de lo que sus patrocinadores ingleses podían pensar, no sólo a causa de las sospechas de las autoridades religiosas locales, sino también por la acumulación de escombros que, en algunos lugares, llegaban a una profundidad de entre 24 y 30 m, que era necesario sondear. Por buenos que hayan sido los métodos de Warren, sin ningún criterio para fechar la mampostería ni la cerámica, sus excavaciones revelaron sus pocas posibilidades de resolver los problemas que se le planteaban. Excavó del único modo en que se lo sugería su entrenamiento militar: hizo pozos y derivó galerías por los montones de escombros contiguos a los antiguos muros cuyos cimientos quería examinar. La descripción dinámica que hizo de esta operación, con su memorable párrafo inicial, se convirtió, en los manuales metodológicos de aquella época, en la ilustración clásica del *modo en que no había* que excavar. Aun cuando se reconozca acertada la dura crítica de la posteridad, hay que decir en defensa de Warren, como lo demuestra la cita siguiente, que realizó su tarea imposible lo mejor que pudo de acuerdo con sus conocimientos, con notable valor, recursos y pertinacia. En su obra *The Recovery of Jerusalem* (La recuperación de Jerusalén, 1871), editada por W. Morrison, Warren escribía:

«El sistema adoptado para excavar en Jerusalén fue el que se usa habitualmente para los trabajos de minado militar; por tanto, es innecesario describir los detalles, ya que pueden obtenerse en cualquier libro de referencia.

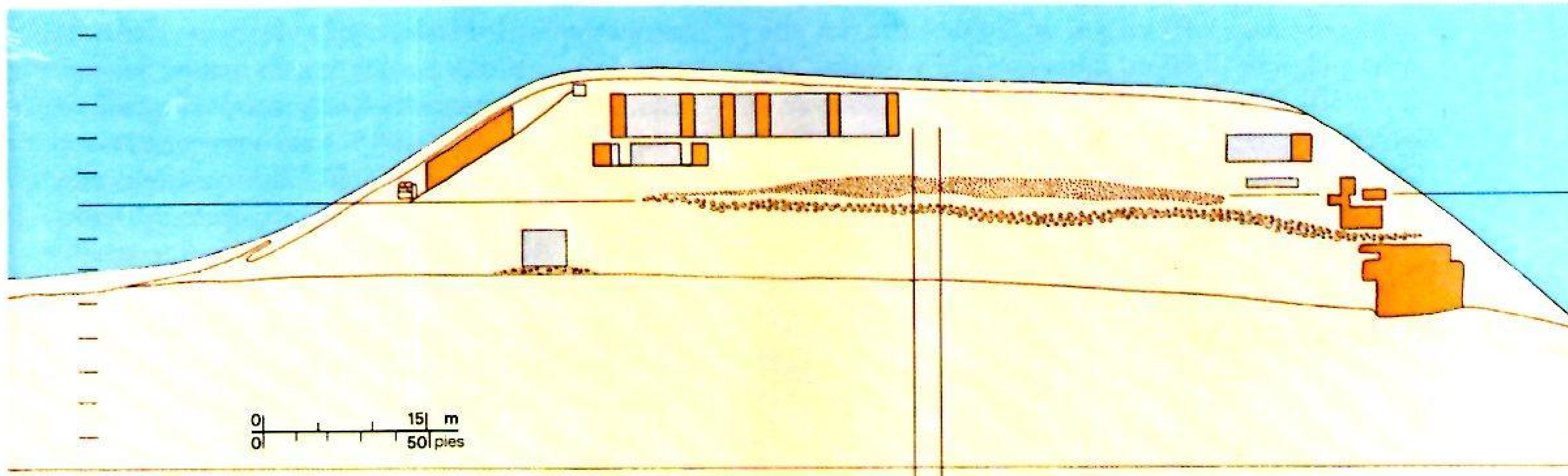
»El trabajo implicaba un considerable peligro, porque a menudo corríamos el riesgo de quedar sepultados por los guijarros sueltos, que en un instante podían destruir nuestras galerías; de que nos aplastaran los grandes trozos de mampostería amontonados por encima de nosotros, sueltos unos sobre otros y listos para desmoronarse al menor movimiento que hubiese bajo ellos o, también, de que nuestros cráneos quedaran deshechos por las piedras y hierros que los fellahs, ansiosos por mostrarse eficaces, algunas veces dejaban caer encima nuestro desde la boca de los pozos... eran simplemente fosas cuadradas de entre 15 y 30 m de profundidad, revestidas con madera para impedir que la tierra cayese dentro.(...)

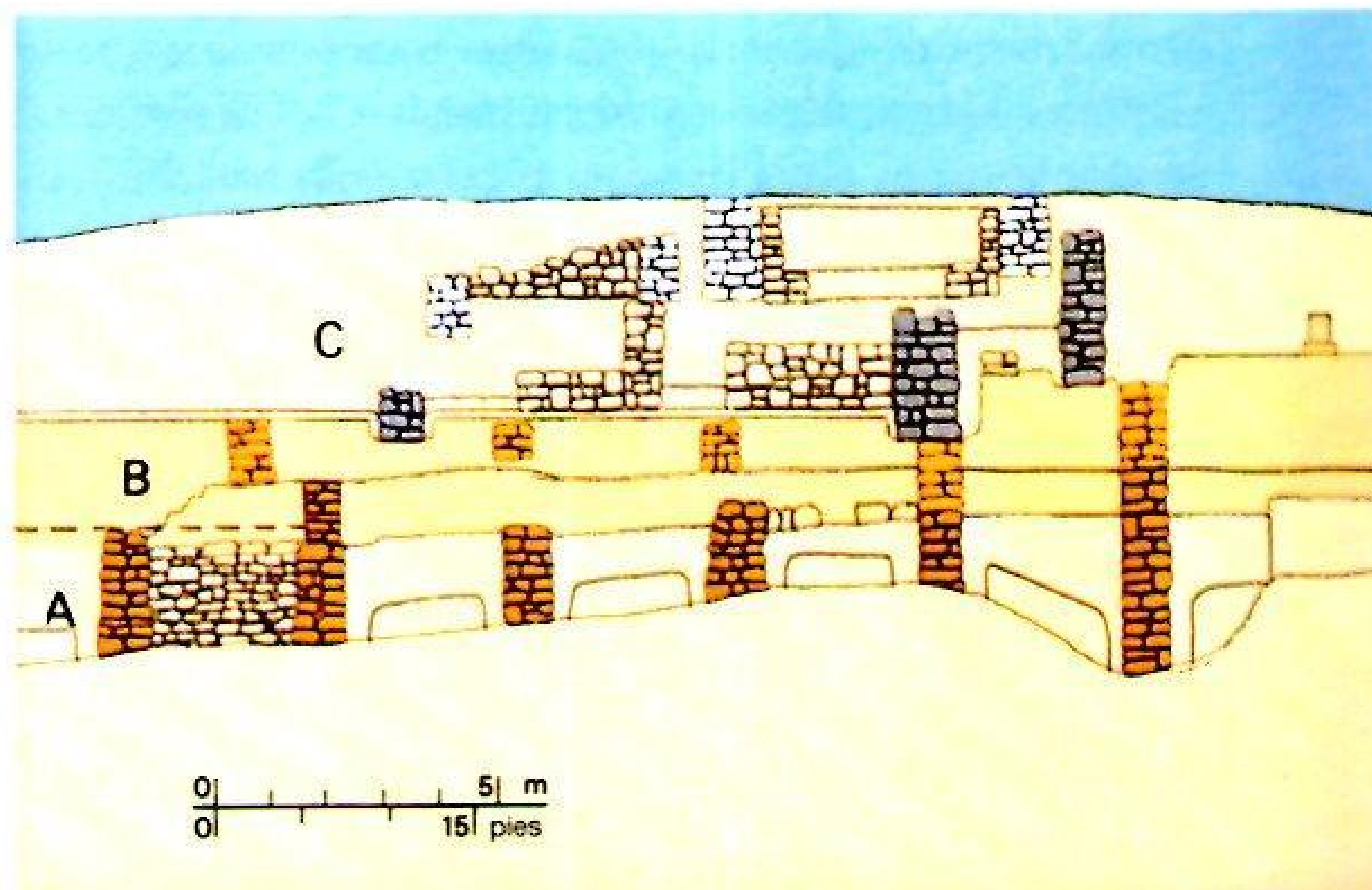
»Una de las tareas más delicadas que abordamos fue la de cavar un pozo en el ángulo de una antigua pared: cuando, después de sobrepasar los cimientos, cavamos otros

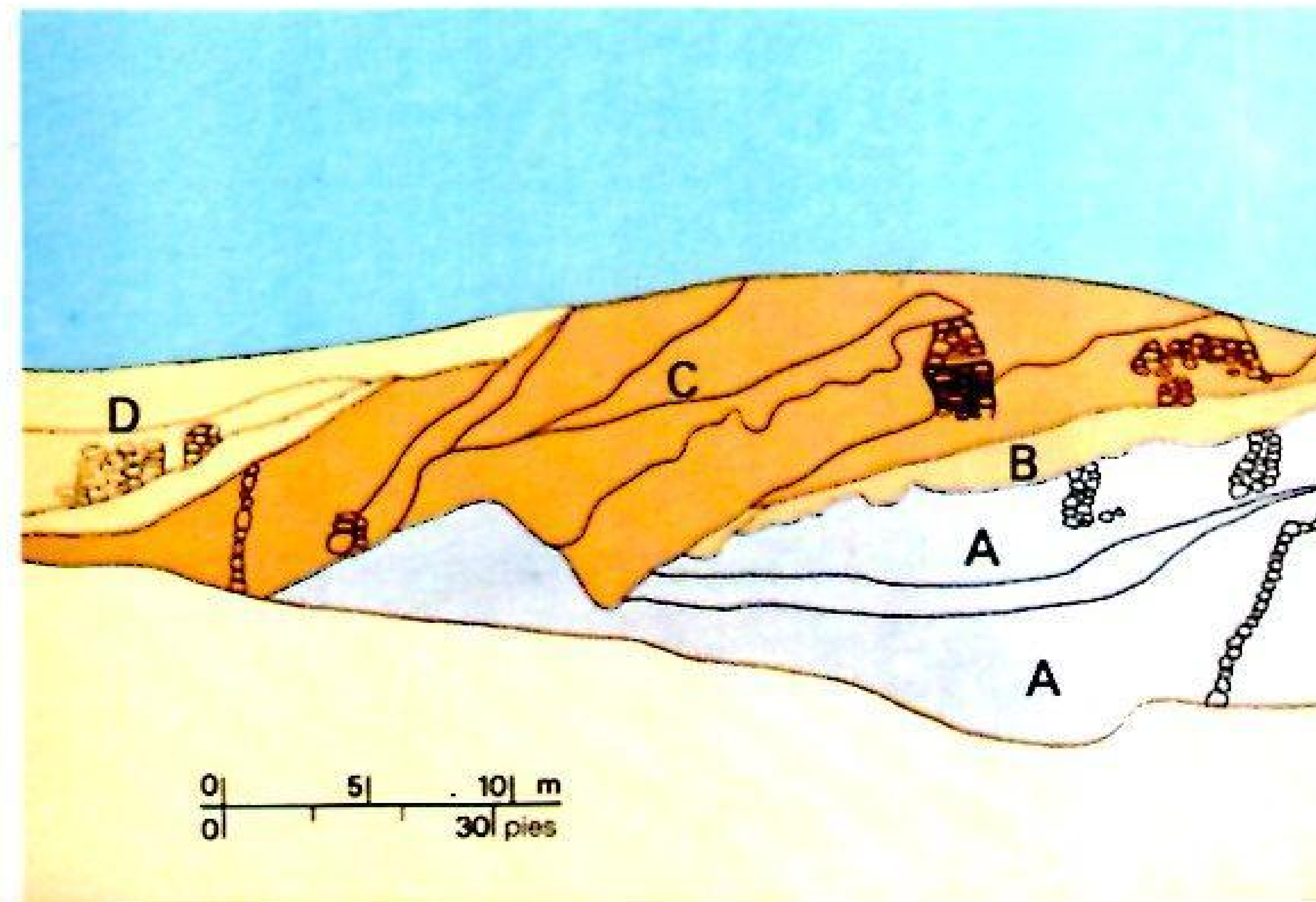
nueve metros y al llegar a la roca, abrimos galerías en dos direcciones. Entonces empezamos una tercera, que parecía estar en condiciones y se permitió que los peones avanzaran en una inspección eventual. Una mañana me pidieron que bajara con urgencia al lugar; al descender me encontré con que nuestro pozo no tenía tierra en dos de sus lados, desde la roca de la parte superior hasta los cimientos del ángulo que se proyectaban sobre un gran vacío casi tan ancho como el propio pozo. El terreno que habíamos cavado estaba muy húmedo sobre ese lado (habría habido algún viejo pozo, supongo), y la tierra se había ido cayendo en forma de barro hasta la galería en la que trabajaban los hombres, sin que ellos lo vieran y había llegado hasta arriba. Era de vital importancia para nuestro trabajo que no se cayera ninguna pared antigua, de modo que lo único que quedaba por hacer era rellenar el lugar tan rápido como fuera posible. Según los fellahs se apartaban, y el sargento Birtles y yo procedíamos a cegar las galerías secundarias, mientras cada palada de tierra que dejábamos caer arrastraba consigo pequeños cascotes de los cimientos, sobre nuestras cabezas se oía un sonido ominoso. Pero mientras estuviésemos en esas galerías, nos hallábamos más o menos a salvo porque, si se hubiera producido un derrumbamiento, probablemente habríamos quedado atrapados y podríamos haber muerto antes de que nos sacaran; pero, una vez que ellos estuvieron fuera y nosotros en el propio pozo, el trabajo resultó poco agradable, porque teníamos que abrir el lateral del pozo y echar tierra y piedras al hueco; cada cesto de tierra que tirábamos, aunque contribuía a tapar el vacío, debilitaba más y más los cimientos vacilantes; de otra parte, por la abertura que habíamos hecho no dejaban de caer desde arriba piedras y grava, lo que nos quitaba el aliento y la luz, a la vez que daba lugar a creer que algo mayor podría caernos encima. Libramos una batalla contra el tiempo; poco a poco nos encontramos remontando aquellos 9 m, hasta que tras cinco horas pudimos apuntalar adecuadamente la pared antigua y sentimos que, una vez más, nos habíamos adelantado a un accidente. (...)

»Las galerías, en su origen, eran de tres pies de lado

Típicos cortes arqueológicos hechos en montículos, o *tells*, de una ciudad en distintos períodos. 1. Excavación de Petrie en Tell el-Hesi (1890). Las paredes se muestran en sección transversal; una capa de cenizas se extiende sobre un estrato de piedra y a la izquierda se indica un glacis (talud de fortificación). 2. Parte de las excavaciones de Reisner en Samaria (1924). Los muros se muestran según la secuencia de los distintos niveles: (a) Ahab; (b) Israel; (c) helenístico; (d) romano. No hay indicaciones de cómo se relacionan con los niveles de ocupación. 3. Corte de la zanja principal de Kathleen Kenyon en Jericó (1952-1957): se trata de un trabajo más especializado, que muestra los distintos niveles y paredes en una compleja relación. (a) Neolítico precerámico; (b) Neolítico; (c) Edad del Bronce; (d) Edad del Hierro.









Vista de la cumbre del montículo de Jericó tiempo después del fin de las excavaciones de *Dame* Kathleen Kenyon.

[0,90 m]) o de cuatro pies y seis pulgadas [1,35 m] de altura y tres pies de ancho. Sin embargo la experiencia nos demostró que la mejor altura para nuestros peones era de entre tres pies y cuatro pulgadas [1 m] hasta tres pies y ocho pulgadas [1,10 m] y el ancho de entre dos pies y ocho pulgadas [0,80 m] hasta dos pies y diez pulgadas [0,72 m].» Hasta que se idearan métodos mejores de excavación, los descubrimientos más importantes estarían en manos de hombres de genio y entusiastas, con pocos recursos para cavar.

Warren no fue el primer hombre que excavó en gran escala en Tierra Santa. Ese honor corresponde al erudito francés Ernest Renan, cuya *Vie de Jésus* (1863), la primera vida de Cristo que presentaba un cuadro vivo y preciso de la tierra en que había vivido el personaje, fue uno de los libros más calurosamente discutidos del siglo. Tres años antes de su publicación, Renan había recibido del gobierno francés el encargo de ir a Siria en busca de antiguos monumentos, asentamientos e inscripciones fenicios. En un único año de actividad intensa, desde octubre de 1860, Renan dirigió cuatro campañas, cada una en un centro único: Arvad, Biblos, Tiro y Sidón. En la medida en que el tiempo y las técnicas primitivas de investigación lo permitían, reunió una gran cantidad de información sobre los monumentos que aún se conservaban, los cementerios rupestres y las inscripciones supervivientes visibles, todo ello admirablemente publicado con muy poca demora en su *Mission de Phénicie* (Misión de Fenicia) en 1864.

En 1867, un discípulo de Renan, Clermont-Ganneau, (1846-1923), fue nombrado cónsul francés en Jerusalén. Casi su primer logro fue obtener un calco de la hoy famosa inscripción de Mesha, rey de Moab –la «Piedra moabita»– más tarde rota por los propios árabes. Sin embargo Clermont-Ganneau pudo hacerse con los fragmentos para enviarlos al Louvre. En 1871 encontró una inscripción griega, reutilizada en las paredes de una escuela cercana al Haram esh-Sherif, sitio del asentamiento del templo en Jerusalén. El texto advertía a los gentiles que entraban en los patios interiores con peligro de sus propias vidas (*Hechos*, 21, 28). Entre 1873 y 1874 la Fundación para la Exploración de Palestina encargó a Clermont-Ganneau que se pusiera al frente de las investigaciones arqueológicas auspiciadas por la institución, durante las cuales encontró una antigua necrópolis judía en Jaffa, importantes inscripciones bilingües hebreas y griegas en Guézer y muchos osarios inscritos y tumbas rupestres cerca de Jerusalén. Más tarde consiguió un trozo de la inscripción de Ezequías en su túnel de agua cortado en la roca, en Jerusalén, antes de que la arrancaran de allí y la enviasen al Museo Imperial Otomano de Constantinopla.

En todos los sentidos, fue la edad de oro de los descubrimientos espectaculares y la excavación sin límites, similar al trabajo pionero de Schliemann en Grecia y en Troya. En marzo de 1887, el misionero americano William

K. Eddy escribió una carta notable al recién creado *American Journal of Archaeology*, acerca de los descubrimientos últimos de Sidón, que había tenido el privilegio de ver por sí mismo antes de que los funcionarios turcos se los llevasen:

«Desde hace mucho tiempo se sabía que la llanura y las montañas de la antigua Sidón están llenas de antigüedades interesantes. Los cuencos llenos de 8.000 monedas de Filipo y Alejandro, el sarcófago de Asmunasar con su inscripción fenicia y otros hallazgos despertaron el interés general en el tema de los tesoros ocultos. En la actualidad, todas las excavaciones están a cargo de trabajadores que buscan piedras. Los bloques de piedra para la edificación que esa gente vende casi les representan el pago de su trabajo, en tanto que las antigüedades halladas entre los escombros y las ruinas de los edificios o en las tumbas cerradas hacen que el trabajo les resulte bien remunerado. Ninguna exploración sistemática se ha llevado adelante desde la ocupación francesa de 1860, cuando se excavó la necrópolis que está al sur de la ciudad. Dos años atrás se descubrieron y abrieron cientos de tumbas al pie de las montañas orientales de la ciudad. (...) Tiempo después, mientras trabajaban en un campo abierto, más o menos a una milla [1,6 km] al noreste de Sidón, algunos peones encontraron un pozo de unos veinte pies cuadrados (1,80 m–), cavado en la arenisca.»

Eddy narra a continuación su visita a las cámaras funerarias cavadas en la roca a las que conducía el pozo y que, entre otras cosas, contenían cuatro sarcófagos de magníficas tallas, a los que se llamó, respectivamente, «Alejandro», «Plañideras», «Licio» y «Sátrapa», y el ataúd antropomórfico del rey Tabnit de Sidón, hoy todos ellos en el Museo Arqueológico de Estambul:

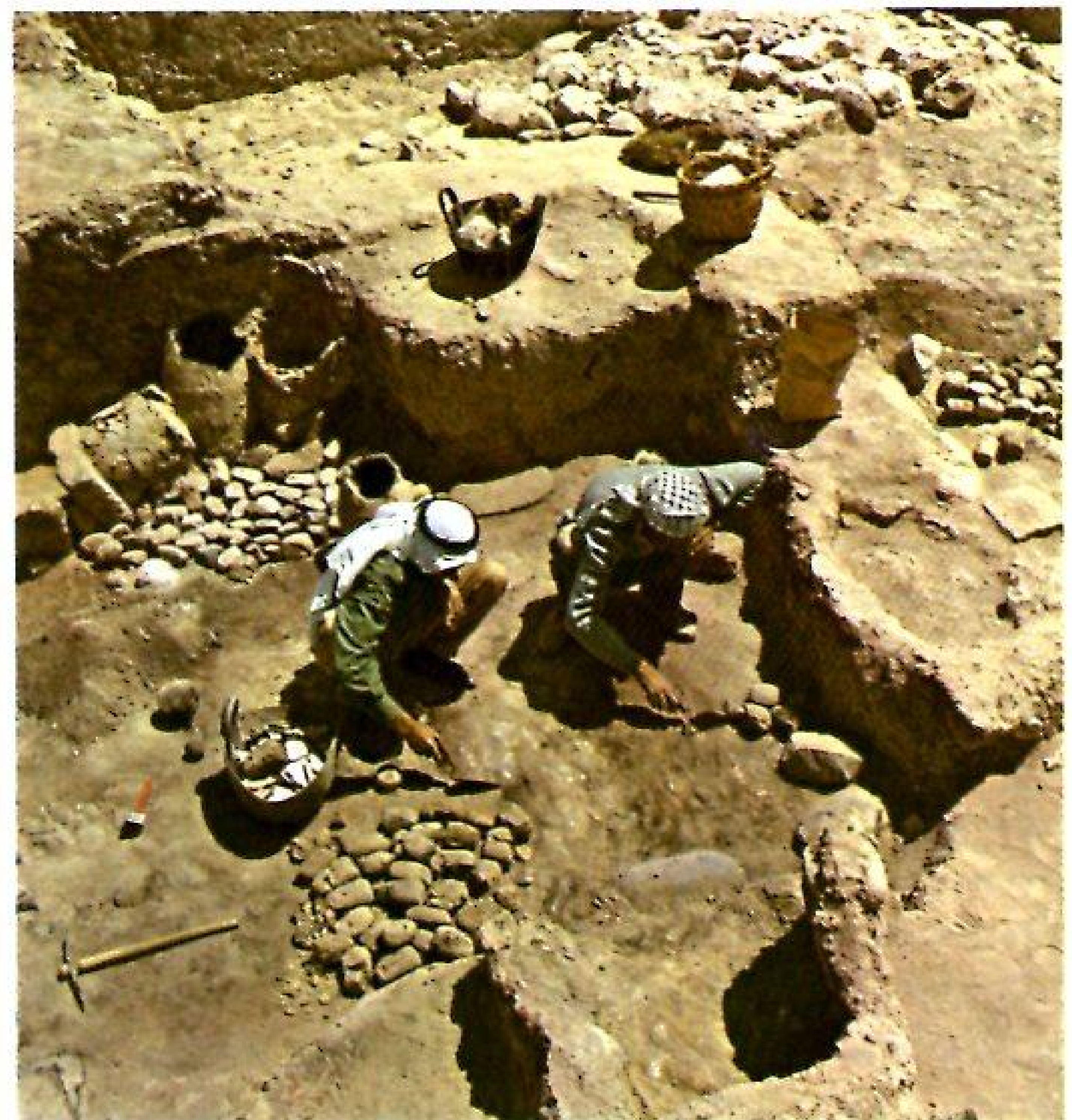
«Mientras rodeaba este sarcófago [es decir, el «Alejandro»], las sorpresas que tuvo mi mirada me hicieron muy difícil tomar notas mentales. Que era afortunado al ver lo que veía, es evidente, porque desde ese momento a ningún europeo se le ha permitido entrar en las excavaciones. Nada de mediciones, notas ni fotografías: todo esto estaba fuera de lugar. (...) Sólo se ha encontrado, de momento, una única tumba saqueada, que contenía madera podrida o restos descompuestos de momias, un vaso de alabastro de 10 pulgadas (25 cm) de altura, una sortija de oro con una piedra y una cadena de oro que pesa más de 100 gramos, también una diadema de oro pequeña.»

Arqueólogos e historiadores. En dos ocasiones, entre 1890 y 1910, llegaron a Palestina excavadores geniales: W. M. F. Petrie (1853-1942) y George Reisner (1867-1942). Ambos tenían la experiencia de haber cavado en Egipto y apreciaban la naturaleza especial de los antiguos parajes palestinos y sabían de qué modo había que excavarlos. Pero antes de que pudiesen determinar y desarrollar sus métodos arqueológicos en el sitio mismo, tuvieron que marcharse de Palestina.

El verdadero significado de los numerosos *tells* en toda Palestina y Siria se fue comprendiendo con lentitud. Los primeros topógrafos, como Robinson, pensaron que la mayoría de esos montículos del valle del Jordán debían ser lomas naturales. Incluso cuando Warren reveló, mediante cortes que eran artificiales, sobre todo constituidos por ladrillos de barro, al parecer pensó que se trataba tan sólo de una plataforma sobre la que, en otros tiempos, había habido edificaciones. Uno de los sondeos que hizo en Jericó estuvo a unos pocos centímetros de descubrir la gran torre de piedra neolítica revelada casi un siglo más tarde por las excavaciones de la Dra. Kenyon. Hasta 1890, cuando Flinders Petrie estudió el montículo de Tell el-Hesi para la Fundación para la Exploración de Palestina, no se conoció la verdadera naturaleza y el valor arqueológico potencial de esas lomas. En una conferencia dictada en la Fundación, Petrie usó el ejemplo de la historia de Londres para explicar el crecimiento de un *tell* y la forma en que su historia puede reconstruirse por la excavación y el análisis de la secuencia de los niveles revelados. Petrie decía:

«En lugar de cavar una fosa profunda hasta la base [es decir, la de Tell el-Hesi], ya teníamos un corte muy bue-

Excavaciones de J. B. Pritchard en Tell es-Saidiya, Jordania.



no preparado a través de los sesenta pies (18 m) de profundidad del *tell*, desviando la corriente.

»La primera dificultad que encontramos es la de que no había monedas ni inscripciones que contribuyeran a fechar ninguno de los niveles. ¿Cómo podemos leer la historia de un lugar, si no hay en él ni un sólo documento escrito? ¿Cómo podemos establecer la fecha de cualquier cosa si no queda un sólo nombre ni fecha? Esta es la tarea de la arqueología. Todo es un documento para el arqueólogo. Su función consiste en conocer todas las variedades de los objetos de tiempos pasados y la data de cada uno de ellos. Cuando nuestro conocimiento se desarrolla de esta forma, todo rebosa información. Nada es tan pobre ni trivial que no tenga una historia que contarnos. Los utensilios, los fragmentos de cerámica, las piedras y los ladrillos mismos de una pared nos gritan cosas, si tenemos la capacidad de comprenderlos.

»Pero, ¿cómo hay que proceder en un país del que aún no conocemos nada sobre la edad de sus productos? Es como ver una inscripción en un idioma desconocido: debemos esperar hasta encontrar una tablilla bilingüe y, entonces, empezaremos a leer lo desconocido comparándolo con lo conocido. Del mismo modo, debemos esperar hasta encontrar objetos de otros países, cuya data conozcamos, mezclados con los que aún no hemos clasificado, para poder deletrear la arqueología de un país nuevo. Esta interpretación de la arqueología de Palestina constituía el mayor atractivo de mi trabajo en este país. Los materiales de fecha conocida eran muy escasos: unas pocas piezas de cerámica fueron todo lo que tuve para empezar el trabajo. Para cualquiera que estuviese familiarizado con tales testimonios, esta podría parecer una base demasiado débil para establecer un relato; no obstante, tenía plena confianza en ello.»

En este asunto, el tiempo dio la razón a Petrie, aunque hoy sus métodos parezcan pobres. Aunque su comprensión de la anatomía básica de un *tell* palestino era perceptiva y novedosa, y también lo era la forma en que su historia se podía establecer, en términos generales, a través de una secuencia de cerámica, el concepto de la excavación de escombros que Petrie tenía era elemental. Había trabajado en Hesi en un corte que encontró hecho en el montículo por la erosión de una corriente y, en su muy breve encuentro con un *tell*, no se enfrentó con las complejidades que podría haber hallado al tener que cavar zanjas desde la parte superior hasta el fondo. Su sucesor americano en Hesi, F. J. Bliss, que más tarde excavaría cuatro *tells* en el Shephelah, aunque no desconocía la existencia de niveles sucesivos de escombros, los trató arbitrariamente como bandas horizontales absolutas, sin tomar en cuenta, alegremente, sus irregularidades estructurales. En Sandahan, uno de los *tells* del Shephelah (la ciudad helenística de Marissa), el plan original era descubrir todo el yacimiento nivel por nivel pero, por fortuna, sólo la primera ciudad, la helenística, quedó descubierta.

R. A. S. Macalister, colaborador de Bliss, excavaría más tarde el *tell* de Guézer, entre 1902 y 1909, y los tres volúmenes que publicó sobre este trabajo han de tomarse como un ejemplo notable de la fase inicial de la excavación de *tells*. Trabajó allí por su propia cuenta, exceptuada la ayuda de sus peones carentes de entrenamiento, que cavaron en el yacimiento franja por franja y fueron acumulando los escombros de las capas sucesivas sobre las que habían cortado antes. Los planos arquitectónicos de los ocho «estratos» de la historia de la ciudad que están publicados en realidad son compuestos: cada uno muestra edificios de varios niveles distintos. No hay ningún registro para identificar el área, y mucho menos la zanja, de que proviene cada objeto. Los elementos están clasificados simplemente en fases de denominaciones arbitrarias que, en algunos casos, cubren siglos. Las excavaciones subsiguientes confirmaron que la secuencia dada por Macalister para la Edad del Hierro estaba distorsionada por una discontinuidad en la ocupación que él no fue capaz de advertir. En tres sentidos sus métodos contrastan notablemente con los usados sesenta años después. Hoy se le da gran importancia a la supervisión adecuada de un equipo de personas bien entrenadas, al registro meticuloso de los cambios en la estratigrafía vertical del *tell* y a la relación directa de todos los hallazgos con las capas de las que provienen.

Las excavaciones que desde 1909 a 1910 hizo Reisner en Samaria Sebaste señalan la aparición de métodos modernos, aunque pasaría mucho tiempo antes de que diesen fruto. La insistencia de Reisner en una preparación adecuada y un equipo especial, en la supervisión estrecha del trabajo mientras se lleva a cabo, en el registro detallado y preciso de los hallazgos, incluido el uso sistemático de la fotografía, no habría transformado por sí misma la arqueología palestina. Lo que preparó el camino para un cambio capital fue su percepción excepcionalmente clara de la naturaleza de un *tell* palestino, porque por casualidad había elegido uno de gran complicación. De inmediato comprendió que, aunque sus contemporáneos alemanes podían demostrar gran habilidad como arquitectos e investigadores de los edificios que encontraban, no eran capaces de datar y determinar la fase de la construcción correctamente, ni tampoco hacerlo con respecto a los objetos que encontraran en ellos, sin una detección y separación cuidadosas de las capas de escombros que había

dentro y alrededor de ellos. Es bastante difícil establecer hasta qué punto se aplicó en la práctica la excelente teoría que Reisner expuso en su informe final, que no se publicó hasta 1924; además, su colaborador Fisher se refugió en la tradición arquitectónica alemana al excavar en otros sitios posteriormente. La breve carrera de Reisner en Palestina demuestra, si es que de verdad se necesitaba una demostración, que ningún manual de método, por bueno que sea, sustituye la presencia constante del maestro en el campo para enseñar a sus jóvenes asistentes, que serán sus sucesores.

Resulta imposible indicar con brevedad las observaciones agudas que Reisner reunió en su informe final, *Harvard Excavations at Samaria* (Excavaciones de Harvard en Samaria), porque no sólo considera cada tipo de desechos con todo detalle, sino también los agentes, naturales y humanos, que afectan el carácter de esas acumulaciones. Una cita breve servirá para demostrar cuánto más elaborada que la de Petrie era su definición de la estructura de un *tell.*

«El montículo [es decir, el de Samaria], a medida que nos aproximábamos, presentaba una masa de estratos horizontales y verticales quebrados y pasó algún tiempo antes de que reconociéramos el significado de todos sus rasgos. Cuando quedó claro que no había que esperar la existencia de estratos horizontales regulares, se adoptó el plan de limpiar... hasta que encontráramos un nivel concreto o indicado por el pie de una superestructura mural, sobre la superficie de un tipo de acumulación diferente. Entonces limpiábamos a lo largo de ese nivel. Al principio nos desconcertaron los agujeros rellenados... esos agujeros rellenados se limpiaban por completo con respecto al estrato superior, desde el cual había caído el material de detrito. Por fin con un conocimiento de nuestros depósitos que daba la posibilidad de reconocer casi de inmediato el carácter y la edad de los escombros, estábamos en condiciones de avanzar con mayor precisión.»

Casi un cuarto de siglo más tarde, también en Samaria, Kathleen Kenyon introdujo nuevos refinamientos radicales metodológicos, cuando participó en una expedición conjunta, bajo la dirección de Crowfoot, desde 1931 a 1935. El enfoque de la Dra. Kenyon derivaba de las técnicas desarrolladas y expuestas en Inglaterra por Mortimer Wheeler porque, como ella aseguraba, «métodos casi idénticos se pueden aplicar en el Oriente, aunque las dificultades son mucho mayores, sin duda, tanto por la sucesión de los estratos como por la dificultad de contratar a trabajadores lo bastante inteligentes». Una parte de la exposición total de los problemas que hizo la Dra. Kenyon, en un artículo publicado en 1939, permite una comparación interesante con el anterior análisis de Reisner. La Dra. Kenyon escribe:

«A través de todos los períodos de la historia de una comarca como Samaria, los constructores han considerado que era más fácil demoler y desenterrar las paredes construidas por sus predecesores para obtener piedras que conseguir bloques nuevos en las canteras. El resultado es que muchos muros están representados sólo por los fosos de los que se quitaron los cimientos. Por fortuna esas zanjas saqueadas siempre pueden identificarse, porque inevitablemente se rellenan con materiales distintos procedentes de los espacios laterales, que son de índole distinta. (...)

»Este es el tipo de problema con el que se enfrenta un excavador de un paraje como Samaria. Está muy claro que avanzar en línea recta y limpiar toda la tierra acumulada destruiría los testimonios. Sería inútil registrar la profundidad absoluta de los objetos, ya que en las distintas partes del yacimiento la situación tiene un significado diverso y bien podría haber llegado el objeto a esa posición por unos cimientos o a causa de una fosa saqueada, cortada a través de niveles anteriores. Por tanto, es necesario examinar y correlacionar todas las capas del terreno, sobre todo en relación con las paredes. Es decir que la peor cosa que se puede hacer será una limpieza a lo largo de la cara de una pared, ya que su relación con las capas se destruirá de esta manera. Es necesario hacer un corte en ángulo recto respecto de cada muro, para decidir cuáles son las capas anteriores, contemporáneas y demás. El paso siguiente consiste en asegurar las secciones en toda la zona, relacionándolas entre sí. De modo que el método de una excavación nos indica que empecemos por cavar zanjas en toda la zona, a fin de identificar los suelos, los fosos abiertos para cimientos y los cimientos saqueados. Cuando se ha establecido el valor de una capa y se han hecho registros completos de ella, mediante planos, fotografías y dibujos de cortes, puede entonces iniciarse el trabajo de remoción, por supuesto con el cuidado de mantener separados los materiales procedentes de cimientos y de cimientos saqueados. (...) Para los fines posteriores de identificación, es necesario que se tomen notas completas con respecto a la procedencia de cada uno de los elementos. (...) Cuando termina la temporada de trabajos, el excavador tiene así un registro completo del yacimiento. Tiene los planos de las paredes que, puede probarlo, son contemporáneas por su asociación con el mismo tipo de suelo. Tiene cerámicas y objetos de distintos niveles, con cortes medidos para probar a cuál de los distintos períodos de edificación pertenecen, y tiene fotografías. Por tanto, está en condiciones de clasificar su material y de fechar el desconocido por asociación con el conocido. La mayor

parte del proceso de datación de objetos palestinos se basa en la asociación con objetos importados de Egipto y otros lugares.» La tradición que se extiende desde Petrie a través de Reisner está muy clara en esta presentación, aunque el énfasis es distinto.

Entretanto, en el yacimiento más pequeño e históricamente menos significativo de Tell Beit Mirsim, ocupado durante un período mucho más extenso, W. F. Albright dirigía una serie de excavaciones entre los años 1926 y 1932, en las que por primera vez la arqueología de Palestina se situó dentro de una estructura adecuada y digna de confianza. Albright usó los métodos de trabajo recomendados por Reisner, pero los transformó con su atención al detalle, sobre todo en sus análisis de la secuencia de cerámica y en su ya amplio conocimiento de la literatura arqueológica e histórica importante. Resulta fascinante observar a través de sus registros la forma en que su dominio del yacimiento se desarrolló temporada tras temporada, hasta que al final podía reconocer con rapidez y precisión las formas y el material de la cerámica distintivos de cada período destacado de ocupación del *tell*. Pero percibió con claridad los peligros que implicaba el método de Reisner en manos de un excavador descuidado o con poca información: «Por supuesto, este método sólo es seguro cuando se aplica con el conocimiento adecuado de la cerámica y de la arqueología comparativa, en caso contrario puede disimular una ejecución e interpretación totalmente erróneas».

Intencionadas o no, estas palabras de Albright son un comentario justo para una gran cantidad de excavaciones contemporáneas, demasiado ambiciosas, en Palestina. Por ejemplo, en Meggido, excavada entre 1925 y 1939, el plan inicial preveía la remoción de todo el *tell* estrato por estrato. Aunque esto hubiese resultado posible, por fortuna el costo prohibitivo lo evitó, con lo que gran parte del *tell* quedó para que trabajaran en él futuros excavadores aplicando técnicas más evolucionadas en años siguientes. Tampoco se vio favorecido el trabajo por los cambios del equipo supervisor, ya que cada uno hubo de ajustarse a las exigencias del trabajo. Al quitar los escombros del *tell* en capas sucesivas de profundidad uniforme, las fosas o los pozos fúnebres pasaron desapercibidos, de modo que los hallazgos de los verdaderos sepulcros, cuando se encontraban, quedaban registrados junto a objetos, a menudo más antiguos, que se descubrían en el terreno cercano, y no con el material del nivel superior, desde el que se habían precipitado hacia la antigüedad. En otras palabras, grupos de cerámica, tal vez separados por cientos de años, quedaban mezclados sin remedio. De igual manera, cualquier perturbación, la desaparición de muros o el corte de pozos de escombros, o cualquier inconsistencia de los niveles debida a la construcción de terrazas o a pendientes naturales, no se tomaba en cuenta, con la confusión inevitable en la subsiguiente atribución cronológica de edificaciones y hallazgos. Como los resultados de estas excavaciones se publicaron en estado virgen, los registros se pueden usar como base para una revisión, a la luz de los descubrimientos posteriores hechos en otros sitios; pero, aun así, las incongruencias perduran y sólo se resolverán en excavaciones posteriores. Naturalmente, esto será imposible en los sitios en que excavadores del pasado hayan limpiado por completo un área, lo que ilustra la necesidad de idéntico cuidado en las excavaciones y en las publicaciones. La arqueología es destrucción y el registro del excavador es el único testimonio de lo que ha quitado hasta llegar a los niveles más antiguos.

Desde la Segunda Guerra Mundial, aunque el número de excavaciones ha crecido mucho en Palestina y Siria, las técnicas de campo se perfeccionaron, más que alterarse fundamentalmente por la búsqueda constante de métodos cada vez más fidedignos para la recuperación de todas las informaciones posibles brindadas por el terreno. El cambio primordial fue el uso de equipos de supervisores mucho más amplios, entre los que hay no sólo arqueólogos, investigadores y arquitectos sino también geógrafos, zoólogos, botánicos y muchos otros expertos en ciencias naturales. Los métodos llamados Wheeler-Kenyon se adoptaron con amplitud y se mejoraron, muy en particular por parte de la propia Dra. Kenyon en sus excavaciones de Jericó y Jerusalén. De dos maneras, los excavadores americanos en particular procuran afinar este enfoque. En primer término, es mayor el cuidado que se pone en la elección del equipo de trabajo, con una cooperación mutuamente crítica tanto en la actividad de campo como en la publicación y, en segundo término, se aplica un sistema más elaborado de registro y estudio de pruebas básicas, como por ejemplo la cerámica. Es, por cierto, muy grande el contraste entre las expediciones de Macalister a Guézer y la de G. E. Wright a Siquem, iniciada medio siglo más tarde. En palabras de L. E. Toombs, uno de sus miembros:

«El juicio crítico de media docena de personas, todas ellas íntimamente comprometidas en la excavación, y un número de secciones de cuadernos de notas se combinan así para producir un resultado que puede ser mucho más preciso que la interpretación de una sola persona».

El enfoque puede cambiar, pueden mejorar los métodos y el campo de interpretación quizá crezca, pero cada generación de excavadores se sostiene, por decirlo así, en los hombros de la anterior y todas están unidas en una búsqueda única: la mejor comprensión de la historia antigua de Palestina y Siria.

Jasor:
Una ciudad cananea

Tell el-Kedah, la antigua Jasor, es uno de los yacimientos arqueológicos más grandes e importantes de la región siriopalestina; el montículo tiene casi 13 Ha de extensión y un espacio cerrado, o ciudad baja, de casi 71 Ha. En 1928, el arqueólogo británico John Garstang hizo excavaciones de prueba en el lugar, pero una expedición israelí, a las órdenes del profesor Yadin reveló, entre 1956-1958 y 1968-1970, la confirmación arqueológica notable de la información histórica dispersa acerca de la importancia de Jasor, señalada en textos antiguos. La ciudad se menciona a principios del segundo milenio a. C. en los «Textos de execración» egipcios, en las cartas de Mari fechadas en el siglo XVIII a. C., cuando la villa tomaba parte activa en el vital comercio de estaño, y en las cartas de Tell el-Amarna, fechadas en el siglo XIV a. C., cuando su déspota, aunque fuese vasallo del faraón, recibía el nombre de «rey». Josué derrotó a una alianza de reyes cananeos dirigidos por el déspota de Jasor. La ciudad se menciona en las guerras de Débora, Salomón la dotó de una potente fortificación y los asirios la destruyeron en el año 732 a. C.

Las excavaciones demostraron que el «espacio cerrado» era una ciudad baja con sus propias fortificaciones, fundada en el siglo XVIII a. C., destruida en el XVI (quizá por ejércitos egipcios) y posteriormente restaurada. Disfrutaba de una particular prosperidad en el siglo XIV a. C., con templos importantes y fortificaciones similares a las de otras ciudades cananeas principales. El asentamiento sobre el montículo o ciudad alta, que se ve aquí abajo, se inició en el tercer milenio a. C. y durante el segundo se mantuvo en paralelo con la ciudad baja. Durante gran parte de la Edad del Hierro, sirvió sobre todo como acrópolis fortificada con edificios administrativos y depósitos.







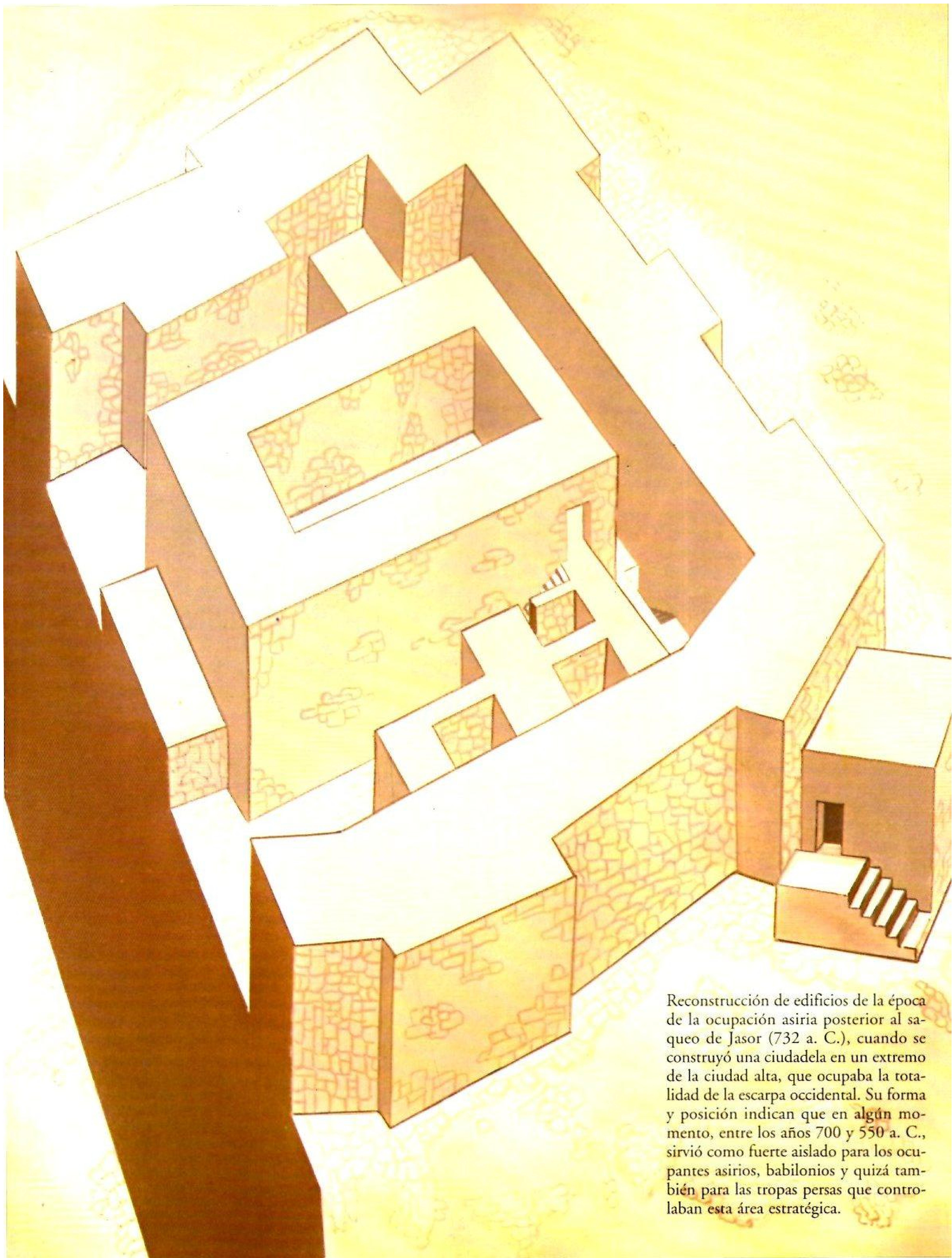
Arriba: vista aérea total de Tell el-Kedah, antigua Jasor, mirando hacia el norte, con el montículo principal o ciudad alta en primer plano y, más allá, el amplio reducto de la ciudad baja. Es un ejemplo excepcional del asiento de una ciudad antigua del Próximo Oriente, cuyos montículos representan los escombros de casi dos mil años de la historia de un sitio que, por su estratégica posición fronteriza, tuvo un papel vital en el comercio y la política internacionales.

Abajo: vista aérea del montículo principal de la ciudad alta, que se extiende en el centro; su altura está subrayada por las sombras. Las excavaciones de la ciudadela en el área B se distinguen con claridad en el extremo occidental; en el centro, depósitos de la Edad del Hierro. En primer plano está el extremo sur de la ciudad baja, con excavaciones en los cortes del área C a lo largo de los taludes. Allí, al pie del talud, se encontraron las «Estelas del templo» ilustradas en la p. 53.

Izquierda: placa incisa de bronce, procedente del «Templo de los Ortostatos», fechada hacia 1450 a. C.; representa a un cananeo.

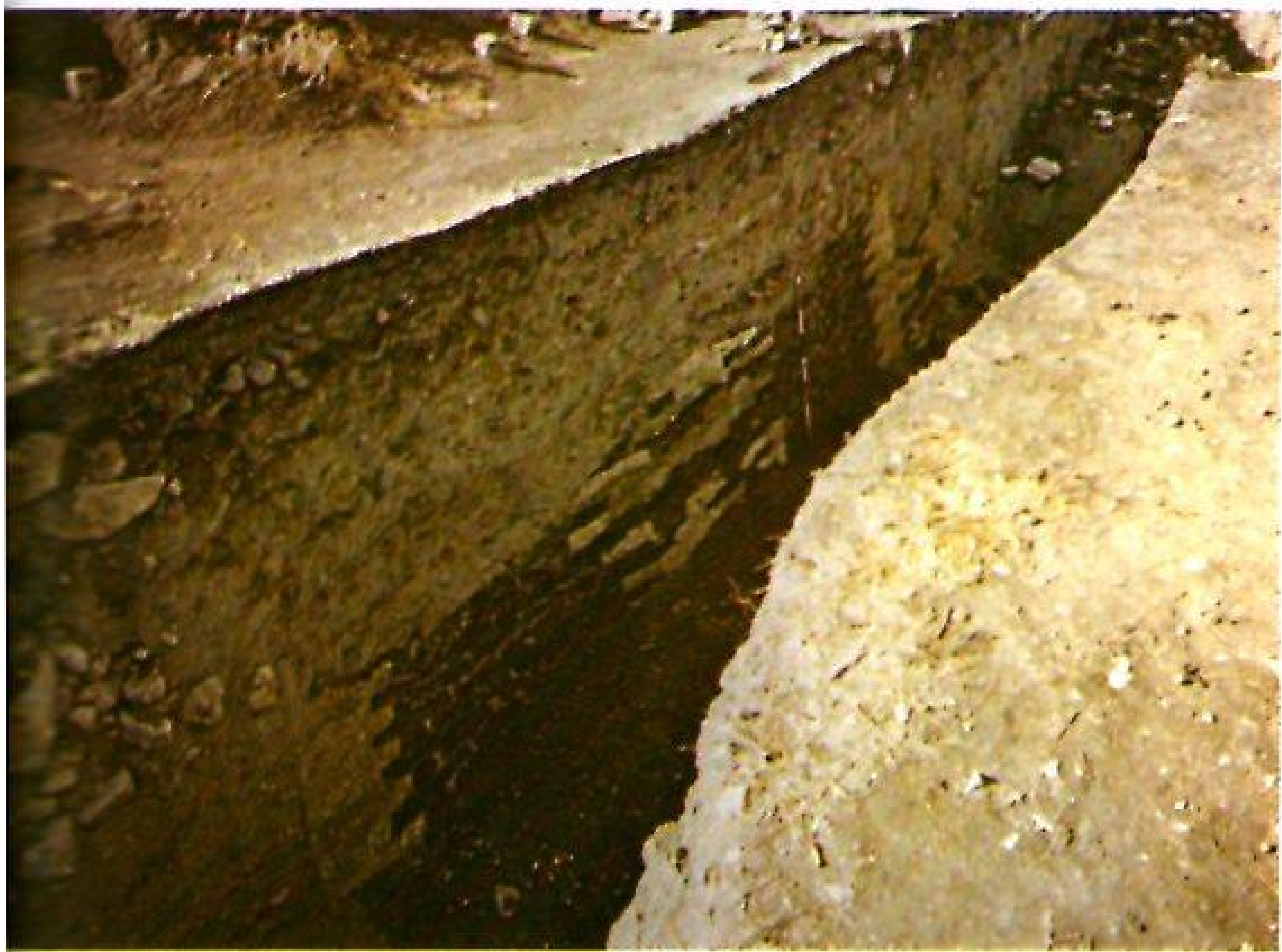


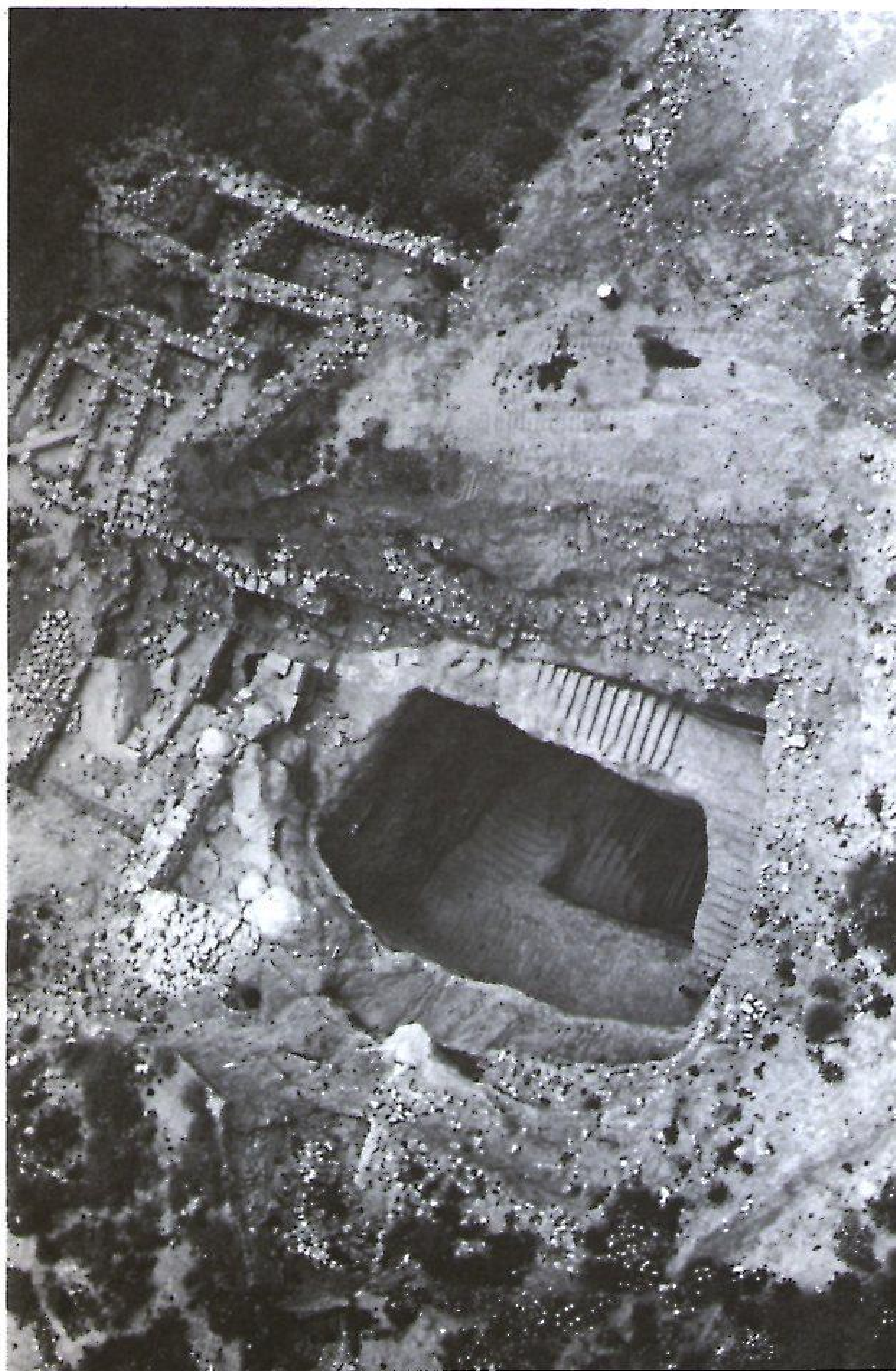
Reconstrucción de una parte de la ciudad alta en tiempos de Jeroboam II (h. 786-746 a. C.); por esta época, los edificios del sector, hasta entonces usados con fines administrativos públicos, empezaron a tener un uso residencial y comercial, es decir que incluyeron viviendas, tiendas y talleres. Se encuentran entre las estructuras mejor construidas del período israelita de Jasor y, junto a los bellos objetos hallados allí, dan testimonio de la prosperidad de los habitantes de la ciudad en esos tiempos.



Reconstrucción de edificios de la época de la ocupación asiria posterior al saqueo de Jasor (732 a. C.), cuando se construyó una ciudadela en un extremo de la ciudad alta, que ocupaba la totalidad de la escarpa occidental. Su forma y posición indican que en algún momento, entre los años 700 y 550 a. C., sirvió como fuerte aislado para los ocupantes asirios, babilonios y quizá también para las tropas persas que controlaban esta área estratégica.







Arriba: zanja de excavación hecha en la pared de ladrillos de barro de la ciudad alta (construida en el siglo XVIII a. C.) para mostrar su estructura.

Foto superior: vista aérea de las excavaciones a fines de 1958 en el área A del extremo noreste de la ciudad alta; muestra la entrada salomónica y una muralla con puestos de centinelas, debajo de un depósito con pilares de la época Ahab, y un edificio con patio abierto, de los tiempos de Jeroboam II (h. 786-746 a. C.).

Derecha: vista desde arriba del sistema de abastecimiento de aguas, diseñado para llevarla a la ciudad alta en épocas de asedio. Se hizo a principios del siglo IX a. C., cuando los arameos y los asirios se habían convertido en una amenaza para Israel.



Arriba: «Templo de los Ortostatos», visto desde la entrada hacia el sagrario; típico templo cananeo tardío encontrado en un extremo de la ciudad baja, el más alejado del montículo principal. Tenía tres cámaras principales, situadas una tras otra, exactamente como en el Templo de Salomón en Jerusalén. En el extremo más alejado estaba el sagrario (o *Sancta Sanctorum*), con dos pilares, bancos en las paredes y elementos de ritual; seguía una sala central, más habitaciones laterales y dos columnas exentas que flanqueaban la entrada, tal como los pilares «Jachin» y «Boaz» lo hacían en el Templo de Salomón; a continuación, el porche. El nombre del templo deriva de los bloques pulidos de basalto que revisten las paredes inferiores dentro del sagrario y en el porche.

Abajo: gran ortostato en el que se ve la talla de un león tendido en relieve, probablemente hecho en el siglo XV a. C. para revestir el lado derecho de la entrada. Leones semejantes se encontraron en Tell Atshana (Alalakh) en Siria. Se había enterrado cuidadosamente, quizá en el siglo XIII a. C., cuando se reconstruyó el templo.









Izquierda: adyacentes al «templo de las estelas» había varios edificios amplios, en uno de los cuales estaba instalado el taller de cerámica que se ve aquí, con su torno (extremo superior derecho, en dos piezas) y una bonita máscara de arcilla.

Abajo: esta máscara de arcilla relativamente pequeña, procedente del taller de cerámica, no tiene la nariz ni la boca abiertas; puede haber sido hecha para la cara de una estatua o para ser colgada en una pared del templo como ofrenda votiva.



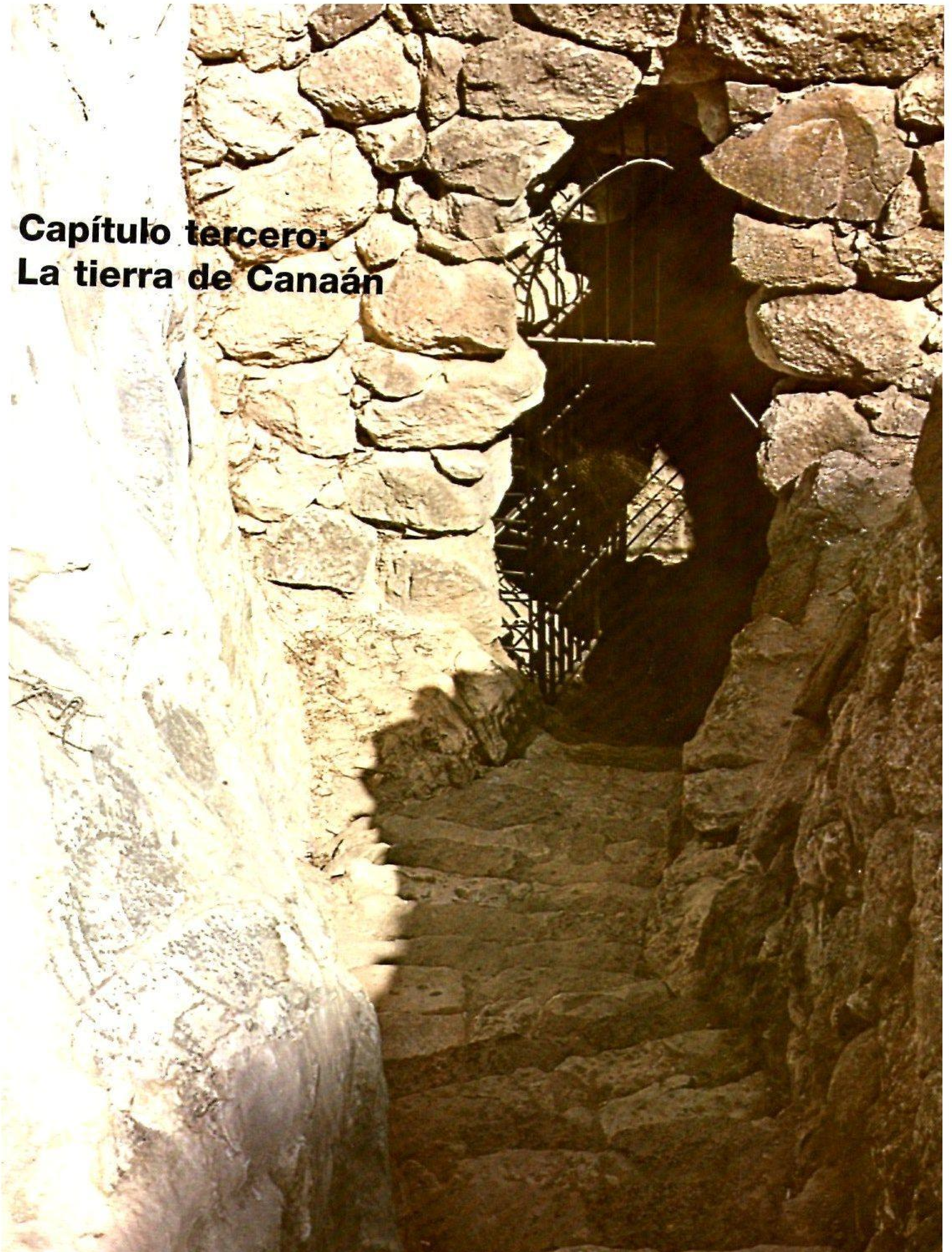
Al excavar el talud de la Edad del Bronce media que rodea la ciudad baja, se descubrió un pequeño santuario de fines del período cananeo, cavado dentro de él. En una amplia sala había un nicho sobre la pared occidental, donde se encontraron pequeñas estelas y una estatua. También había, a lo largo de los muros, bancos para las ofrendas. Sobre las estelas y la estatua hay diversos símbolos: lunas llenas y crecientes, que sugieren que este templo estaba dedicado a un dios lunar y a su consorte.





Estatua masculina sedente, de sólo 18 cm de altura, hallada en el nivel final, incendiado, tripartito y cananeo, del «Templo de los Ortostatos». La silla en la que está sentada la figura se reproduce con claridad. La cabeza se rompió en la destrucción final, a fines del período cananeo, y fue hallada cerca, en una capa alta de cenizas. Una estatua muy semejante se encontró en otro punto de la ciudad baja cananea. El hombre no lleva un tocado identificatorio ni un emblema en el pecho, por lo que se supone que se trata de un ciudadano particular, quizá incluso el gobernante de Jasor y no de un dios. Es posible que la estatua estuviera en el templo como elemento permanente de adoración por parte del donante.

Capítulo tercero: La tierra de Canaán



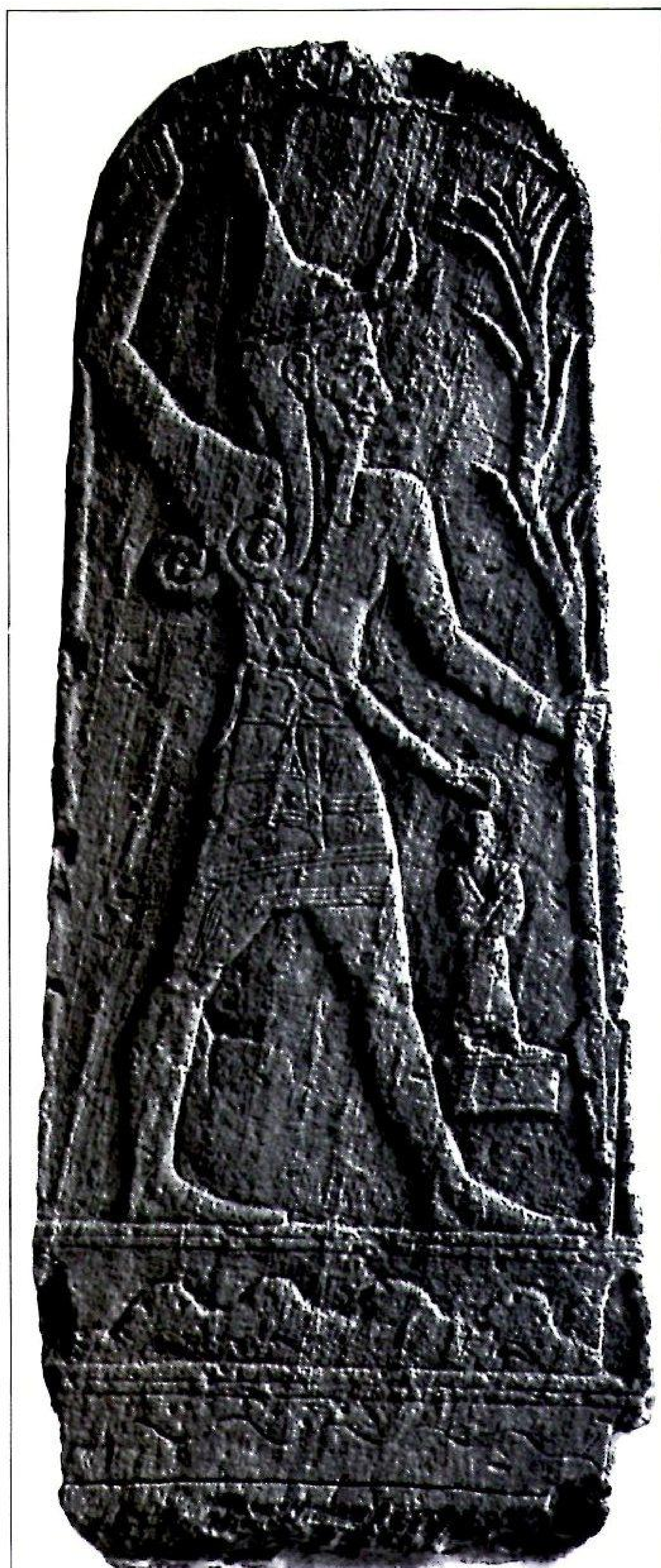
Nómadas y habitantes de ciudades. Hacia fines del tercer milenio a. C., los documentos de Egipto y Mesopotamia revelan que muchas comarcas del Próximo Oriente estaban agitadas por una de esas esporádicas irrupciones de pueblos nómadas en los centros de asentamiento urbano, reiteradas en la historia de todas las regiones. Aun en tiempos ya históricos es difícil identificar los orígenes de esos movimientos y lo es, en particular, cuando los testimonios arqueológicos y escritos son tan escasos como dispares. El equilibrio delicado que siempre existió entre los habitantes de las regiones marginales, que se extendían a lo largo de las fronteras del gran desierto árabe, y sus prósperos vecinos, asentados en zonas más favorecidas por la naturaleza, sólo necesitaba una perturbación mínima en un único punto, quizá cambios climáticos menores que llevaran a la sequía y al hambre, para que se produjera una reacción en cadena. Al menos desde una fecha tan temprana como la de 2300 a. C., los déspotas mesopotámicos trataron de evitar las invasiones por la fuerza, construyendo incluso grandes murallas; pero los pueblos que conocían por el nombre de *amurru(m)*, moderno amorreos, poco a poco se inmiscuyeron en la sociedad mesopotámica, en diversos puntos, y es posible reconocerlos por sus nombres personales distintivos. Pocos siglos después de 2000 a. C., los nombres amorreos de los textos procedentes de ciudades como Mari, Alalakh y Ugarit señalan una penetración muy profunda también en Siria.

Aunque menos expuesto, porque la faja de tierra que lo une con Asia es muy estrecha, Egipto no escapó de esas incursiones. En los años de la decadencia del Reino Antiguo, hacia 2200 a. C. aproximadamente, cuando la autoridad central estaba muy debilitada por disensiones internas, los pueblos semíticos penetraron por el Sinaí hasta el delta en oleadas crecientes. En un texto egipcio antiguo, en que el rey Jeti III aparece escribiendo instrucciones para su hijo Merikare, el contraste natural entre Egipto y Palestina está descrito con claridad y se apunta el carácter irreal de los intrusos. Uno de los pasajes, traducido por Wilson, dice:

«Lo, el asiático miserable, está tan enfermo como el sitio en que se ha quedado, le aflige el agua [es decir, la lluvia], mala para muchos árboles, las sendas son duras a causa de las montañas. No vive en un lugar estable (sino que) sus piernas *están hechas para vagar por los caminos.* Viene luchando (desde) los tiempos de Horus, (pero) no conquista ni puede ser conquistado.»

En cuanto a Palestina, donde no hay registros locales escritos, la influencia de los intrusos nómadas en los siglos anteriores a 2000 a. C. es muy evidente en los testimonios

Página anterior: Entrada al sistema de abastecimiento de agua de la antigua Megiddo, construido para asegurar la disponibilidad durante los asedios.



Estela de piedra de la Edad del Bronce media, procedente de Ras Shamra (Ugarit); muestra a Baal en su aspecto de divinidad relacionada con el clima. La pequeña figura que está sobre un pedestal frente al dios puede ser una diosa relacionada con él.

arqueológicos. Tras un largo período de vida urbana sedentaria –arqueológicamente, la Edad del Bronce temprana–, los *tells* excavados muestran una ruptura notoria en la continuidad de las ocupaciones, por lo común acompañada de señales de destrucción, seguida por una ausencia, temporal en algunos casos y en otros permanente, de centros amurallados y edificios bien construidos. A esta etapa aplican los arqueólogos distintas denominaciones: Edad del Bronce media I, Edad del Bronce temprana o período intermedio del bronce. Este último nombre es el que mejor define su carácter esencialmente transicional. En la etapa intermedia, todos los testimonios de ocupación humana están limitados a campamentos transitorios, algunas veces dentro de cuevas o en viviendas mal construidas. Por contra, se prestaba una atención considerable a la excavación de tumbas rupestres de muy diversos tipos o a la construcción de túmulos, que aparecen bien provistos de cerámica, armas de cobre y joyas simples. La falta de homogeneidad en la cultura material palestina de esta épo-





Izquierda: fragmento de caliza gredosa con un texto en egipcio hierático, inscrito por un escriba en etapa de aprendizaje. Narra la famosa historia de Sinuhé, un alto funcionario egipcio exiliado a Palestina y Siria algunos siglos antes.

Arriba: mapa de Canaán hasta aproximadamente 1200 a. C. Los límites geográficos exactos de Canaán son difíciles de establecer y lo más probable es que nunca se fijaran sino de un modo muy general, ya que la cananea era una comunidad de ciudades-estado unidas de una forma nada estricta.



Cabeza de hombre esculpida en piedra; se la halló en un santuario contiguo al Palacio de Yarimlim, en Tell Atshana, y data del siglo XVIII a. C. La identidad del modelo no se ha establecido con certeza, pero puede que fuera el propio rey.

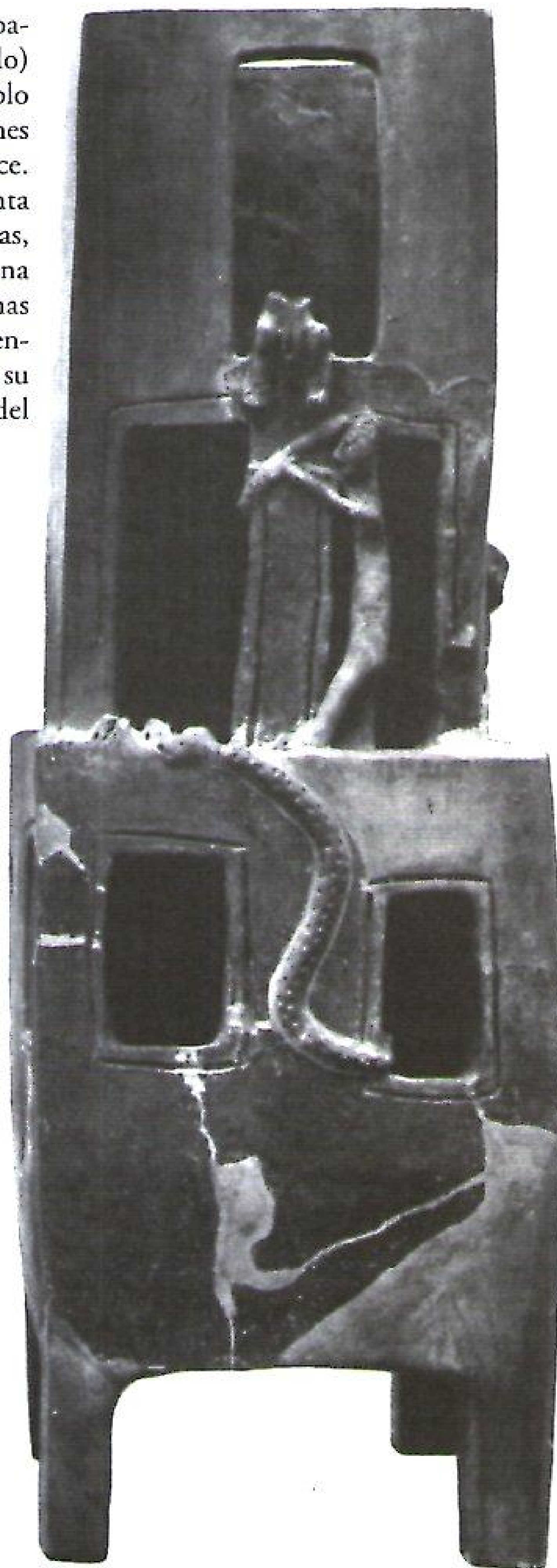
ca da mayor realce al carácter vario de sus creadores. Aunque todavía no se puede situar con exactitud el origen ni el curso de estas intrusiones nómadas, el equipamiento que esos pueblos llevaron a Palestina es casi igual al más temprano de Siria oriental. Todavía se discute si todos fueron amorreos, o sólo lo fueron algunos, como tantas veces se afirmó. Por esos tiempos, Négueb y Transjordania también albergaban poblaciones considerables.

El lento regreso a la vida urbana en Palestina, después de 2000 a. C., también recibió estímulos desde Siria donde, en términos generales, no había habido una ruptura tan radical. Allí, como en Mesopotamia, los recién llegados a menudo se asimilaron en un proceso pacífico. Esta nueva fase, que los arqueólogos llaman plena Edad del Bronce media, puede bautizarse con el nombre apropiado de «cananea», porque este pueblo es el primero al que, en el siglo XVIII a. C., hace referencia un documento de la localidad siria de Mari. Pero, como en el Antiguo Testamento el término se usa para describir al elemento mayoritario de la población de Palestina al oeste del Jordán (*Números*, 34, 2-12), cuando a fines del siglo XIII entraron en la comarca los israelitas, es la mejor denominación genérica de que disponemos para nombrar la cultura palestina, y gran parte de la siria, del segundo milenio a. C. El significado original aún es tema de discusión. Las teorías de que Canaán se llamó así por la industria de la púrpura o por su potente comunidad mercantil, para no citar sino las explicaciones más corrientes, no soportan un análisis estricto. Es muy probable, en efecto, que la palabra *Kn'n*, de incierto origen, fuese el nombre primigenio de la comarca y que la denominación de la púrpura se derivara de él y no a la inversa.

Ciudades cananeas. La situación de Palestina y Siria en el crucial período de transición está pintada, de un modo excepcional, en un fascinante texto egipcio que narra el exilio de Sinuhé (o Sinué), un alto funcionario del país del Nilo, en aquellas tierras durante el reinado del faraón Sesostris I, en el siglo XX a. C. Sus vagabundeos llevaron a Sinuhé a través de una sociedad primaria seminómada, que sólo tenía unas pocas ciudades dispersas. En la región de Siria meridional, donde se instaló, la agricultura y la ganadería, complementadas con bosquecillos de olivos y huertos, cubrían las necesidades vitales y, al parecer, los conflictos sobre derechos de pastos y de agua eran muy comunes. El príncipe local confió a Sinuhé un distrito y una tribu, lo que también refleja el carácter beduino del pueblo. En este relato nada indica que existiera un control egipcio de Palestina, aunque sí se demuestra que viajar entre ambas regiones era relativamente fácil y que los egipcios eran residentes en las cortes locales.

Un siglo más tarde, también Egipto nos da una serie de textos, inscritos en cuencos y figurillas usadas en ritos mágicos para maldecir a los enemigos del faraón («Textos de execración»), que enumeran los nombres de príncipes semitas, los amorreos entre ellos, que gobiernan en Siria y Palestina. Resulta significativo que, en el grupo más antiguo, datado hacia 1870 a. C. (dinastía XII), algunas comarcas estuvieran gobernadas por un número de jefes, en tanto que en el posterior, fechado hacia 1800 a. C. (dinastía XIII), casi todas las ciudades secundarias o importantes enumeradas, entre ellas las de Palestina y Siria, tuvieran un príncipe único. Esto es una confirmación valiosa de que en el siglo XIX a. C. se restauró la vida urbana, algo que prueban las excavaciones arqueológicas. Fue aquel el principio de uno de los más prósperos períodos de la historia de la antigua Palestina que, por último, tendría efectos profundos sobre Egipto.

Se restablecieron las ciudades, algunas independientes, otras unidas en confederaciones no muy estrechas, quizá en un comienzo sin murallas pero poco después con fortificaciones sencillas. Por ejemplo, en Megiddo volvió a



Derecha: Estrado de barro cocido (restaurado) que se usó en un templo de Bethshan, hacia fines de la Edad del Bronce. Al parecer, representa una casa de tres plantas, con un hombre y una mujer en las ventanas superiores y una serpiente abajo. Se desconoce su significado dentro del culto.

crecer una ciudad con fortificaciones en saledizo o remetidas, en torno a los antiguos santuarios y al «lugar elevado». Más tarde, se alzaron murallas sobre los amplios taludes de tierra, cuyas pendientes se cubrían de mortero o sus bases se reforzaban con obras ciclópeas de mampostería, un testimonio de riqueza creciente y, al mismo tiempo, de rivalidades entre las ciudades. Se han excavado asentamientos populosos en puntos tan separados como los parajes de Ras Shamra y Tell Atshana en Siria, Jasor, Tanak y Megido, Siquem, Jericó y Guézer en Palestina. Las más importantes de todas, como Karkemish–, Qatna y Jasor, crecieron tanto en el siglo XVIII a. C. que grandes superficies, protegidas con taludes inmensos, tuvieron que agregarse a las ciudades originales, que entonces se convirtieron en la ciudad alta, donde se alzaban el palacio del soberano y sus edificios auxiliares. Sin embargo, en Négueb y Transjordania prevaleció la forma de vida nómada hasta el siglo XIII a. C.

Las excavaciones, siempre muy parciales en parajes tan amplios, no revelaron más que sectores mínimos de esas ciudades, aunque suficientes para definir el carácter general de sus murallas, puertas, templos edificios administrativos, casas residenciales o corrientes (un contraste muy marcado hacia fines del período) y tiendas y depósitos. La diferenciación arquitectónica es rara. Hasta ahora el único palacio atribuible a este período es el de la ciudad siria de Alalakh, donde el rey Yarimlin, vasallo de un gobernante local más poderoso, tenía un palacio elevado de tres terrazas, a principios del siglo XVIII a. C. Los cimientos eran de bloques de basalto y las paredes, de madera y ladrillos de barro. Las habitaciones del extremo norte se usaban con fines ceremoniales y otras, no tan bien construidas que se alzaban al otro lado de un patio por el lado sur, eran las dependencias domésticas, algunas de ellas con paredes revocadas y pintadas. Una cabeza de hombre muy bien esculpida, quizá la de un rey, proveniente de un santuario contiguo, es una de las raras piezas de escultura de piedra monumental hallada en esta región y fechada en el segundo milenio a. C. La sala en que estaba el archivo de palacio contenía una valiosa colección de tablillas de barro inscritas, en las que se revela algo de la historia política contemporánea y de la estructura social de la ciudad, con su

Abajo: Hacha de oro de excelente ejecución, procedente de Biblos y datada en el siglo XVIII a. C., cuando el intercambio comercial, sobre todo con Egipto, llevó grandes riquezas a la ciudad.

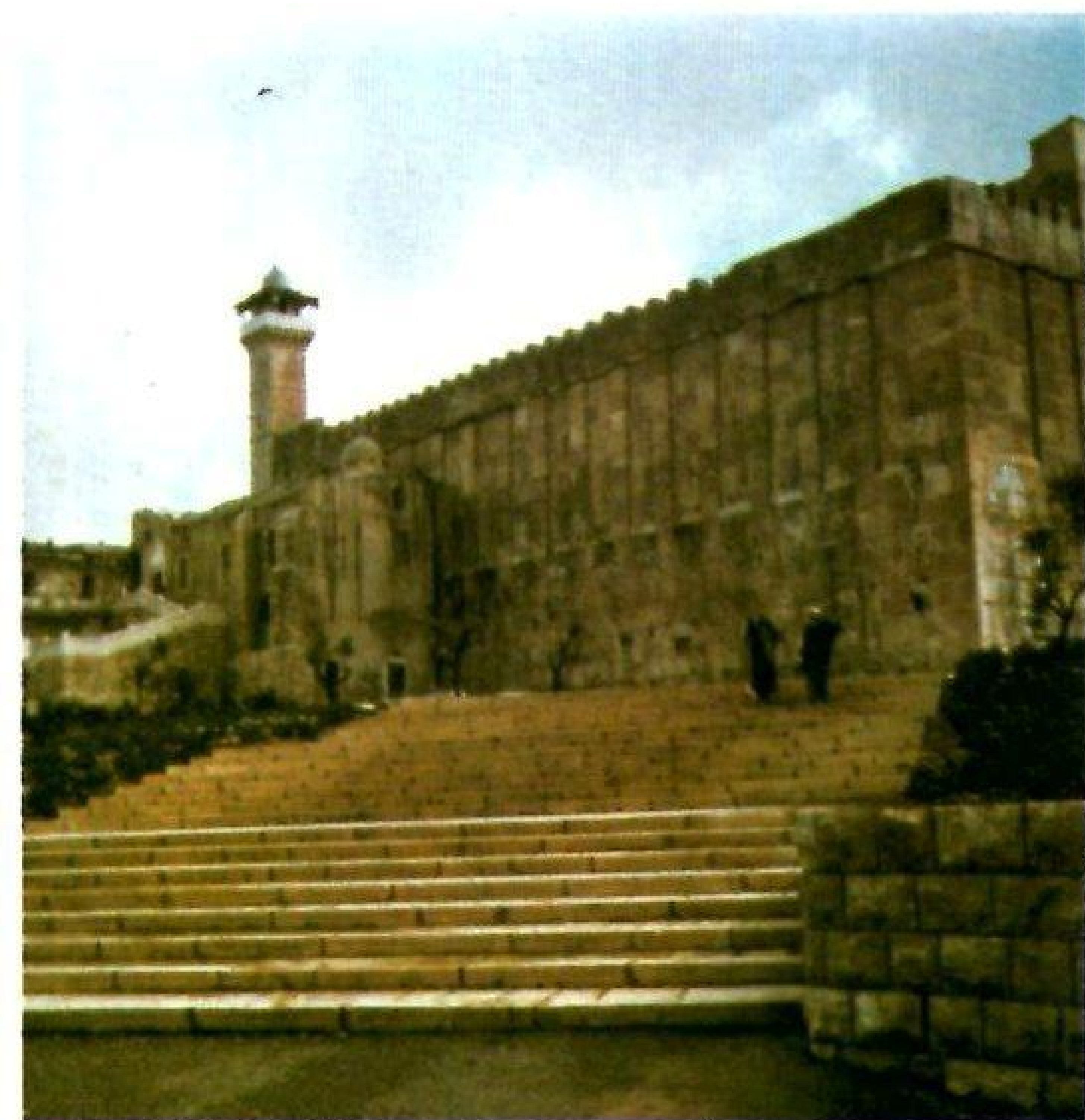


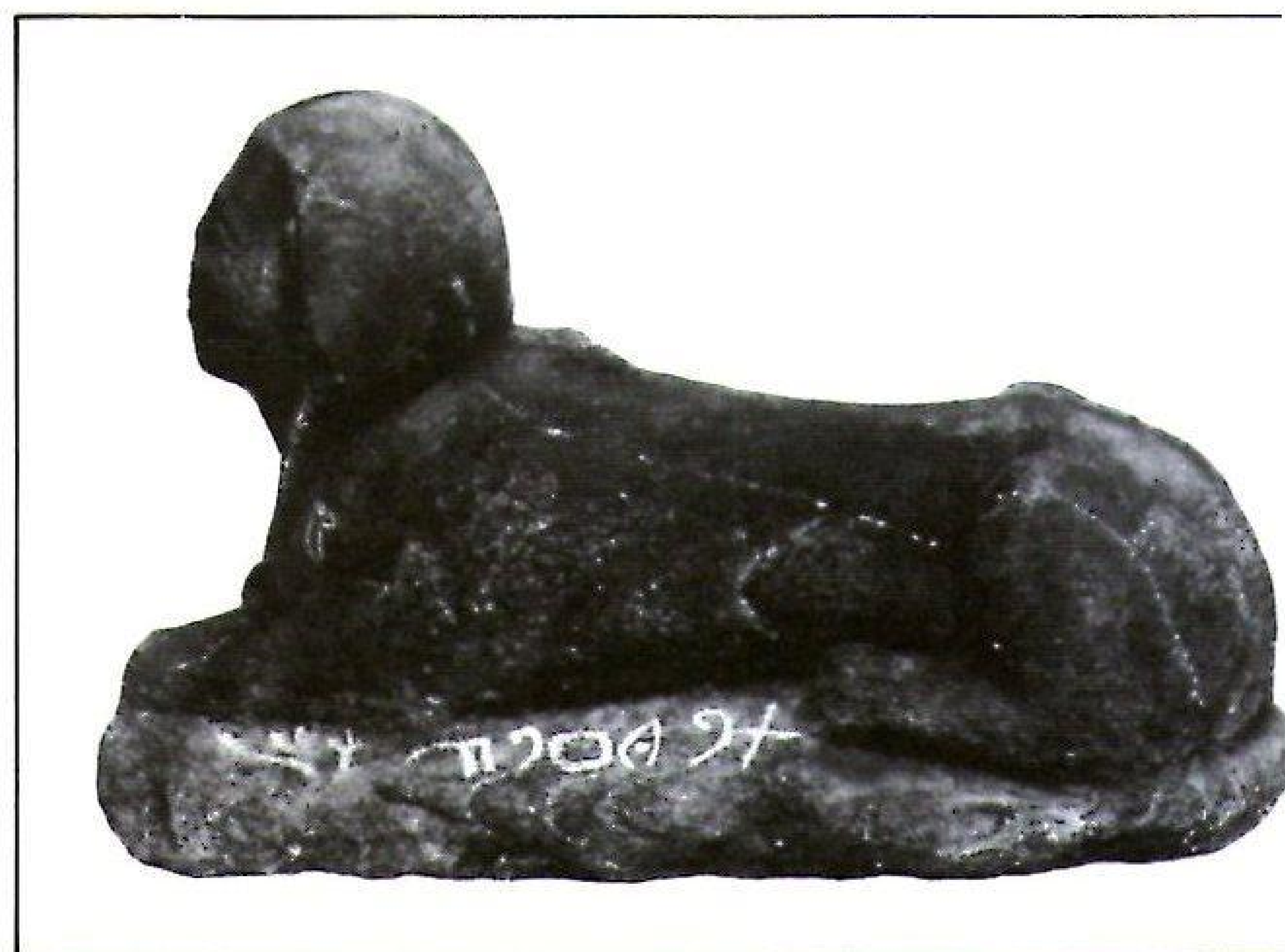
déspota, sus ciudadanos libres, los súbditos semilibres, que debían prestar servicios y pagar tributos en especie a palacio, y esclavos, por lo común prisioneros de guerra o morosos.

Palestina tiene mucho más que dar en materia de templos, aunque las formas evolucionaron y no hay gran certeza en cuanto a las divinidades que se adoraron en ellos. En Nahariyah, un santuario aislado a pocos metros del Mediterráneo quizá estuviera dedicado a Asherah del Mar. Su planta se modificó varias veces, en ampliaciones y otras mejoras. En un túmulo (*bamah*) de piedras apiladas, había restos de las libaciones vertidas y de los vasos de culto que se usaron, junto a hogares y huesos de animales sacrificados. Eran comunes las figuras de palomas de arcilla, pero no tan abundantes como las de mujeres, fundidas en el lugar en cobre o bronce y plata. Avanzado ya el período, hacia 1600 a. C., aparece una forma distintiva de templo «fortificado» que, en los yacimientos ya excavados –Siquem, Megiddo y Jasor–, sobreviviría durante más de 400 años con una forma modificada. El templo de Siquem, quizá dedicado a Baalberith, tuvo unas murallas sólidas, que cercaban un santuario rectangular con una doble fila de columnas. Unas torres, quizá para sostener altares sacrificiales, flanqueaban un estrecho porche de entrada. En un patio que se extendía delante del templo había un altar y dos piedras en posición vertical (*massebot*). Las murallas y torres macizas sugieren un edificio de más de una planta, cuya forma se puede adivinar por una serie de modelos de terracota, hallados en un templo posterior de Bethshan.

El hoy famoso «lugar alto» de Guézer también data de fines de la Edad del Bronce media. El primero en excavarlo fue Macalister, en 1902, y en 1968 se volvió a examinar el yacimiento. Constaba de una fila de diez monolitos –todos ellos plantados al mismo tiempo–, de una altura de casi 3 m, orientados de norte a sur en una amplia plaza; un enorme bloque de piedra y una pila o foso destinado a otro monolito se ven al oeste; rodeaba estas instalaciones un muro bajo, con una amplia superficie revocada en todo su perímetro. Se pensó que este sitio fue uno de los «lugares altos» cananeos, más tarde atacados por los profetas de Israel, con los bloques verticales que representaban a la diosa Asherah. Pero recientemente se explicó, por analogía con una ceremonia de Guilgal referida en *Josué*, 4, 1 y ss., que se trataba del lugar de celebración de una ceremonia por la que se renovaba el pacto que unía a diez ciudades-estado en una liga.

Las tumbas rupestres, amplias y bien equipadas, dan muestras de los utensilios caseros, peor conservados en los *tells*. La cerámica, en la que ya se usaba el torno con amplitud, mostraba gran inventiva en las formas y a menudo muy buen material, de superficie roja, marrón o color crema y de hermoso pulido. Un tipo de piezas de pintura distintiva tiene afinidades en zonas rurales sirias bastante alejadas. El cobre, ya presente en aleaciones con el estaño, que llegaba a las grandes ciudades como Jasor desde Mari, la ciudad del Éufrates, se usó en un número creciente de herramientas y armas bien elaboradas. En las artes menores era muy evidente la influencia egipcia, sobre todo en la fabricación de mobiliario de madera –bien conservado, en especial, en una serie de tumbas rupestres de Jericó–, de





Izquierda: mezquita de Hebrón, construida en el lugar en que, según la tradición, se enterró a Abraham.

Arriba: pequeña esfinge de arenisca, procedente de Serabit el-Kadim, Sinaí, con una antigua inscripción alfabética.



Gran montículo de piedra de la zona de un templo de la Edad del Bronce media en Megiddo. Se piensa que estas piedras fueron la base de un altar (*bamah*).

vasos de alabastro copiados en piedra local, vasijas y figurillas de faenza, amuletos, escarabajos y joyas de oro y piedras semipreciosas.

Sin duda, la contribución más significativa y perdurable de la Edad del Bronce media cananea a la civilización fue la invención de una escritura alfabética sencilla, que se debe a escribas desconocidos. En 1905, las excavaciones de Petrie en Serabit el-Kadim (Sinaí) revelaron varias inscripciones breves en una escritura pictográfica desconocida, hechas por los semitas que trabajaban para los egipcios en las minas locales de turquesa. Descifradas parcialmente por Gardiner en 1918, y más ampliamente por Albright en 1948, se demostró que provenían de la directa influencia de egipcios letrados, aunque los textos eran sobre todo súplicas a los dioses principales de los trabajadores semitas. Un número creciente de inscripciones relacionadas, todas ellas muy breves, demuestran que hacia 1600 a. C. esta grafía se usó esporádicamente en ciudades como Lakish y Siquem para escribir la lengua local. Por entonces se trataba de un alfabeto de 27 letras pictográficas cuya posición dependía de la dirección de la escritura que por entonces era aún flexible. Cada signo representaba una consonante más una vocal cualquiera: una abstracción y simplificación no alcanzada nunca antes y, en esencia, un sistema de escritura alfabético. En ese momento, por primera vez, al menos en teoría, la alfabetización estaba al alcance de mucha más gente. Pero durante siglos la correspondencia diplomática internacional se mantendría en acadio, el idioma de Mesopotamia, escrito en tablillas de barro en la escritura cuneiforme, infinitamente más complicada.

Para Egipto en esa época, Palestina valía como fuente de abastecimientos agrícolas, en especial ganado; los funcionarios egipcios, cuyas estatuillas, sellos e improntas de sellos se han recuperado en las excavaciones, estaban instalados en ciudades palestinas importantes, tal vez acompañados de destacamentos militares, para asegurar el flujo regular de ese comercio. Esas ciudades estaban sobre la carretera de la costa, como Megiddo, Guézer y Tell el-Ajjul; sobre la costa misma, como Biblos, Beirut y Ugarit, o en puntos importantes de Siria, como Qatna. Sólo en



Placa de marfil, datada en el siglo XIII; procede de un tesoro hallado en un palacio de Megiddo. A la izquierda, el príncipe regresa en su carro de guerra, con dos prisioneros encadenados y un soldado de infantería; a la derecha, se ve al príncipe en su trono, bebiendo, mientras su mujer le ofrece una flor de loto y una toalla; detrás una tañedora de lira. El arte egipcio es el modelo de esta escena que, no obstante, tiene un distintivo carácter cananeo.



Placa policroma de faenza; representa a un prisionero asiático, proviene de Medinet Habu, Egipto (h. 1200 a. C.).

pocos casos intervino el faraón con sus ejércitos. Sesostris III hizo una campaña en Siria y en la región de Siquem.

Las relaciones egipcias con las ciudades sirias en particular fueron, por lo común, más complejas. Los objetos más bonitos de origen sirio que de este período se conservan se incluyeron en un tesoro de vasijas de plata, sellos y amuletos en pechos de bronce que el faraón Amenemhat (o Amenemes) II regaló al templo de Monthu, en el-Tod, localidad egipcia situada al sur de Luxor. Esos bienes de lujo se intercambiaban por vasos de obsidiana, cofrecillos de marfil, ébano y oro, pectorales de oro y piedras preciosas, espejos y escarabajos, muchos con los nombres de los faraones Amenemes III y IV inscritos en ellos, objetos que se encontraron en las tumbas reales de Biblos, aunque puede que esta ciudad –de momento la de testimonios arqueológicos más ricos– haya sido un caso especial: se trataba del puerto por donde Egipto recibía los indispensables abastecimientos de madera de las montañas libanesas. Los jefes de la ciudad escribían sus nombres dentro de cartuchos, como los faraones, pero se describían como gobernadores, de un modo que sugiere el reconocimiento de cierta clase de subordinación con respecto al trono egipcio.

Patriarcas bíblicos. Los Patriarcas bíblicos deben situarse en la Edad del Bronce media. Según cuenta la Biblia, los Patriarcas y sus tribus llegaron pacíficamente del este en una época en que las ciudades renacían y estaba abierto el paso entre Palestina y Egipto. Esta situación debía ser la que revelaron los datos arqueológicos de los siglos XIX y XVIII a. C. De una manera difícil de reconstruir con cierta exactitud mediante los dispersos testimonios literarios y arqueológicos, se trataba de un grupo dentro de un gran número de tribus semitas seminómadas que controlaban las principales líneas de comunicación, incluidas las rutas del desierto, desde Mesopotamia hasta Siria y desde allí hasta Palestina y Egipto. Se debe señalar que el marco geográfico de los primeros once capítulos del *Génesis* es sobre todo mesopotámico, no palestino. La bestia de carga de esas tribus era el asno, porque el camello aún no se había domesticado en esas comarcas.

Con la aparición de Abraham, en el capítulo 12, un relato de claro contenido histórico identifica dos de los lugares asociados con los Patriarcas como Ur de los caldeos –muy probablemente la ciudad del sur de Irak (Mesopotamia) excavada por Sir Leonard Woolley– y la siria Harran Jarán); la arqueología confirma esos lazos. Aunque la inspiración teológica es diversa, hay mucho en común entre la tradición mitológica mesopotámica, con sus narraciones sobre reyes y héroes prediluvianos o acerca de una Edad de Oro y un Diluvio, y pasajes paralelos del *Génesis*. Las grandes torres mesopotámicas que remataban en templos de ladrillos de barro, llamadas zigurats, son lo único que pudo inspirar la Torre de Babel (es decir, Babilonia). Los nombres de los Patriarcas, fuesen o no figuras históricas reales, no sólo son muy antiguos sino que también aparecen en textos mesopotámicos de principios del segundo milenio a. C.

Las tablillas procedentes de la ciudad de Nuzi (Irak oriental), escritas en el siglo XV a. C. aunque reflejen una tradición mucho más antigua, explican gran parte de lo que en el Antiguo Testamento queda poco claro al hablar de las costumbres matrimoniales, la adopción, la herencia y la posesión de tierras en tiempos de los Patriarcas. Por ejemplo, demuestran lo que se propone Raquel cuando

roba las imágenes de los ídolos familiares y se sienta encima de ellas para que Labán no pueda encontrarlas (*Gén.*, 31): en Nuzi, cuando había dudas acerca de una herencia, la posesión de los bienes familiares se consideraba como una prueba del derecho de herencia.

La población de Nuzi era, en su mayoría, hablante de hurrita, lengua de uno de los grupos más ampliamente difundidos en el antiguo Próximo Oriente. Este pueblo, cuyo origen está en la comarca del Lago Van, en Turquía, había entrado en Irak septentrional en el tercer milenio a. C. y a lo largo del segundo se estableció con distinta densidad en Turquía, Siria y Palestina central. Su presencia se revela en elementos de su idioma tan peculiar, con afinidades caucásicas, y en los nombre personales de los archivos de tablillas con escritura cuneiforme, hallados en sitios como las localidades sirias de Mari y Alalakh. Su máximo logro político fue el establecimiento del reinado de la aristocracia indoeuropea mitania, a mediados del segundo milenio a. C., en las inmediaciones de Harran, en Siria oriental. Sus victorias militares de esta época se debían al gran dominio de los carros ligeros tirados por caballos, que se habían vuelto cada vez más comunes en el Próximo Oriente después de 1800 a. C., y por el uso del arco compuesto o mixto, un arma muy poderosa, hábilmente hecha de fajas de asta y de distintas maderas; el gran poder de penetración de las flechas disparadas con esos arcos estimuló el desarrollo de las armaduras escamadas de bronce para hombres y caballos. Hasta el presente, no se reconoce con certeza la presencia de los hurritas en Palestina antes de hacia 1500 a. C., aunque para entonces hacía ya tiempo que se habían establecido en Siria. Desde entonces, su presencia es conocida por los archivos diplomáticos egipcios y algunas tablillas cuneiformes de las propias ciudades palestinas. En el Antiguo Testamento, términos como «horrita» y «jivita», y posiblemente incluso «jebuseo», se refieren a los hurritas.

Durante el siglo XVII a. C., cuando el gobierno central egipcio estaba debilitado, los asiáticos que se infiltraban en el delta desde Palestina instauraron poco a poco una supremacía política, que ejerció su autoridad en gran parte del país. En puntos del delta como Inchas y Tell el-Dabaa, se encontraron enterramientos con típicos bienes fúnebres palestinos. Para los egipcios, los jefes de esos pueblos fueron conocidos como los *Hikau-Khoswet*, los Príncipes de los Países Extranjeros, modernamente: hicsos. De un modo que aún no está del todo definido, los hicsos tomaban su poder de las por entonces prósperas ciudades-estado palestinas, pero no debe usarse su nombre –como se hizo en tiempos– para aludir a un grupo étnico o cultural. Muchas costumbres y utensilios que recibieron la calificación de «hicsos» hoy se consideran producto de la mucho



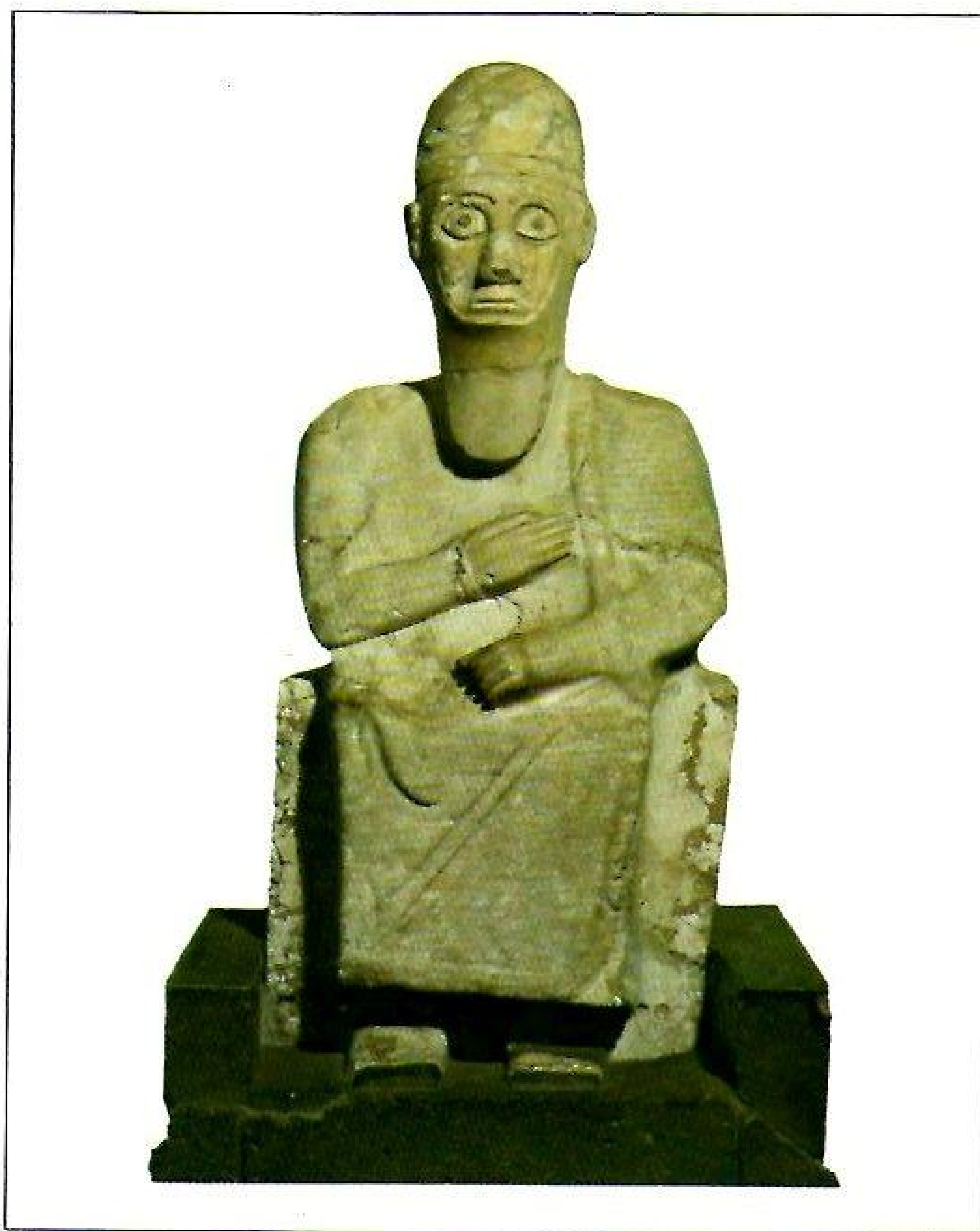
Joyas de oro, hechas h. 1500 a. C. y procedentes de Tell el-Ajjul, donde se encontraron en tumbas y guardadas en vasos. El colgante central muestra el rostro de una diosa de la fertilidad, tal vez Astarté.

más amplia civilización cananea; por ejemplo, las fortificaciones con glacis (rampas en las que los invasores quedaban expuestos al rechazo de los sitiados), el enterramiento o sacrificio fúnebre de animales del tipo del caballo, tipos específicos de escarabajos y la producción de piezas de cerámica oscura con diseño de puntos incisos, conocidas con el nombre de «Tell el-Yahudiya», en general redomas pequeñas para ungüentos y perfumes.

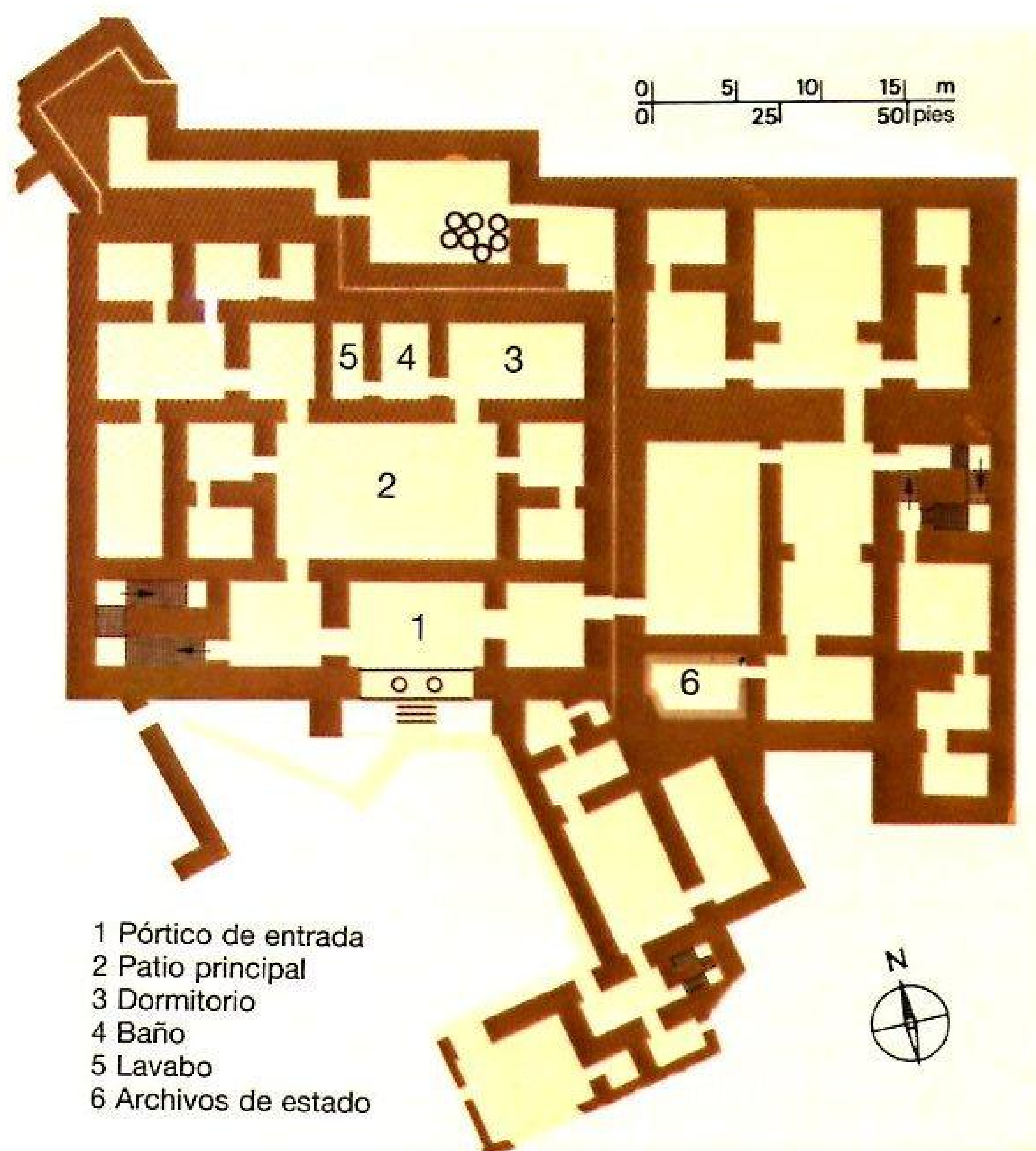
Durante su dominio de Egipto, los hicsos se asentaron en el delta y es probable que los elementos históricos del relato bíblico de José se refieran a este período. En la segunda mitad del siglo XVII a. C., los gobernantes locales egipcios de Tebas, la lejana ciudad del sur, lentamente organizaron un ejército independiente y se prepararon para expulsar a sus dominadores asiáticos, cosa que constituyó un largo proceso. Iniciada por Kamosis, la guerra llegó a un triunfo final bajo el mando de Ahmosis, fundador de la dinastía XVIII. El único registro que se conserva de esta lucha crucial es la inscripción de un oficial naval, en la que aparece el nombre del faraón, sobre las paredes de su tumba, en el-Kab. Wilson tradujo una parte de ella:

«Entonces fui asignado al barco "Aparecido en Menfis". Después hubo lucha en las aguas del canal Pa-Djedku de Avaris [la capital de los hicsos]... después hubo pillaje en Avaris... de inmediato Sharuhen fue sitiada durante tres años. Después, su majestad la saqueó.»

Se ha identificado Sharuhen con Tell el-Farah (sur), sitio excavado por Petrie entre 1928 y 1930. No se sabe si las fuerzas egipcias persiguieron a los hicsos hasta Palesti-



Estatua sedente, en piedra blanca, de Idrimi de Alalakh, con su autobiografía inscrita. *Abajo*: planta del palacio de Idrimi.

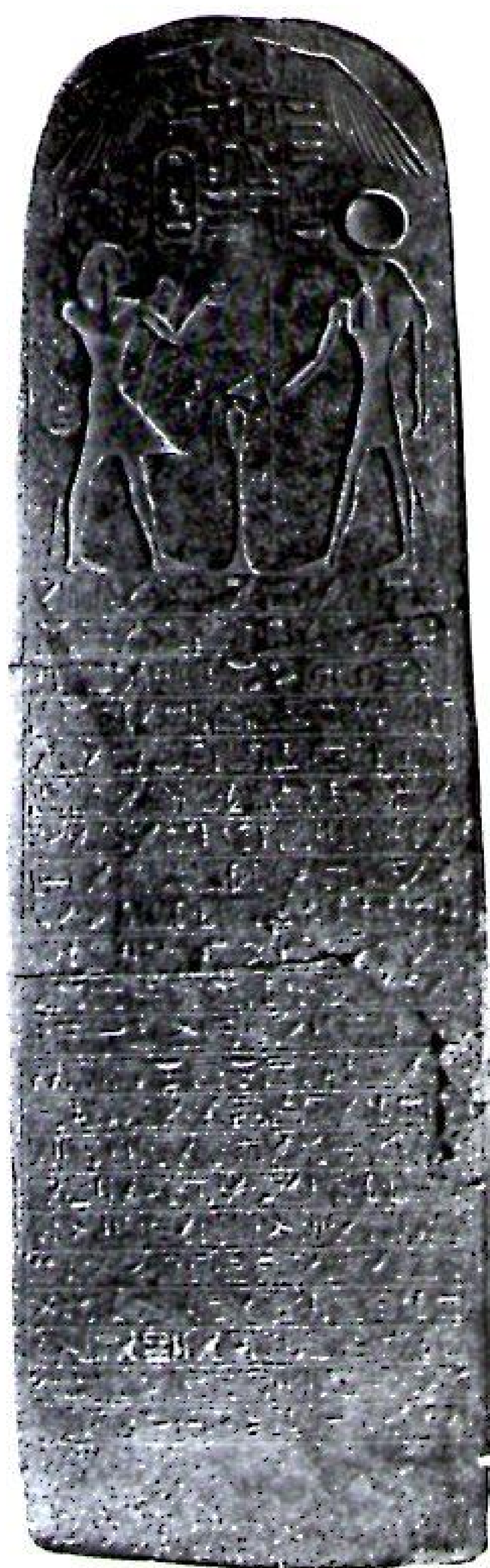


na desde Sharuhen, ya que la aparición de fortificaciones ciclópeas en puntos de la región montañosa y los niveles de destrucción en lugares como Jericó y Siquem, fechados hacia esta época, podrían ser resultado de rivalidades internas y no sólo de amenazas exteriores.

La expulsión de los hicsos de Egipto, que se fecha en términos amplios hacia 1550 a. C., marca para los arqueólogos el principio de la Edad del Bronce tardía que, se supone, duró más de tres siglos en Palestina, hasta las invasiones de los «Pueblos del mar» y de los israelitas. En un comienzo, se mantuvieron las tradiciones arquitectónicas y artesanales. El rasgo nuevo más llamativo del registro arqueológico es el testimonio de la cerámica, por el que se advierte la intervención cada vez mayor de Palestina en el comercio del Mediterráneo oriental, un preludio pacífico de su posterior compromiso en la política y la guerra internacionales. La cerámica chipriota es más abundante en los yacimientos palestinos; un tipo de piezas nuevas y distintas, decoradas con pintura negra y roja, con diseños de peces, aves y, menos frecuente, de vacas y cabras, en marcos geométricos, se halló no sólo en Chipre, donde puede que se haya fabricado, sino también en toda Palestina y en Siria, Egipto y hasta en Sudán. Hay que atribuir esta amplia distribución al encanto intrínseco de estas vasijas y al valor de lo que se transportara en ellas, un misterio sin solución para los estudiosos de la cerámica antigua. Al período 1550-1480 a. C. aproximadamente, pertenecen algunos conjuntos de joyas de oro de belleza poco común, ocultos en tesoros de Tell el-Ajjul. Entre otras, unos pendientes que muestran la cara y los genitales de una mujer y estrellas de ocho puntas, por lo común asociadas con el culto de la diosa Astarté.

Política internacional de las potencias. La historia política del período que se extiende desde 1480 a 1220 a. C., poco más o menos, se puede seguir muy bien a través de los testimonios arqueológicos de fines de la civilización cananea. Por primera vez Siria y Palestina estaban directamente comprometidas en las crecientes rivalidades políticas de las grandes potencias vecinas: los egipcios, decididos a evitar otro dominio extranjero; los mitanios, al otro lado del Éufrates en Mesopotamia septentrional y los hititas de Turquía. De paso, digamos que la palabra «hitita» se usa en la Biblia para nombrar a Siria o a los déspotas sirios, o para describir a un pueblo local con nombres semitas, que no tiene relación con los hititas turcos históricos. Gracias a los registros escritos egipcios, complementados con otras fuentes esporádicas, en especial los archivos reales hititas, hoy es mayor la posibilidad de hablar de acontecimientos históricos relacionados con lugares y personajes conocidos.

La intervención egipcia en Palestina y Siria, al cabo de



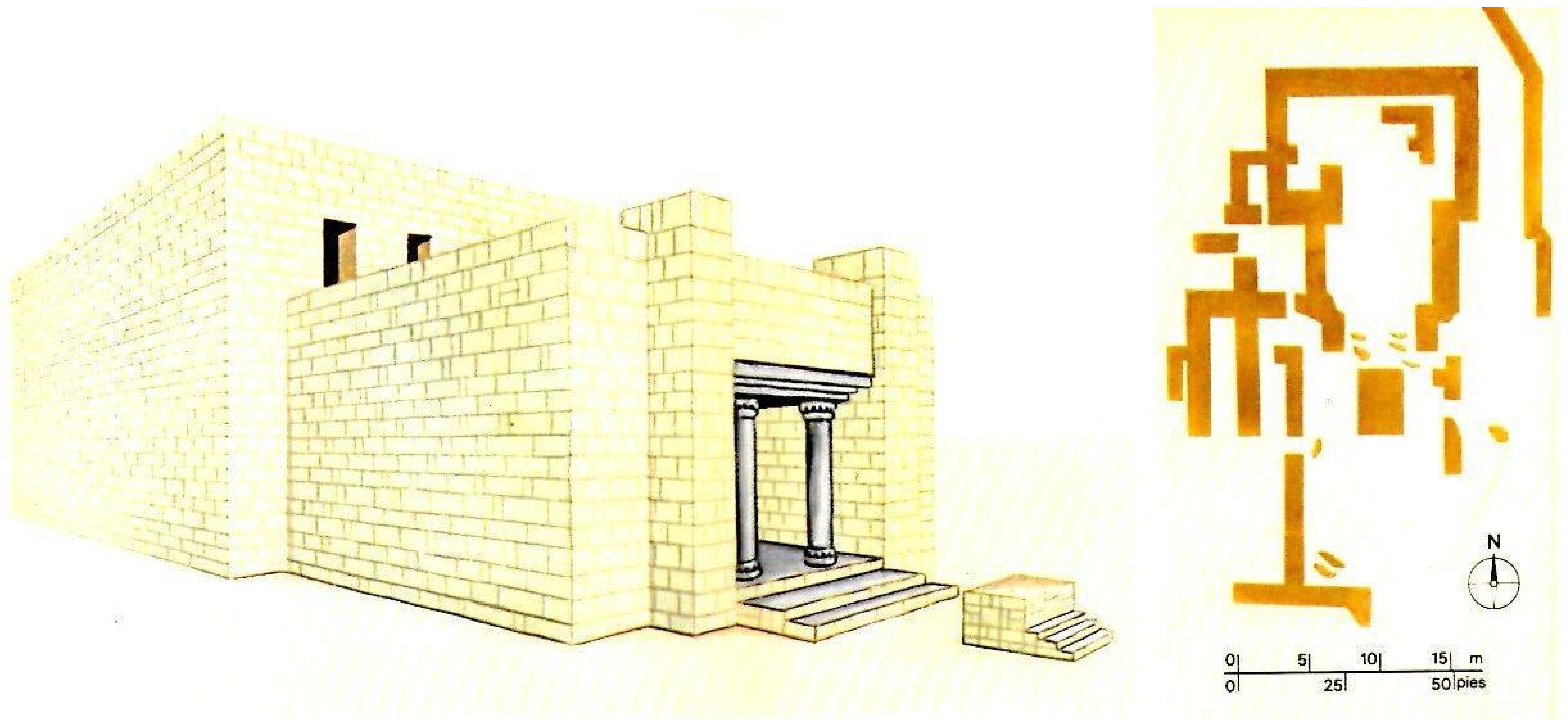


Izquierda: Estela de piedra del faraón egipcio Seti I (h. 1305-1290 a. C.); celebra sus triunfos en Palestina y Siria y está erigida en Bethshan, ciudad fundamental para el control egipcio de la ruta terrestre oeste-este del norte de Canaán y en la que, durante mucho tiempo, hubo una guarnición egipcia.

Derecha: Vasija de cerámica pintada que data del siglo XV a. C. y procede de Tell Atshana (antigua Alalakh), Siria. El estilo distintivo de los diseños geométricos y de pájaros pintados en este tipo de pieza se asoció con los mitanios, dominadores de gran parte de Siria en esta época.

poco más o menos un siglo después de la expulsión de los hicsos, fue eventual y de pocas consecuencias. Cambiaron las circunstancias cuando apareció un faraón cuyo genio militar era tan grande como su energía. Hacia 1468 a. C., meses después de haberse independizado de su temible tía, madrastra y suegra, la reina Hatshepsut, Tutmosis III marchó contra una confederación rival de reyezuelos sirios, organizada bajo el mando del príncipe de Cadés (Qadesh) y apoyada por Mitanni. El faraón se enfrentó a sus enemigos y los derrotó en Megiddo; los testimonios arqueológicos señalan que esta ciudad, tras su destrucción, quedó deshabitada durante la mayor parte del siglo XV a. C. Sobre los pilonos del Templo de Amón en Karnak (Egipto), Tutmosis inscribió los 119 distritos que recorría la vital ruta de Egipto a Siria y que habían reconocido su tutela; pocos años más tarde, añadiría los nombres de 270 ciudades capturadas en Siria septentrional. En su octava campaña, hacia 1457 a. C., por fin llegó al reino de Mitanni, cuyo rey huyó ante el faraón. Los gobernantes de los hititas, de Asiria y de Babilonia le enviaron ricos regalos propiciatorios y prendas. Pero como sus sucesores descubrirían con rapidez, tamaño imperio exigía un gobernador incansable para mantenerse unificado. Amenofis II comandó un buen número de campañas para contrarrestar las intrigas mitanias; Tutmosis IV sostuvo su herencia por la fuerza de las armas y, al fin, por un matrimonio con una princesa mitania. A su muerte, la fase heroica de la intervención egipcia en Asia occidental había terminado, de momento. Los posteriores soberanos de la dinastía XVIII se acogieron sobre todo a la diplomacia y a los lazos matrimoniales; poco a poco, se desintegró su poder en Siria y en Palestina.

En 1887, una serie única de tablillas de barro de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores egipcio fechadas en el siglo XIV a. C. se encontraron por azar en Tell el-Amarna, localidad del centro de Egipto, capital del faraón «hereje» Akhenatón (Amenofis IV). Estas tablillas y otras descubiertas más tarde revelan mucho sobre el estado de Palestina y Siria meridional en esos tiempos y la naturaleza del dominio egipcio en la región; aunque datan de una época en que el control egipcio decaía, están lo bastante cercanas a la época de Tutmosis III como para dar cierta idea del sistema que él tenía pensado. Ese archivo, tal como se conserva, contiene unas 150 cartas importantes dirigidas a Palestina escritas con caracteres cuneiformes en acadio internacional, muy salpicado de giros gramaticales y vocabulario cananeo local, por escribas cananeos y algún que otro escriba egipcio. Estas cartas se complementan con algunos textos palestinos, escasos, y también con el testi-



Uno de los dos templos principales de la ciudad de Ras Shamra (Ugarit), situados uno junto a otro en la parte superior del montículo. Este estaba dedicado a Baal y el otro, a Dagon. Son típicos templos cananeos por su diseño y anticipan el Templo de Salomón (Jerusalén).

monio vivaz de relieves e inscripciones de tumbas de funcionarios egipcios, que sirvieron en Asia o debían recibir a los legados y tributos extranjeros.

Palestina estaba dividida en una red de ciudades-estado de variable magnitud, cada una con su propio soberano, que juraba ser aliado del faraón y se había reconocido formalmente como vasallo; reyes entre los suyos, esos gobernantes recibían del faraón el título de «hombre de X»; Abdu-Heba, príncipe de Jerusalén, por ejemplo, escribe (traducción de Albright):

«En cuanto a mí (no fueron) mi padre ni mi madre (quienes) me pusieron en este lugar; el brazo del rey poderoso me puso en casa de mi padre. No veo por qué habría de desobedecer al rey, mi señor.» Estos vasallos disfrutaban de una libertad considerable, mientras cumplieran la obligación de enviar tropas cuando se necesitaran para las campañas egipcias en Siria, a fin de defender ciudades importantes sobre las rutas vitales hacia Egipto, y de recoger y entregar los tributos e imposiciones anuales. Si se consideraba que era necesaria alguna prenda de buena voluntad, los hijos de un vasallo se llevaban como rehenes a la corte del faraón, donde recibían educación; si se trataba de las hijas, pasaban a integrar el harén del soberano. En tiempos de las «Cartas de Amarna», había tres provincias administrativas: dos en Siria y una en Palestina, con su capital en Gaza.

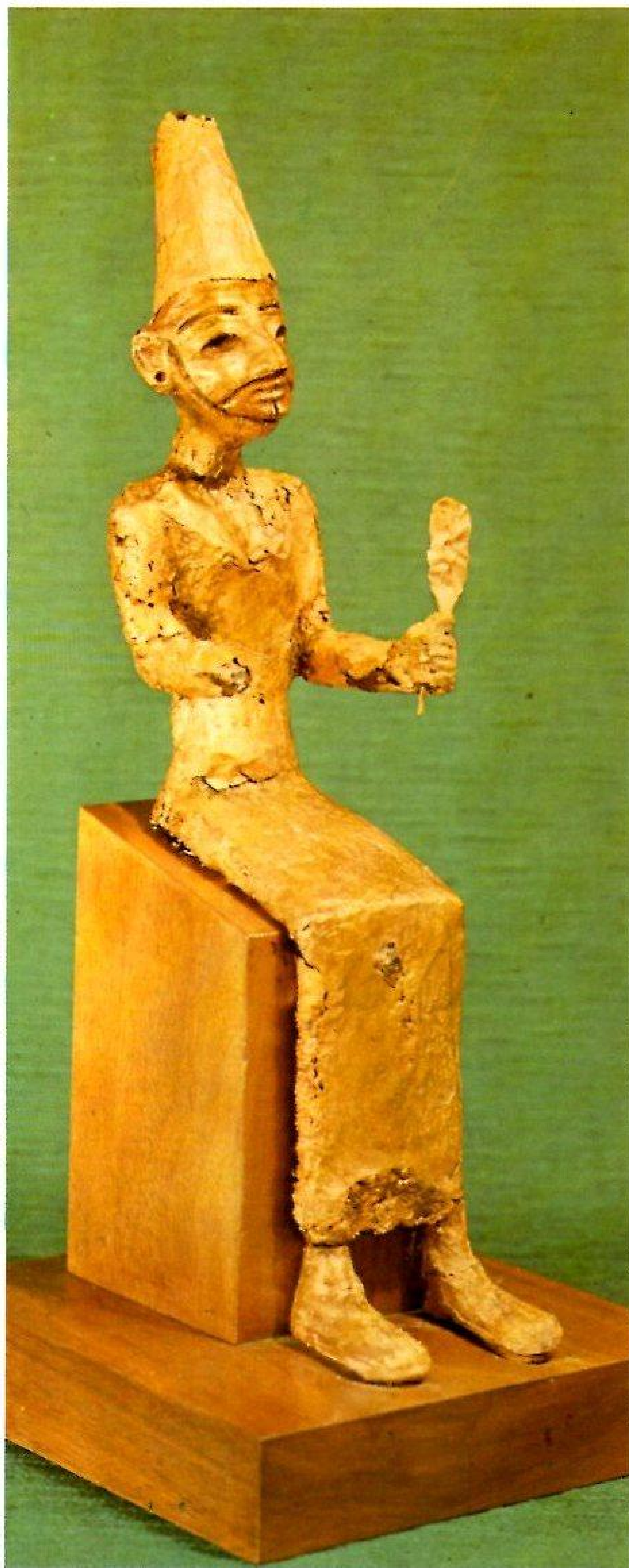
Como también sucedió en las administraciones imperiales posteriores, el faraón tenían comisionados, por lo común egipcios pero a veces, a juzgar por sus nombres, nativos que respondían directamente ante él. Estos hombres regulaban el trato diario entre el faraón y sus vasallos o juzgaban en los casos de conflictos entre los súbditos. Templos y fincas palestinos algunas veces también pasaban a manos de la corona o de los templos egipcios importantes. En resumen, el objetivo primordial de Egipto era mantener a sus vasallos apartados de la rebeldía, a la vez que les quitaba el máximo de provecho, sobre todo en especie. La disposición específica de las guarniciones egipcias no se conoce, pero Megiddo era una de las bases iniciales, después lo fue Bethshan, ambas situadas en la llanura de vital importancia estratégica de Esdrelón. En ambos sitios, las excavaciones dieron muchas pruebas de la presencia egipcia. Las guarniciones eran relativamente pequeñas y dependían de los carros y de los arqueros para la velocidad y la fuerza de choque. El sistema, quizá con excepción de las líneas básicas de comunicación, no era demasiado flexible en conjunto. Las fuertes rivalidades y maquinaciones de los vasallos, sobre todo si advertían debilidad o desinterés en un faraón, podían destruir sin dificultades la autoridad egipcia en Palestina, tal como lo habían hecho las intrigas hititas en Siria, a principios del siglo XIV.

Se puede seleccionar una sola carta para ilustrar la situación. A fines del reinado de Amenofis III, el déspota de Siquem, Labayu, enemistado con el reyezuelo de Guézer, más leal y fiel a Egipto, protesta de su inocencia ante el faraón. Según la traducción de Albright:

«He oído las palabras que el rey me ha escrito y, ¿quién soy yo para el que rey pierda su tierra por mí? Atención, soy un fiel servidor del soberano, no me he rebelado ni he pecado, no retengo mi tributo ni rechazo las peticiones de mi comisionado. ¡Ellos me calumnian perversamente pero, mi señor, que el rey no me acuse de rebelión! Además mi crimen ha sido entrar en Guézer y decir en público: "¿El



Tapa de una caja de marfil, con una escena de estilo griego micénico; proviene de Minet el-Beida, el puerto de Ugarit; siglo XIII a. C.



Estatuilla de bronce del siglo XIII; representa una figura sedente, cubierta con una lámina de oro, y proviene de Megiddo. En general, se piensa que este tipo de figuras representa a dioses cananeos, quizá en este caso Baal o El, depositadas como ofrendas votivas en santuarios públicos y privados para pedir el favor del dios. Aunque se conserva un número considerable de estas piezas, sólo deben ser una pequeña parte de la producción total. Las figuras mismas nunca tienen inscripciones, si bien a veces las presentan sus bases.

rey tomará mi propiedad y no la de Milkilu [príncipe de Guézer]?" Conozco las maldades de Milkilu contra mí. También escribe el rey sobre mi hijo. No sabía yo que mi hijo tuviera tratos con los *Apiru* y, por cierto, lo he dejado en manos de Addaya...»

La carta también sirve para centrar nuestra atención en los *Apiru*, cuya relación exacta con los hebreos de la Biblia es tema de una discusión encendida. Los *Habiru/Hapiru* están mencionados en todos los archivos importantes de tablillas cuneiformes de todo el Próximo Oriente a lo largo del segundo milenio a. C. El asunto se complica mucho porque en algunos casos los *hapiru* parecen ser una clases social; en otros, un grupo étnico. Cada vez que aparecen, en general son extranjeros. Pueden trabajar como sirvientes domésticos, mercenarios o ser merodeadores y raras veces están asentados formando una comunidad. En el Antiguo Testamento, en primer término, los extranjeros usan la voz «hebreo» o se la aplican los hebreos cuando hablan de sí mismos a los extranjeros. Lo más probable es que los hebreos bíblicos fueran parte del pueblo conocido en todas partes como *hapiru*, no necesariamente idéntico a cualquier grupo específico de los encontrados hasta ahora en otros textos del Próximo Oriente.

Algo se puede espigar acerca de la vida urbana en una ciudad-estado siria del norte, en nuestro caso gobernada por los mitanios en el siglo XV a. C., gracias a los hallazgos hechos dentro y alrededor de un palacio excavado en el nivel IV de Tell Atshana (antigua Alalakh), en la llanura de Amuk. Una rústica estatua de piedra blanca, conservada en un templo hasta la destrucción final de la ciudad, ocurrida hacia 1200 a. C., y después enterrada piadosamente, representa al rey Idrimi, vasallo del rey mitanio Parattarna, sentado en su trono. Su carrera temeraria está relatada en una inscripción incisa en toda la figura. Redactada en primera persona, aunque escrita por un escriba cuyo nombre se explicita, narra que la familia real se vio obligada a exilarse por una rebelión popular; que Idrimi fue a Canaán, donde vivió entre los *hapiru* seminómadas; que después, poco a poco, volvió a imponer su autoridad en Alalakh, con ayuda de los mitanios, recuperó el trono, lo ocupó durante treinta años y construyó un palacio; casi con seguridad, es el llamado «Palacio de Niqmepa», desenterrado por las excavaciones de Woolley. Cuando ese edificio quedó destruido, quizá a manos de los hititas, se hizo algún intento de salvar los archivos de tablillas cuneiformes, parte de las cuales se encontraron esparcidas en el patio exterior y en las habitaciones que llevaban a ese patio desde el pequeño cuarto interior del archivo. Algunos de esos documentos revelan detalles de las leyes y usos internacionales que se aplicaron en el trato entre los diversos estados loca-



Placa de oro del siglo XIV, con un borde exterior saliente; proviene de Ras Shamra (Ugarit) y tiene una decoración repujada que representa una escena de caza con carro.

les bajo el dominio de Mitanni; otros versan sobre la ley de la comunidad, sobre el comercio y la agricultura, pero ninguno habla de la vida religiosa de la ciudad.

El enérgico control militar egipcio de Palestina revivió bajo el poder de los soberanos de la dinastía XIX. Las campañas de Seti I, en este período, están muy bien documentadas por los relieves de la cara exterior norte de la pared de la gran Sala Hipóstila de Karnak, en Egipto mismo, y por estelas conmemorativas emplazadas en Palestina. Las inscripciones de Karnak demuestran que sus objetivos principales fueron los beduinos de Sinaí y de Palestina meridional, los pueblos de la región montañosa de Palestina central y Siria meridional y los hititas asentados en el centro y el norte de Siria. Dos estelas colocadas en Bethshan dan detalles de una campaña en el valle del Jordán contra los *hapiru*; sobre la costa, se tomaron las ciudades de Acre y Tiro y en esta última se colocó al menos otra estela. Después el faraón se internó en Siria, pero jamás forzó un enfrentamiento con los hititas, cosa que habría de hacer su hijo Ramsés II, en su quinta campaña: el soberano egipcio entró en combate con el rey hitita en la ciudad siria de Cadés, en una batalla que es una de las mejor conocidas de la antigüedad, gracias al informe detallado del faraón; en realidad, se diría que fue una victoria pírrica para él. La frontera que separaba los ámbitos de influencia hitita y egipcia en Siria quedó donde había estado un siglo antes. Allí se mantendría hasta que unas presiones totalmente inesperadas destrozaron las aspiraciones de ambas potencias durante el curso del siglo siguiente.

Ugarit, ciudad siria de la Edad del Bronce. Hay un yacimiento arqueológico que, por encima de todos, ofrece el microcosmo de la civilización urbana desarrollada en la Edad del Bronce tardía. Ras Shamra, la antigua Ugarit, está a unos 11 km al norte de Latakia, en Siria. Una superficie considerable del montículo de la ciudad se exploró y se hicieron algunos trabajos en las ruinas de un puerto cercano a Minet el-Beidha, sobre el Mediterráneo. En casas privadas y en edificios públicos se hallaron muchas tablillas de barro inscritas, cuyos textos se relacionan con la estructura social de la ciudad, sus relaciones exteriores, comercio, sistema legal y administrativo y, sobre todo, con su vida religiosa. Muchos de esos textos estaban escritos en una lengua hasta ese momento desconocida y con una escritura cuneiforme alfabética; como se trataba de una cantidad de signos limitada y la división de palabras estaba marcada con un signo especial, el desciframiento inicial fue rápido. De los 30 signos usados, 27 eran del tipo semítico habitual que representa una consonante más cualquier vocal, en tanto que los tres restantes representaban los fonemas *'a, 'i, 'u*, algo excepcional en un sistema semita. Esta escritura básicamente alfabética casi con seguridad fue inventada, en principio, por un solo escriba, que usó la grafía cuneiforme mesopotámica como medio para escribir su propia lengua local, el «ugarítico», un idioma emparentado con el fenicio y el hebreo, y también para escribir el hurrita. La correspondencia diplomática, como siempre, aparece escrita en acadio internacional y con la grafía cuneiforme convencional.

En los siglos XIV y XIII a. C., la ciudad estaba dominada por un inmenso palacio que cubría poco más de una hectárea. El edificio original, muy semejante al palacio de Alalakh, se extendió gradualmente en torno a una serie de patios, para atender las necesidades de una administración cada vez más amplia y poderosa. Se han registrado muchas de sus habitaciones, algunas de ellas con sus buhardillas, ocho escaleras de entrada con pórticos y un amplio jardín amurallado, con arriates y un pabellón. Todos los aspectos de la monarquía, tanto públicos como privados, se desarrollaban en ese edificio, que contaban con salas de recepción ceremonial, cámaras de reuniones del consejo, apartamentos privados y santuarios para un monarca que era el juez supremo, administrador, general en jefe y sumo sacerdote; sus archivos se atendían con gran cuidado; el departamento de asuntos fiscales de las comarcas provinciales ocupaba las dependencias contiguas a la entrada principal del lado oeste, en tanto que la correspondencia sobre los tributos de los distintos estamentos de la ciudad

y del palacio iba a los archivos orientales, junto a la entrada que daba a la ciudad. Un archivo central se ocupaba de los asuntos legales en los que el rey estaba directamente interesado, como el traspaso de propiedades, los presentes reales y las investiduras feudales. El archivo del sur era el del ministerio de Asuntos Exteriores, que se ocupaba de los tratos con el dominador hitita de la ciudad, con el virrey de Karkemish, ciudad situada al este, sobre el Éufrates, y con gobernadores locales menores de Siria. El comercio se dirigía desde un edificio palaciego menor, situado al sur. El cuerpo principal de palacio también tenía, además de las habituales dependencias domésticas para la gran cantidad de servidores necesaria, talleres de fabricación y reparación de muebles y enseres varios, sobre todo los ornamentados con tallas de marfil. También había una cámara fúnebre real, subterránea, con tres hermosas bóvedas, construidas con el sistema de aproximación de hiladas.

Junto al palacio, por los lados sur y este, se alzaban las confortables villas de los aristócratas y de los funcionarios civiles mayores, que imitaban el estilo de la residencia del soberano. Todas tenían detalles arquitectónicos y desagües muy elaborados, bóvedas funerarias equipadas con riqueza y, en algunos casos, incluso bibliotecas y archivos privados. Las casas de las clases humildes se apiñaban en callejas estrechas al norte y al noroeste. Algo apartado, en torno a una plaza, sobre el lado sur, se alzaba el barrio de los artesanos. A un lado, un amplio edificio albergaba una biblioteca de textos babilonios de astrología y literatura. Toda la ciudad estaba defendida por una muralla maciza, dotada de una puerta secundaria de tipo claramente hitita. Junto al mar, en el puerto, los mercaderes más ricos tenían casas muy bien amuebladas, con bóvedas funerarias además de depósitos y despachos.

La riqueza e influencia de Ugarit, construida sobre una amplia faja costera fértil, derivaba de su posición en un vital punto de unión de rutas marítimas y terrestres que conectaban el mundo egeo y los territorios orientales. Los barcos podían navegar con facilidad hasta Chipre, Turquía y Creta y, hacia el sur, hasta Palestina y Egipto. Por tierra, las caravanas transportaban hacia el oeste las mercancías orientales. Los productos agrícolas como cereales, aceite de oliva, vino y madera, junto a piezas de metal o marfil hechas en Ugarit y telas también fabricadas en la ciudad, a menudo teñidas de púrpura, formaban la médula del comercio de exportación. El rey mismo se ocupaba del comercio y tenía sus propias caravanas. Se aplicaban tributos pagaderos en plata sobre los bienes raíces y sobre las mercancías en tránsito. La población de la ciudad y del puerto era tan



Ataúd (restaurado) del siglo XII, hecho en barro cocido; proviene de Bethshan y es del estilo egipcio que se asocia con los «Pueblos del mar».

cosmopolita como su comercio y su diplomacia. De muy buenas fuentes, tenemos tablillas que revelan la presencia de una minoría importante que hablaba hurrita, de chipriotas, hititas y egipcios, de hombres de Tiro y de Biblos, de Mesopotamia y de Palestina. Se ha deducido la presencia de residentes micenos (griegos) y mercaderes cretenses por el hallazgo de ricas colecciones de la cerámica distintiva de esas comarcas. Las tablillas con glosarios están confeccionadas en hurrita, sumerio y acadio, aparte de ugarítico.

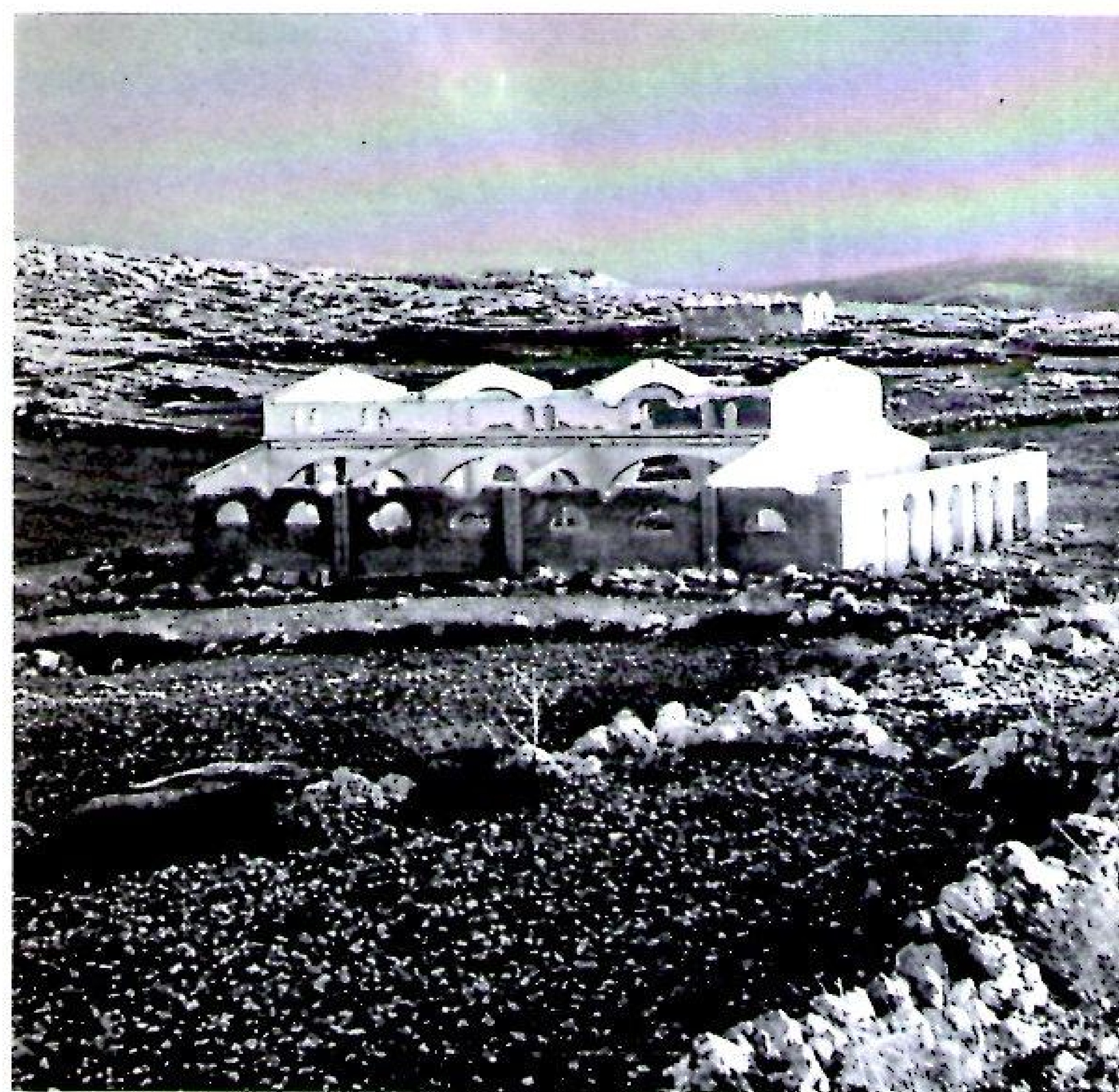
Los lazos sociales eran sobre todo feudales en la población local. El rey otorgaba la tierra y ciertos privilegios a cambio de servicios, que estaban relacionados con la tierra y no con las personas que la explotaran. La antiquísima aristocracia militar de los hurritas había terminado en una clase nobiliaria. El grupo más numeroso era el de los labriegos que trabajaban sus propias tierras o las de los aristócratas, en calidad de hombres libres pero con ciertas obligaciones hacia la corona y sujetos a diversos tributos en especie. Entre ellos se reclutaban las tropas, complementadas con mercenarios auxiliares. En el vértice de la pirámide social estaban el rey y los notables del consejo.

Desde fines del siglo XVI, Ugarit, como otras ciudades costeras palestinas, estuvo bajo la influencia de Egipto. La ciudad aparece mencionada en las «cartas de Amarna», pero durante el reinado de Akhenatón sufrió un desastre importante –para el excavador pudo ser un seísmo– que destruyó parte del palacio y de la ciudad. Poco después Ugarit cayó en la órbita de los hititas, aunque no hay motivos para pensar que se rompieran las relaciones comerciales con Egipto; en realidad, esos contactos hicieron bastante para estabilizar las relaciones entre las grandes potencias. Los textos políticos de Ugarit dan mucha información sobre el gobierno hitita de Siria. Esta relación inicialmente política, en general justa y equilibrada, tendría efectos culturales duraderos sobre Siria, donde los elementos de la civilización hitita, conocida como «neohitita», sobrevivieron hasta bien transcurrido el primer milenio a. C., después de la caída del imperio hitita.

Los textos religiosos de Ugarit son únicos aún. Ofrecen el mejor testimonio extrabíblico para los cultos y las prácticas de culto de una ciudad importante que, si no fue estrictamente cananea, estaba muy cerca de ello. Por razones obvias, la religión cananea merece la ignorancia más amplia por parte de los autores del Antiguo Testamento y las excavaciones de templos y las estatuas de los dioses no sustituyen un testimonio escrito, cuando se intenta comprender una religión. Sin embargo, hay que decir de inmediato que incluso esos textos ugaríticos aún están abiertos a una gran variedad de interpretaciones posibles y las creencias que describen nunca fueron universales en amplias regiones. Cada comarca y cada ciudad importante de Palestina y Siria tenía sus propios dioses y diosas favoritos, cada uno de ellos con sus rituales específicos y sus historias sacras. Lo que con gran riqueza dan los textos de Ugarit es una visión colorista de las divinidades principales y de los festivales, ritos y sacrificios más importantes de una ciudad tan significativa.

La mayoría de las numerosas tablillas mitológicas proviene –y no es sorprendente– de la residencia del sumo sacerdote, situada entre los dos templos mayores de la ciudad, dedicados a Baal y a Dagon, en la parte más alta del *tell*. Los templos son edificios rectangulares de gran tamaño; ambos tienen un *Sancta Sanctorum* interior para las estatuas del dios, una sala o patio interno y un patio abierto, con un gran altar, donde el pueblo, o al menos los fieles privilegiados, participarían en las festividades religiosas. Es probable que ambos templos tuviesen torres, en las que se ofrecerían los sacrificios. El palacio del sumo sacerdote era espléndido; debajo de una de sus plantas había un gran tesoro de herramientas y armas de bronce, regalo de un forjador al sumo sacerdote.

Los dioses y diosas ugaríticos eran muchos, todos ellos antropomórficos y sujetos a pasiones humanas. Los dioses nacían, morían y resucitaban, se casaban y tenían hijos. La divinidad suprema era El («Dios»), creador de los hombres



El asentamiento de Shiloh, tal como se ve en la actualidad, con dos iglesias sin terminar, obra iniciada en el decenio de 1930 sobre los cimientos de iglesias bizantinas derruidas. Fue el primer centro religioso de los israelitas después de la invasión.

y padre de los dioses, casado con Asherah, la Señora del Mar. En los textos conservados esta pareja mayor se ve eclipsada por otra, muy inquieta, formada por Baal y su hermana virgen Anath, diosa del amor y la guerra, que podía llegar a ser muy violenta. En una relación filial, Baal se asociaba no sólo con El sino también con Dagon (Hadad), el gran dios semita de la tormenta, el que aportaba la lluvia y la fertilidad, un dios guerrero unido en particular con ciudades como Mari, que está sobre el Éufrates. Entre las muchas divinidades menores, la más conocida es Astarté, una oponente menor de Anath. La mitología tiene un marcado carácter urbano: los dioses batallan por ganar el título de rey y la posesión de un palacio. Los temas básicos incluyen el mito cósmico de una lucha contra el caos original, en la que Baal conquista a Yam, el gran amor de El, personificación del mar y de la fertilidad. La alternancia estacional de fertilidad y esterilidad se representa con la estancia beneficiosa de Baal sobre la tierra y su descenso al reino de los muertos, o por ciclos de períodos de siete años en los que Mot, el enemigo de Baal, dios de la sequía y de la muerte, amenaza con consumir la abundancia aportada por Baal.

Aunque ningún otro sitio de la Edad del Bronce tardía de Palestina puede igualar la fascinación de Ras Shamra, muchos hallazgos dispersos echan cada día más luz sobre la religión y la cultura de esa tierra. En un sencillo santuario, conocido en tres fases sucesivas, construido en un pequeño foso, en la base de la gran rampa de Tell ed-Duweir (Lakish), datada en la Edad del Bronce media, se encontró un vaso en el que, con la grafía cananea, se había escrito una dedicación al santuario de Elat («Diosa»). Uno de los adoratorios más interesantes de la Edad del Bronce tardía de la ciudad de Jasor estaba cavado, literalmente, en la muralla construida en la Edad del Bronce media. Aunque era muy pequeño, las ruinas de su interior tienen un interés excepcional. Una estatua sedente de basalto representa a un hombre que sostiene una copa y está colocada junto a una fila de diez estelas de piedra, de entre 22 y 65 cm de altura. Sólo una tiene tallados en relieve dos brazos alzados con las manos tendidas hacia un disco y una media luna, que quizá representan a un dios lunar. También asociado con este santuario, se descubrió un estandarte de bronce chapado en plata y una pequeña máscara de terracota, de hombre, con las cuencas oculares caladas, pero sin aperturas en la boca ni en la nariz. En el estandarte, quizá en tiempos sujeto por las manos de alguna estatua, se ve una media luna y una serpiente estilizada, encima de una mujer que sostiene otras serpientes en sus manos alzadas.

Que Palestina también tenía moradas palaciegas equipadas con igual riqueza, al menos en sus ciudades más grandes, queda de manifiesto en una colección híbrida de fragmentos de marfil hallados en el tesoro de un palacio de Megiddo, destruido en la segunda mitad del siglo XII. Sólo hay un objeto fechable, un modelo de caja de estilos que lleva el nombre del faraón egipcio Ramsés III, pero algunos de los objetos depositados se habían fabricado al menos un siglo antes. Una placa de elaborada decoración es claramente hitita por el tema y el diseño; algunos dibujos florales fragmentarios, dos placas de hermosas tallas con grifos echados y un peine que muestra, en relieve, un león que ataca a una cabra provienen, con toda certeza, de talleres micénicos instalados en Chipre o en algún otro lugar del Egeo. Muchas otras piezas, aunque tal vez sean de manufactura local, delatan una marcada influencia egipcia, con la efigie de dioses como Bes y Anubis o de esfinges con cabeza humana. Las escenas de carros, de banquetes y la recepción de prisioneros y de botín están representadas con fórmulas egipcias, pero al modo local, «cananeo».

El eclipse de la civilización cananea. A fines del siglo XIII y en el XII a. C., los llamados «Pueblos del mar», procedentes del oeste, y los israelitas y arameos desde el este invadieron Siria y Palestina, destruyeron la supremacía cananea e inauguraron un largo período conocido para los arqueólogos como la Edad del Hierro temprana, que llegaría hasta la instauración del gran imperio persa aqueménida.

En el quinto año de su reinado, hacia 1220 a. C., el soberano egipcio Meneptah (Mineptah), hijo y sucesor de Ramsés II, rechazó una invasión de tropas libias aliadas con ciertos «forasteros o pueblos, del mar», llamados *akawasha, tursha, lukku, sherden* y *sheklesh*. Los invasores, por cierto, se presentaban con sus familias y bienes domésticos. Algunos de estos pueblos ya aparecen en textos anteriores. Las «cartas de Amarna» contienen referencias, si la interpretación es correcta, a piratas *lukku* y a los *sherden* dentro de Biblos y en sus alrededores; también se alude a otro de estos pueblos, los *danuna*, relacionados de algún modo con Tiro. En la batalla de Cadés, Ramsés II tuvo el apoyo de los *sherden*; los hititas, el de los *lukku*. No obstante, los orígenes de esos grupos son oscuros, aunque por lo común se piensa que hubo entre ellos elementos oriundos del Egeo, quizá a causa de la caída del gran imperio micénico después de la guerra de Troya. Los testimonios escasos que se conservan no hacen más que indicar grupos de gentes, de diversa composición que en cierto número de oleadas, a lo largo de un período extenso, devastaron las zonas ocupadas de Turquía y el Mediterráneo oriental.

Es posible que los *lukku* estuvieran asociados con la que más tarde fue la provincia turca de Licia; los *danuna* con Cilicia y la llanura siria de Amuk; los *akawasha*, quizá, con los griegos micénicos o «aqueos». Pero todavía es materia

de amplia discusión la posibilidad de relacionar a los *sherden* con Cerdeña y a los *sheklesh* con Sicilia. Otros dos pueblos de este grupo, los *tjekker* y los filisteos (*pelest*), no aparecen en los registros egipcios hasta el segundo ataque importante de los Pueblos del mar, durante el reinado de Ramsés III. Este enfrentamiento naval, en el que venció Egipto una vez más, está pintado con rasgos vivaces en los muros del templo funerario del faraón, en Medinet Habu, pero la inscripción que acompaña a esas escenas es tan prosopopéyica que resulta ambigua. Se ha discutido si la batalla se produjo sobre la costa siria o en el delta y Palestina meridional. Tras el combate, los *pelest* (filisteos) se asentaron a lo largo de la costa palestina.

Después de sus victorias, ambos faraones emplearon contingentes de los Pueblos del mar como mercenarios para instalar guarniciones en Palestina. Una variedad de ataúdes de terracota con forma de momia se ha asociado desde hace mucho tiempo con esas tropas. La forma y los rasgos modelados sobre las cubiertas muestran una clara inspiración egipcia. Aunque tiempo atrás se identificaran exclusivamente como «filisteos», hoy no hay duda de que esos difuntos debían provenir de los grupos llamados Pueblos del mar, o incluso ser nativos egipcios. En un cementerio del siglo XIII situado en Deir el-Baleh, en la comarca (filistea) de Gaza, el equipamiento fúnebre es de tipo egipcio, en tanto que en Bethshan no existen vestigios de la distintiva cerámica «filistea» decorada junto a ese tipo de ataúdes.

Si bien fuera del Antiguo Testamento no existe aún testimonio de que los israelitas estuviesen en Egipto, ni de su éxodo, el contexto de esos relatos basta para dar a ambos una localización histórica razonable. A principios de su reinado, el faraón Ramsés II emprendió amplias restauraciones y nuevas edificaciones en Pitom y Ramsés, dos ciudades del delta en las que sirvieron los cautivos israelitas (*Éxodo*, 1, 11). En una estela erigida por el faraón Meneptah en su quinto año para conmemorar sus victorias, por primera vez aparece la mención de Israel en un texto no bíblico. Resulta significativo que ese nombre esté escrito con el signo que se aplica a un pueblo más que a un país. Se ha apelado a esta circunstancia para demostrar que los israelitas ya estaban en Canaán, pero no asentados todavía. Es decir que el éxodo y la marcha por el desierto se pueden fechar, en términos generales, entre 1250 y 1225 a. C. La prospección y excavación arqueológicas también demostraron que a principios de ese siglo, tras un intervalo, volvió a existir cierto tipo de asentamiento urbano en Edom, Moab y Amón. El hecho de que estos reinos aparezcan en la narración bíblica brinda una confirmación adicional para esas fechas. Una fecha posterior no es aceptable, según la información de que hoy se dispone.

La conquista israelita. Dos factores complican aún más cualquier intento de elaborar un relato histórico coherente sobre la conquista israelita de Canaán. El relato bíblico es un mosaico, reunido y editado sobre la base de fuentes variadas, mucho después del acontecimiento. En esa narración se mezclan sagas y leyendas, pensadas para explicar por qué los lugares tienen ciertos nombres o por qué surgieron ciertas prácticas religiosas, mediante relatos en los que hay que separar con cuidado, a través de una crítica textual, las tradiciones históricas antiguas y fidedignas. La arqueología no tiene medio de remediar estas deficiencias históricas, porque el rasgo más distintivo de los israelitas, su religión, es arqueológicamente invisible. Además, hasta el presente ha resultado imposible adjudicarles algún objeto distintivo, gracias al cual fuese posible seguir con certidumbre su camino durante la conquista. Los testimonios arqueológicos disponibles han de usarse con cautela, ya que la carencia de pruebas de esta fuente no es motivo para rechazar cualquier elemento de la tradición literaria. Se encontraron niveles de destrucción en varios yacimientos nombrados en el registro bíblico de las campañas de Josué, pero en ningún caso es posible atribuir sin ninguna duda la destrucción a los israelitas.

En el nivel de destrucción de Tell ed-Duweir (Lakish), por ejemplo, se encontró un cuenco de cerámica roto, cuya superficie interna usara un recolector de tributos egipcio para registrar con tinta las entregas de trigo de las huertas locales durante el cuarto año de reinado de un faraón cuyo nombre se ha perdido. Según la epigrafía, es muy probable que se trate de Meneptah, pero aunque pudiésemos decidir si la destrucción se debió a los ejércitos egipcios, a los Pueblos del mar o a los israelitas, nos traería problemas un escarabajo del posterior período del faraón Ramsés III, asociado con ese nivel arqueológico. Asimismo, de la victoria más espectacular de Josué, es decir, la captura de Jericó, hasta hoy la arqueología no ha obtenido ningún testimonio. Pero como los niveles superiores del *tell* que cubre esta antigua ciudad estaban muy erosionados, todos los restos de un asentamiento del siglo XIII podrían haber desaparecido mucho antes de que los excavadores llegaran al lugar.

Tampoco en Ay (*Jos.*, 8, 1-29) la arqueología fue capaz de desenterrar una ciudad que pudiera haber sido tomada por los israelitas. En el siglo XII sólo existió allí una aldea no amurallada, de poco más de una hectárea de extensión. Se ha sugerido que el relato bíblico no es más que una explicación tardía de antiguas ruinas importantes existentes en Ay, o una transposición de acontecimientos ocurridos en algún poblado cercano de otro nombre. En Jasor las pruebas arqueológicas se mostraron más directas y vitales. Esta ciudad quedó destruida cuando aún se utilizaba una

cerámica griega micénica muy distintiva, a fines del siglo XIII. La ocupación siguiente, en el siglo XII, es muy primitiva en contraste con la gran ciudad cananea. Los silos, los hogares las tiendas y las bases de cabañas atestiguan que allí hubo habitantes seminómadas que usaban una cerámica muy simple, también hallada en muchos yacimientos similares de Galilea, que bien podrían ser «israelita».

En cuanto a la conquista en su conjunto, con todos estos reparos en mente, sólo puede ofrecerse un resumen de los hechos. La llegada de los israelitas a Canaán fue, en principio, una infiltración parcial de regiones poco habitadas y, en parte, un cambio de acomodación de los habitantes que variaban de una región a otra, de una tribu israelita a otra. Si se acepta el relato bíblico y se sitúa el éxodo hacia 1250 a. C., seguido por una generación de marchas por el desierto, pensaremos que Josué cruzó el Jordán y entró en Canaán hacia el último decenio de ese mismo siglo. En cada etapa de la conquista posterior se produjeron conflictos esporádicos, de los que sólo unos pocos se conservan en el registro oficial. En la fase más antigua, se estableció el santuario israelita junto al bosque de Moreh, cerca de Siquem, como centro vital para las tribus que llegaban al territorio montañoso conquistado y se organizaron campañas hacia el norte, contra una federación mandada por «Yabín, el rey de Canaán que reinaba en Jasor».

A mediados del siglo XII, se había llegado a una especie de equilibrio. Los israelitas se habían establecido en las montañas y en Transjordania, pero eran incapaces de dominar a cierto número de ciudades cananeas bien fortificadas, como Bethshan, Tanak y Megiddo. Estas plazas cayeron cuando se inició el dominio egipcio hacia fines del siglo XII. Sobrevino una etapa de decadencia israelita. Hubo luchas internas o enfrentamientos con invasores llegados de regiones desérticas: «Cuando sembraba Israel, venía Madián, con Amalec y los hijos de Oriente» (*Jueces*, 6, 3). La sociedad estaba dividida en tribus, no había ciudad capital ni gobierno único. Se formó una confederación de doce tribus unidas por su pacto común con Yahveh, sus leyes y ritos y centrada en el Arca de la Alianza de Silo, aunque no se excluía la adoración en otros lugares. En tiempos de peligro se elegían jefes a los que se aplicaba el nombre de «Jueces», para comandar a las tribus durante la guerra. Los conflictos eran dispersos y esporádicos, en ellos intervenían pequeñas bandas, cuya victoria dependía de la iniciativa de cada uno de los jefes.

Mucho más importante para el futuro fue el desarrollo gradual, en esa época, de la muy peculiar religión israelita. También en este caso el Antiguo Testamento ha de considerarse con cuidado, para tomar de sus líneas el material que se refiere a la etapa de formación. Lo que se obtiene deja pocas dudas acerca de que en la época de los Jueces los temas más importantes de la teología israelita ya estaban bien definidos. El culto se distinguía de las restantes religiones del Próximo Oriente antiguo en muchos y notables aspectos. Primero y fundamental, no se basaba en abstracciones teológicas, sino en la memoria de un acontecimiento histórico de gran peso, la elección por parte de Yahveh (Jehová) de los israelitas como su propio pueblo, y el hecho de que los arrancara del cautiverio y la esclavitud de Egipto, a través del Sinaí, hacia la tierra prometida. Sus ritos conmemoraban y reforzaban esa alianza o pacto con Yahveh. Es decir que adoraban a un sólo dios, en contraste marcado con todos sus vecinos, y condenaban a todos los demás. Sus ceremonias de culto ponían el acento en la purificación y expiación personales, lo que hacía que el individuo tuviera honda conciencia de sus pecados a la vista de Dios, una deidad que no podía ser vista, de la que no se podían hacer imágenes: una vez más, una diferencia absoluta respecto de las religiones contemporáneas, como también lo era la ausencia total de una asociación estrecha entre la divinidad y los fenómenos naturales. La mayoría de los otros dioses de la época se identificaban con aspectos de la naturaleza y carecían de un carácter moral definido. Aunque poderoso sobre la naturaleza en su totalidad, Yahveh estaba por encima y más allá de ella, en el ejercicio de una autoridad moral suprema. La gran novedad de todo esto es bien visible, si se la compara con el resumen que antes hemos visto sobre lo principal de la religión cananea.

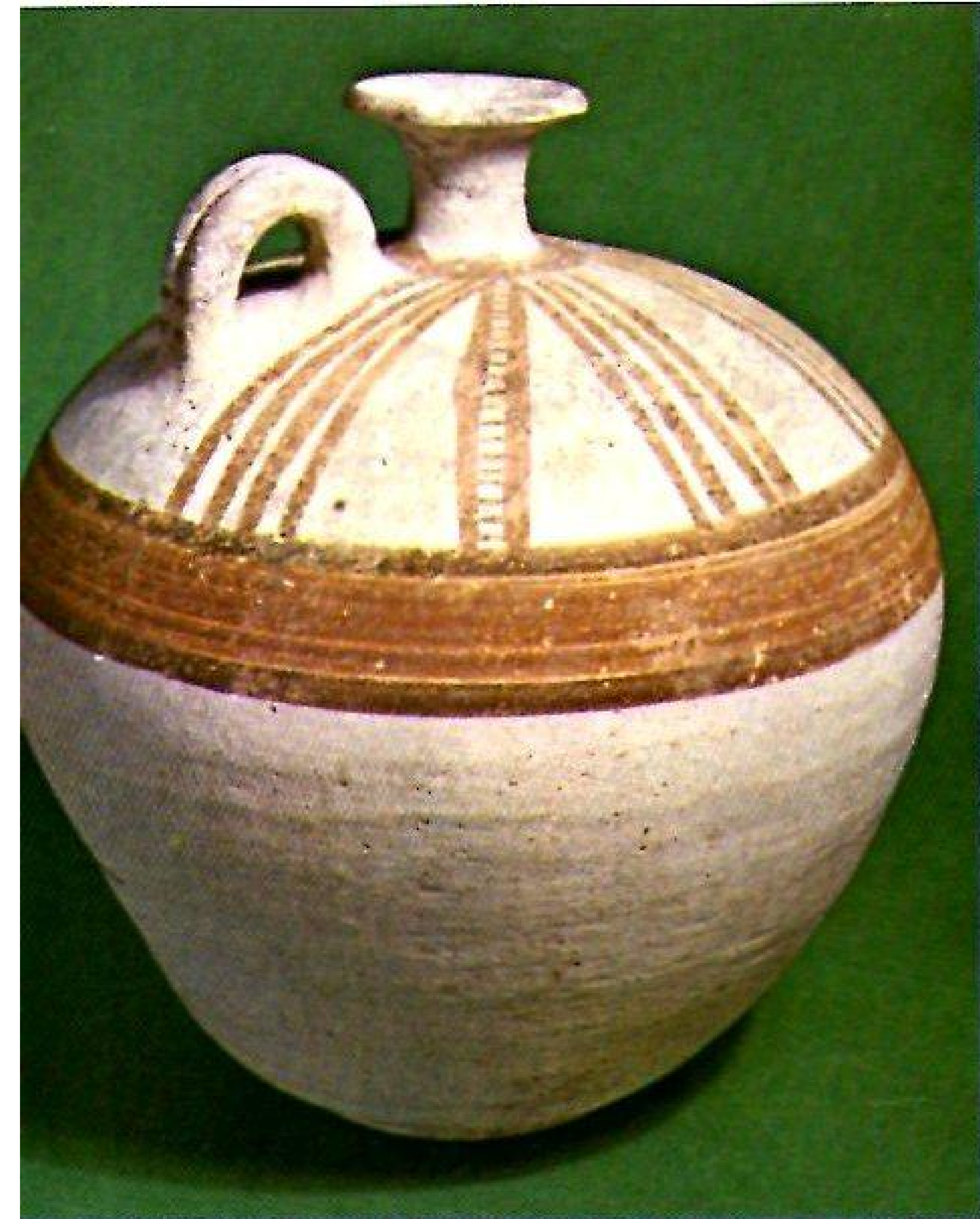
Entretanto, en Siria, otro pueblo intruso, que más tarde desempeñaría un papel vital en la historia de Israel, se establecía con rapidez. Como muchos de los pueblos que venían del desierto árabe para asentarse en Siria y Mesopotamia, los arameos emergen en la historia carentes de un pasado discernible. Hacia fines del reinado del rey asirio Teglatfalasar I (h. 1116-1078 a. C.), la primera ola de invasores arameos llegó a Asiria; por esa misma época se vio afectada también Babilonia. Las complejas tradiciones bíblicas, que pueden proyectar una situación tardía hasta el período patriarcal, indican cierta relación estrecha entre los arameos y los antepasados de Israel: «Mi padre era un arameo errante» (*Deut.*, 26, 5). Puede que los arameos, que habitaban en una comarca muy similar inicialmente, fuesen descendientes de los amorreos o de un grupo muy relacionado. Cuando, en tiempos de David, salieron a la luz de la historia bíblica, ya constituían una potencia temible en Siria y en Transjordania, que controlaba la primordial red de rutas de comercio internacional centrada en Damasco. Se supone que, en algún momento del siglo XII, llegaron a tener el dominio de alguna región de Siria central, aprovechándose del vacío político generado por el eclipse de hititas y egipcios.

Cerámica: la clave del pasado

Los escenarios principales de la historia de los centros poblados de Palestina desde 7000 a. C. aproximadamente se pueden definir según las formas y la decoración de la cerámica. Los arqueólogos han elaborado una doctrina sobre los cambios de formas y de decoración, de modo que los sitios recién descubiertos pueden datarse con rapidez gracias a la cerámica hallada en la superficie, y cada nivel de un montículo se puede fechar de la misma manera. En la actualidad se presta atención al estudio científico de los métodos de fabricación y a la composición química de la cerámica, para definir con mayor precisión el tiempo y lugar de producción y el alcance del comercio de vasijas. Estas dos jarras, la de la derecha fabricada en Chipre (quizá para transportar opio disuelto) y la de la izquierda copia de un modelo chipriota hecha en Palestina en el siglo XIII a. C., son un ejemplo de la forma evidente en que la cerámica revela los contactos comerciales.



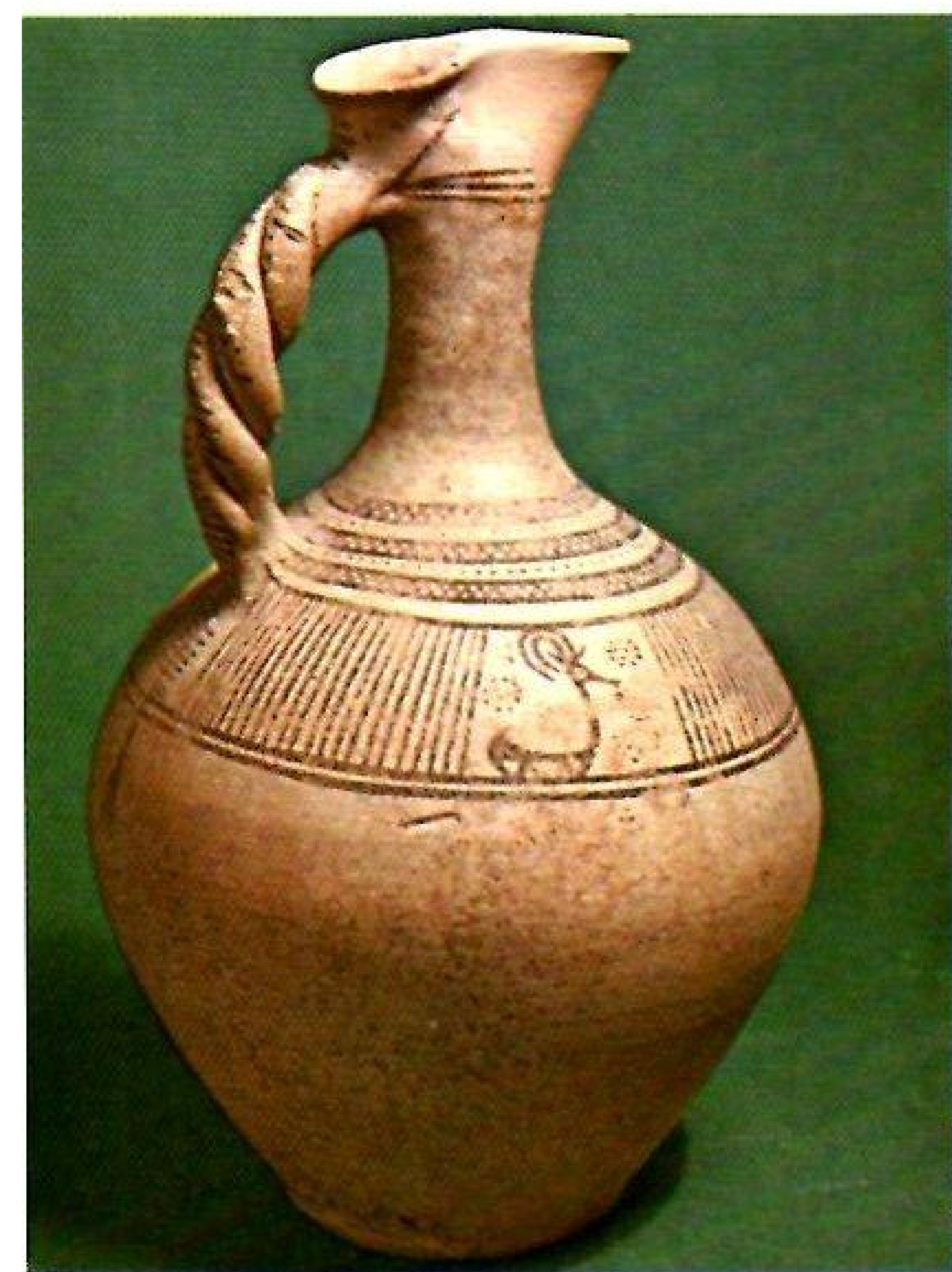




Izquierda: gran jarra pintada de una tumba de Ras Shamra (Ugarit) datada h. 1650-1550 a. C. La decoración pintada es similar a un tipo de piezas de dos colores halladas en Palestina, h. 1550-1470 a. C., algunas de las cuales debieron fabricarse en Chipre. Es común en centros poblados que se fechan a principios de la Edad del Bronce tardía, tras la expulsión de los hicsos de Egipto, un hecho que produjo cambios en la sociedad palestina.

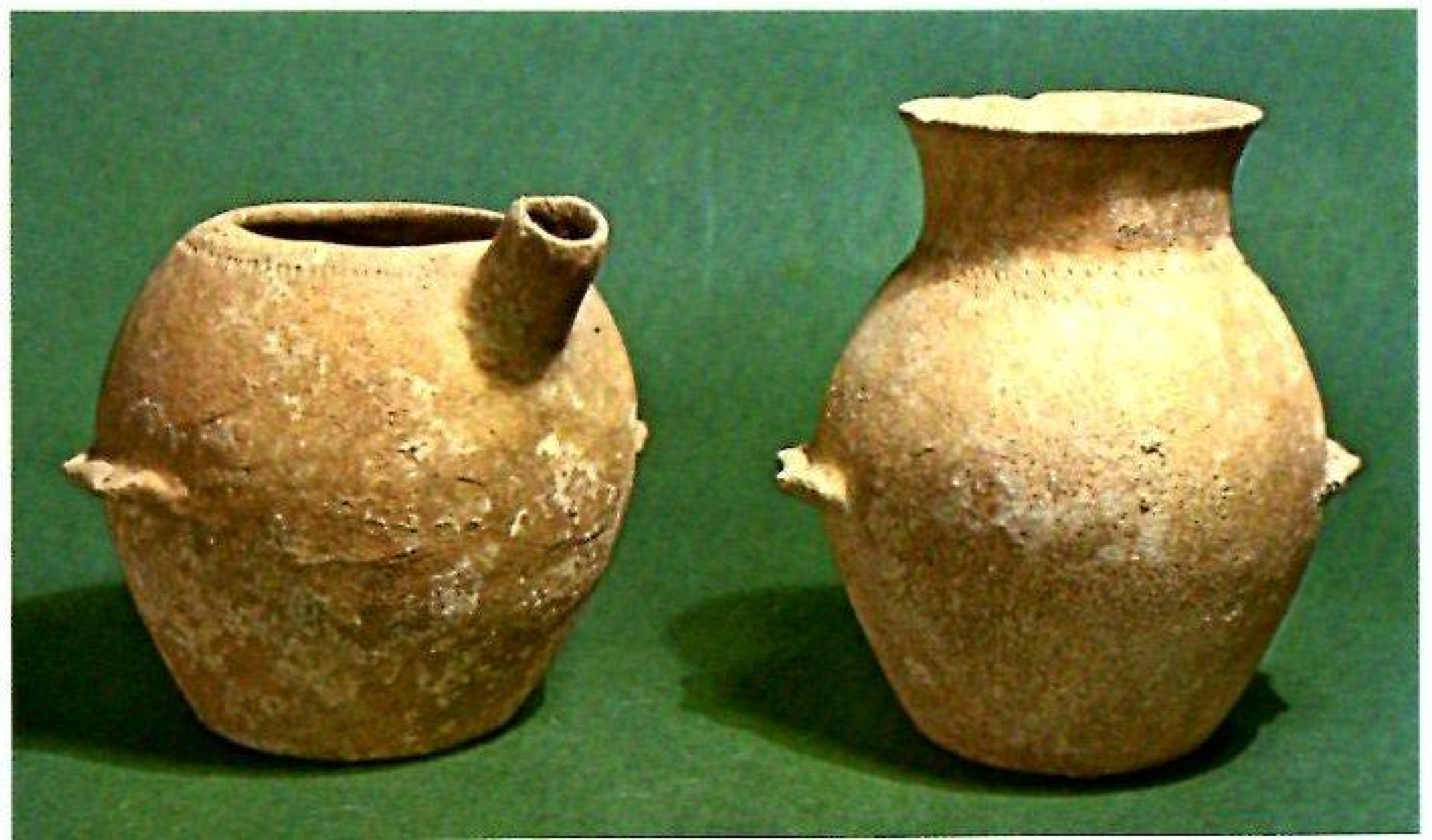
Abajo, izquierda: jarra pintada de bonita cerámica color crema, procedente del noroeste de Siria, h. 2000-1900 a. C. Con el comercio costero, las vasijas de este tipo viajaron hacia el sur, hasta Líbano y norte de Palestina, donde fue imitada, pero en unas piezas fabricadas y decoradas con menos destreza.

Abajo: modelo de carreta de barro amarillento, procedente de Hammam, Siria, y fechado h. 2200 a. C. Sin el hallazgo de estos raros modelos, este tipo de vehículos nos sería prácticamente desconocido. Los ejemplares reales de carros, hechos de madera, se conservaron sólo en condiciones excepcionales (en el hielo o bajo el agua). Los carros cubiertos se mencionan en la autobiografía del rey Idrimi de Alalakh (siglo XV a. C.) y puede que los hayan usado los Patriarcas.

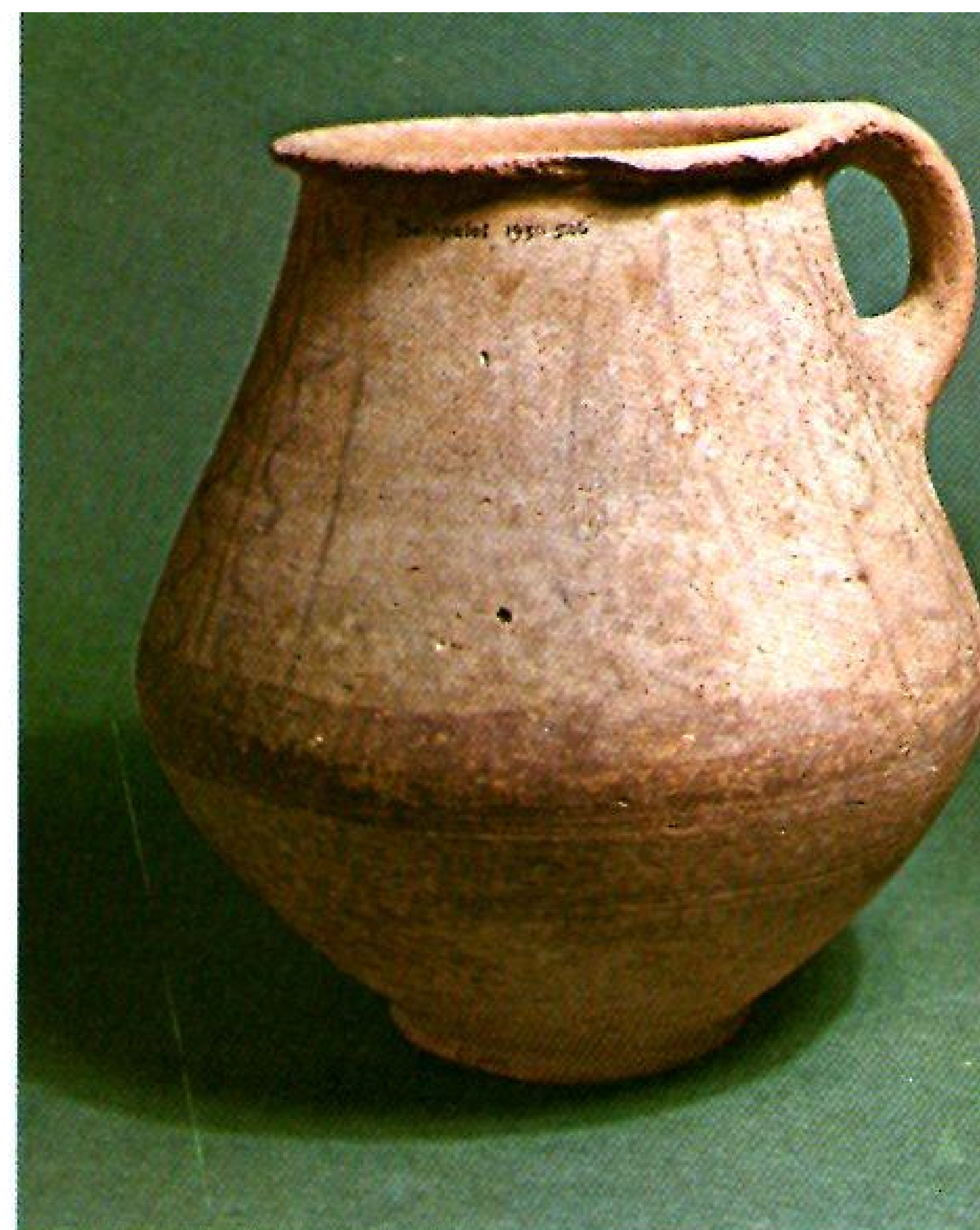




Derecha: dos jarras de cerámica típicas de los intrusos nómadas amorreos, llegados a Palestina hacia 2200-2000 a. C.; proceden de una tumba de Jericó. Aunque la manufactura es buena, a menudo el material es quebradizo y no está bien cocido. Los cuerpos de las vasijas se hacían a mano y los bordes, en un torno lento. Tanto en la forma como en la decoración presentan un contraste notable con la cerámica anterior y posterior de las ciudades palestinas.



Derecha: jarra bicónica con una decoración bastante rústica pintada en rojo. Se encontró en una tumba de Tell el-Farah (Sur) y data aproximadamente de 1400-1350 a. C. Su forma y su estilo son bastante comunes en la cerámica usada en Palestina hacia la época de las «cartas de Amarna».



Abajo: vaso con pedestal, jarra piriforme y cuenco de una tumba de Jericó, h. 1750-1700 a. C. El vaso es un buen ejemplo de la elegancia que tuvo la mejor cerámica, en uno de los períodos más prósperos de la historia de Palestina. La jarra está relacionada con las alcuzas de «Tell el-Yahudiyeh» que contenían aceite y se comercializaban en una vasta región. En este período se expandía el uso del torno de alfarero en Palestina.





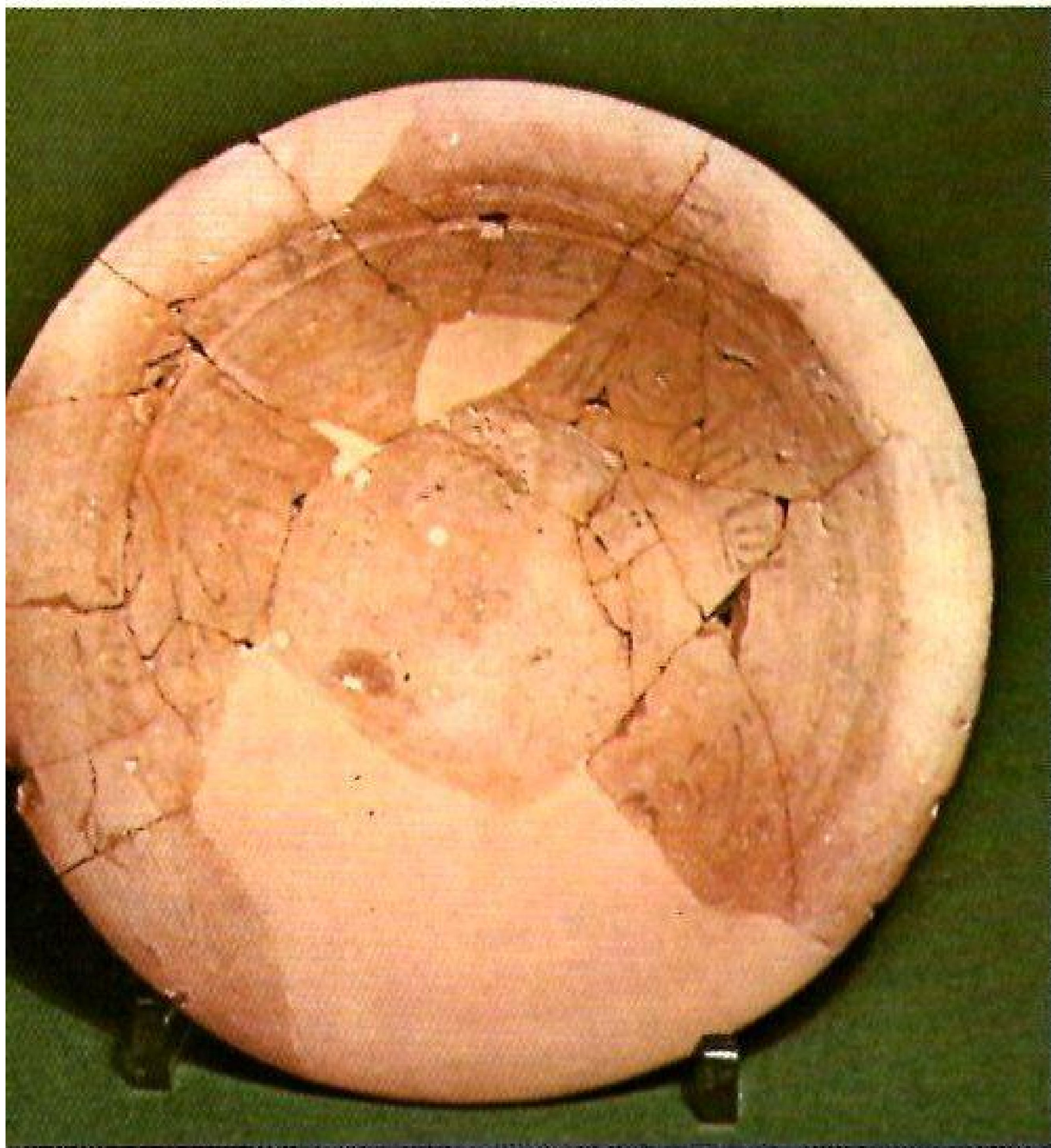
Izquierda: gran cuenco con pie de tres cuerpos; se recuperó en una tumba de Jericó y data de 1850-1800 a. C. aproximadamente. Su perfil angulado y la forma del pie sugieren que es una copia de un cuenco idéntico, hecho con cobre o bronce laminado, como lo eran muchos de los cuencos de esta época. La decoración en rojo y azul está aplicada con tosquedad sobre la gruesa franja blanca que cubre la superficie rústica.

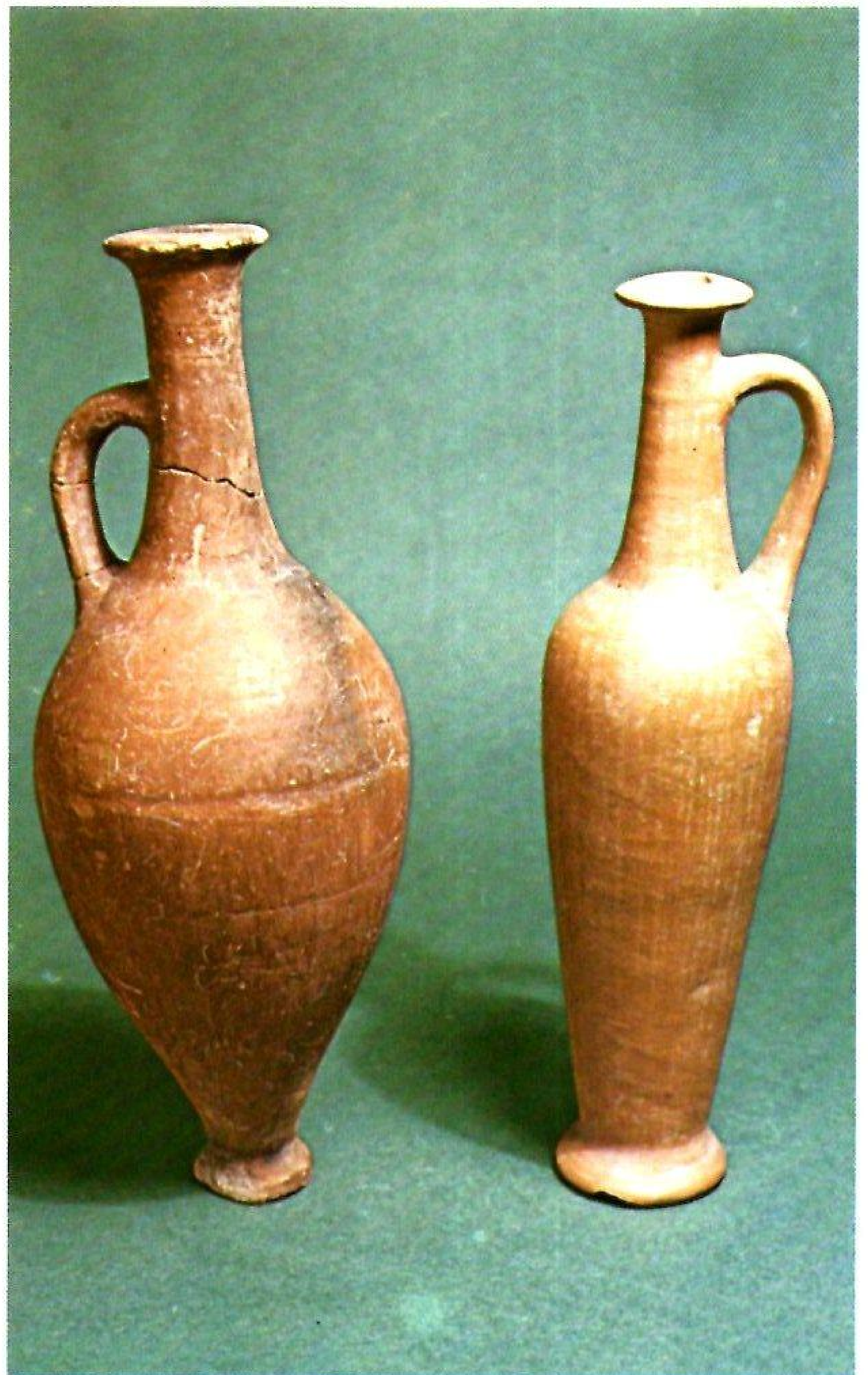


Izquierda: vasija chipriota en forma de toro, del palacio de Idrimi (siglo XV) en Tell Atshana (antigua Alalakh), Siria. Es un objeto de lujo digno de un palacio real y da testimonio de las amplias conexiones comerciales de Chipre en esa época. Pudo haber contenido algún aceite fino o un cosmético.

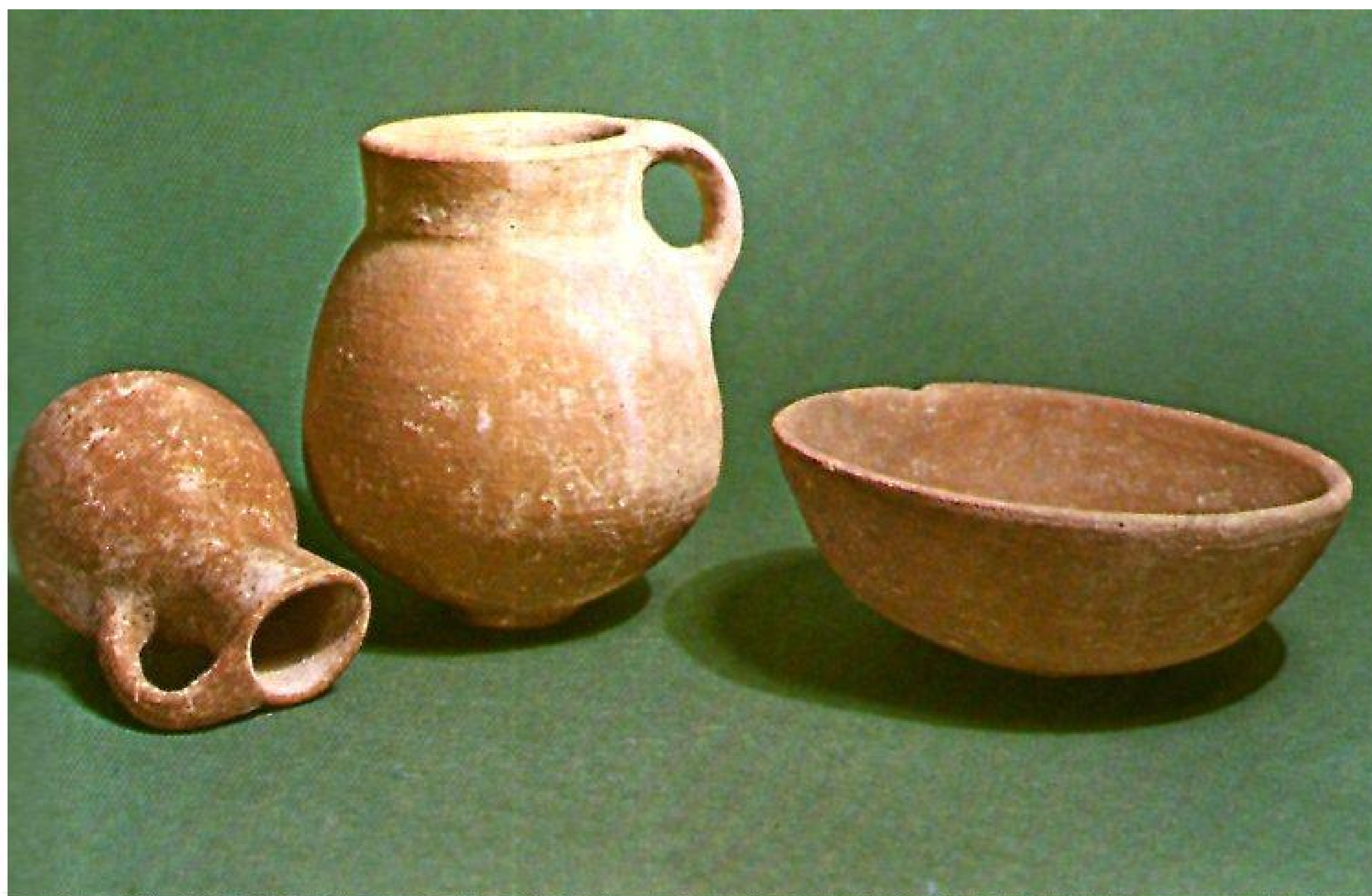
Abajo, izquierda: cuenco llano de Tell ed-Duweir (antigua Lakish) con una inscripción hecha en grafía hierática egipcia. Registra la producción de trigo en el cuarto año de un faraón cuyo nombre se ha perdido (probablemente, Meneptah, h. 1230 a. C.); se encontró en un nivel de destrucción que es datable por la propia presencia de este objeto, aunque no da ninguna indicación de quiénes fueron los conquistadores.

Extremo inferior izquierdo: redomas de peregrino de un tipo que se fabricó en el mundo griego h. 1450-1350 a. C., se importó a Palestina y allí se copió. La vasija de la derecha es una copia y ambas provienen de Tell el-Ajjul.









Izquierda: dos jarras y un cuenco de una tumba de Tell ed-Duweir; estas piezas, fechadas entre 900 y 750 a. C., son típicos ejemplos de la cerámica de uso diario en Judá en tiempos del reino dividido. La forma de la jarra mayor es nueva en Palestina y se dice que nació del gusto de los filisteos por la cerveza.

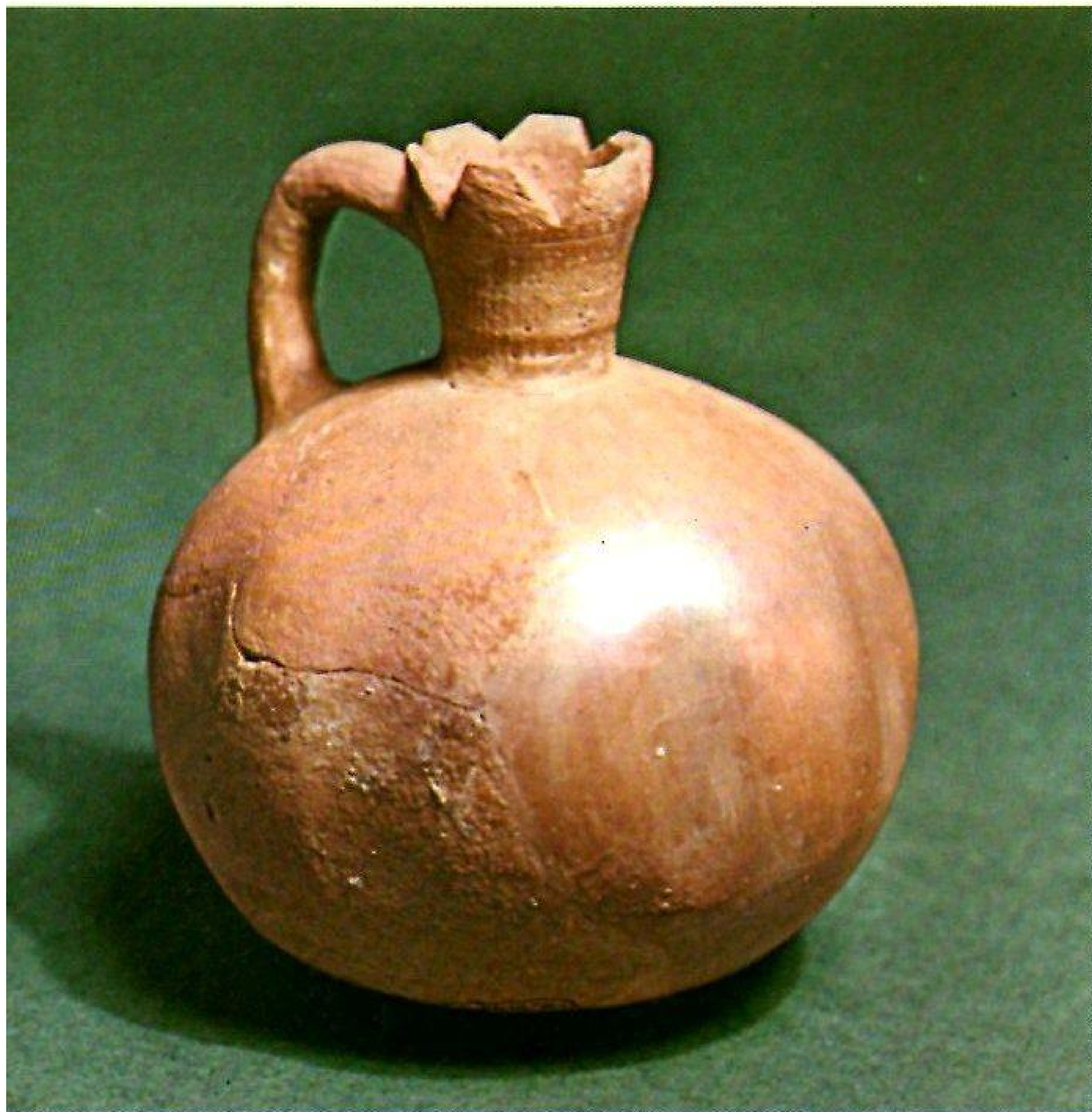
Abajo: jarra, redomas y cáliz pintado de una tumba de Tell el-Farah (Sur), h. 950-800 a. C. El cáliz es una de las poco comunes formas de cerámica de la Edad del Hierro decoradas con pintura. A veces, toda su superficie está cubierta con una decoración floral y geométrica elaborada, sobre todo en Palestina meridional. Es más corriente que la cerámica de este período se distinga por una superficie muy pulida de color rojo o negro.





Derecha: jarra con asa en la parte superior, fabricada en algún punto del mundo griego y hallada en Tell el-Ajjul, y la versión filistea de ese mismo tipo de vasija, h. 1150 a. C. La forma es la misma, pero la decoración es muy distinta.

Izquierda: dos botellas ahusadas de cerámica roja brillante, procedentes de Tell Atshana, h. 1500-1450 a. C. Estas piezas de forma tan peculiar se encontraron en todo el Levante y en Egipto, lo que demuestra que la sustancia transportada en ellas –desconocida para nosotros– era muy apreciada.







Arriba, izquierda: jarra pulida, en forma de granada, procedente de Jerusalén, h. 700 a. C. Vasijas de formas tan bien modeladas como ésta son raras y pueden haber sido recipientes de ungüentos finos, destinados a santuarios y mansiones de personas ricas.

Arriba: jarra procedente de Jerusalén, h. 700 a. C.; ilustra muy bien el bonito aspecto que se podía conseguir con el pulido. Se aplicaba un revestimiento (aquí, rojo) a la superficie de la pieza; cuando estaba ya endurecida, se pulía con una piedra suave y redondeada o con un hueso, hasta lograr un acabado brillante, en este caso conseguido a mano.

Izquierda: dos cuencos pulidos de Jerusalén, h. 700 a. C.; se ocultaron en una cueva después de ser usados en un santuario, de modo que no fuesen profanados por una utilización posterior. Muestran el anillo pulido característico de los cuencos palestinos de la Edad del Hierro. En este caso se usó un torno de alfarero para obtener líneas regulares.